

Selecta

El sueño
de Charlotte



Luciana V. Suarez

El sueño de Charlotte

Luciana V. Suarez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Jennifer Miller,
eterna soñadora
y optimista en el amor.*

Quiero agradecer a todo el equipo de Penguin Random House y de Selecta, a todos los que confiaron en mí y trabajan detrás de cada libro (editora, publicista, ilustradora, etc.). A Paulina Burgos, por ser mi primera lectora y una gran amiga. A Lisa Montanino, Jennifer Miller y Becca Barrett, por su amistad y consejos a la distancia. A Edwebs.com (Writer's Help en Tumblr) por responder a todas mis dudas y por motivarme siempre en cuanto a mi escritura. Y a todos los escritores que alguna vez me contaron una historia y que, a través de estas, me hicieron creer que, cuando la realidad no es buena, siempre puedo escapar a un mundo ficticio en donde todo es posible.

Precognición: Capacidad de conocer hechos con anterioridad a su acontecimiento a partir de visiones que pueden aparecer en la mente o en sueños.

Prólogo

La niña había estado jugando en el jardín toda la tarde. No jugaba con juguetes: solo bailaba y cantaba entre las flores que estaban plantadas allí. Estaba completamente sola, acompañada de un silencio sepulcral, que solo se veía interrumpido por el canto de los pájaros.

Después de dos horas, se había cansado de jugar y se sentía tan aletargada que se sentó en el césped, junto a unas madreselvas, a descansar un rato. Casi sin advertirlo, se percató de que no estaba sola: unas mujeres de apariencia adulta, con largos vestidos de seda en diferentes colores se le aparecieron por entre las flores. Eran muchas, tal vez diez, tal vez veinte. Era difícil decirlo con precisión, dado que la niña recién estaba aprendiendo a contar. Estas mujeres tenían el cabello muy largo, tan largo como el de las sirenas, y sujetado en la coronilla por una especie de tiara. Sus rostros, a simple vista, se asemejaban al de cualquier persona común pero, una vez que se las veía de cerca, se podía apreciar que sus facciones parecían dibujadas. Sus pieles eran tan lozanas que parecían hechas de porcelana y sus ojos eran tan cristalinos que uno se podía ver nítidamente reflejado en estos. La niña estaba maravillada ante estas mujeres; las veía bailar de una forma tan delicada y grácil por el jardín que le daban ganas de unirse a ellas. Observó sus pies: estaban descalzas y, por la manera en la que se movían por la tierra, parecía que siempre lo hubieran estado. De repente, la niña se percató de algo: en el ambiente sonaba una música instrumental. No sonaba muy fuerte; apenas era audible. Tenía una cadencia mística y celestial que no transmitía más que paz. La niña había estado tan absorta en la imagen de las mujeres que no había reparado en esa música. Solo por un minuto se preguntó de dónde venía, porque luego vio que una de esas mujeres se acercaba a ella con ese andar tan grácil y elegante que tenía. Una vez que estuvo su lado, la mujer la tomó de la mano y la llevó hacia donde estaban las otras mujeres; todas ellas comenzaron

a danzar alrededor de la niña, haciendo un movimiento con las manos, como si le estuviesen haciendo una reverencia.

Cuando terminaron de danzar, todas ellas se sentaron en el suelo, incluso la niña quien, de repente, parecía haberse convertido en la invitada de lujo de ellas por la forma en que la atendían. Una de ellas se acomodó a sus pies y comenzó a hacerle masajes suaves; otra le trenzó el cabello, sujetándolo con flores; otra bailaba para ella, entreteniéndola. Todas ellas parecían querer agasajarla con los cortejos que le hacían. La niña se sintió tan maravillada por la experiencia que estaba viviendo que ni se preguntó por qué esas mujeres no hablaban. Finalmente, después de un rato, una de ellas habló; era una mujer que tenía puesto un vestido celeste.

—Tú vives aquí, ¿cierto? —le preguntó con un tono de voz que contenía una cadencia tan musical como la melodía que sonaba en el ambiente. —Sí —respondió la niña, todavía embelesada por la voz de la mujer. —Nosotras también, solo que no siempre puedes vernos —le dijo la mujer. La niña solo la escuchó de forma atenta, mientras miraba fijamente a ese rostro angelical.

—¿Te gustaría conocer a tu amor verdadero? —le preguntó después; la niña solo asintió, aunque lo cierto era que no entendía muy bien qué era lo que le estaba diciendo, ¿amor verdadero? ¿Qué era eso? No pensó en preguntárselo, porque aquello ni siquiera le despertó el más mínimo interés. Pero consideraba que era grosero decirles que no, en especial porque ellas eran muy amigables. La mujer la tomó de la mano y la llevó hacia una pequeña fuente que se encontraba a un lado del jardín. Era una fuente que más bien servía de adorno, en donde los pájaros a veces se posaban a beber agua. Una vez que estuvo enfrente de ella, la mujer le pidió a la niña que mirara fijamente al agua; la niña le hizo caso sin entender por qué, pero sin cuestionarlo tampoco. Aquello solo era agua, un líquido cristalino con el que uno podía beber o bañarse. Al rato, la niña advirtió algo: una imagen comenzó a formarse en el agua, y dio por resultado lo que parecía ser un caballo con alguien montado encima o, más bien, la silueta de ambos. No aparecía una

imagen bien definida, como en una fotografía con colores y texturas nítidas; solo se veía la forma con la silueta en color negro, pero luego se disolvía hasta esfumarse. La mujer, que había estado a su lado todo el tiempo, reparó en ella, y las otras se asomaron por encima de su hombro a ver. Todas ellas miraron de forma consternada a la fuente, y la niña no entendía por qué.

—Al parecer, el designio que te une a tu amor está maldito —le advirtió la mujer a la niña—. Deberás encontrar una forma de romper la maldición; de lo contrario, tu amor morirá. La niña se quedó mirándola sin comprender bien aquello; no parecía un mensaje alentador, pero, en su mentalidad de niña, eso no era algo que la preocupaba, dado que todo lo que le importaba era jugar, no enamorarse de un muchacho. Iba a preguntarles algo al respecto, pero comenzó a parpadear y, en uno de esos parpadeos, las mujeres desaparecieron.

Cuando la niña miró alrededor, se percató de que no estaba al lado de la fuente, sino recostada junto a las madreselvas. Entonces se dio cuenta de que había estado durmiendo; había soñado todo aquello: esas mujeres, esa música y lo que había visto en la fuente. Nada de eso existía realmente. La niña se quedó sentada un rato en el suelo, algo decepcionada porque aquello hubiera sido solo un sueño. Pero, cuando se tocó la cabeza, notó que su cabello estaba trenzado con flores. De repente, recordó lo que la mujer que le había hablado en el sueño le había dicho: «Nosotras también vivimos aquí, solo que no siempre puedes vernos». Entonces lo supo: ese sueño sí había sido real. Esas mujeres sí existían; vivían en aquel jardín (solo que, cuando estaba despierta, no podía verlas). La niña se levantó y comenzó a encaminarse hacia el interior de la casa, mientras las imágenes del sueño seguían latentes en su cabeza: esas mujeres hermosas de aspecto adulto, pero juvenil al mismo tiempo, que bailaban y cantaban como si no tuvieran necesidad de abrir los labios para entonar una canción. Y, entonces, lo supo: esas mujeres eran hadas, hadas que vivían en su jardín trasero, ocultas entre las flores, hadas que le habían trenzado su cabello y que le habían mostrado, a través del agua, imágenes de su futuro. Le habían dicho que su verdadero amor estaba maldito, aun cuando

ella todavía no entendiera qué era aquello. La niña les contó a sus padres aquella experiencia que había tenido: aquel sueño con aquellas mujeres mágicas. Estos le dijeron que no era más que un sueño, que seguro había soñado aquello porque había leído un libro sobre hadas. Pero ninguno de sus libros contenían hadas, y ella sabía que aquello sí había ocurrido aunque fuera en sueños. Durante los días siguientes volvió a soñar con ellas, a bailar, a cantar; le trenzaron el cabello y volvieron a recordarle las imágenes que había visto en la fuente sobre su amor verdadero. Le pidieron que encontrara una forma de romper la maldición que la unía a él porque, de lo contrario, este moriría.

El designio de las Hadas, de Charlotte St Clair

Capítulo 1

Un sueño me había conducido hacia allí, como casi todo en mi vida. Yo tenía todo tipo de sueños, pero los de naturaleza premonitoria habían formado parte de mi vida desde que era niña, y sin ser consciente de ello. Durante años soñé cosas que después terminaron cumpliéndose; la mayoría tenían como propósito impedir que algo malo ocurriera y, en casi todos los casos, había logrado evitarlo. Aunque ninguno estaba relacionado con una muerte, excepto uno.

Cuando tenía trece años, comencé a soñar con mi verdadero amor, incluso antes de verlo en la vida real. Lo vi solo una vez, de hecho; cuando lo miré a sus ojos, comprobé que realmente era mi amor verdadero, porque lo que sentí por ese extraño sin siquiera haber cruzado palabra con él no lo volví a sentir por nadie más. De todas maneras, eso fue hace diez años; desde entonces no había podido dejar de pensar en él. Tal vez estaba bien cuando tenía trece años; se justificaba porque era adolescente y por todo eso de las hormonas que comienzan a alterarse con la llegada de la pubertad. Pero ahora tenía veintitrés; era una adulta con una licenciatura y a punto de obtener un doctorado, además de un empleo como escritora y un departamento propio con cuentas que ar. No era ni remotamente lógico que me sintiera de ese modo por un muchacho al que solo había visto una vez en la vida y al que (era probable) nunca más volvería a ver (incluso sabiendo que era mi amor verdadero). De todos modos, ya había comenzado a olvidarlo tras ingresar en la universidad, lo cual significaba que no pensaba en él a todas horas del día, sino que lo recordaba muy de vez en cuando. Aun así, al graduarme parecía haberme curado del encantamiento al cual había sido sometida por parte de él. Por lo menos a nivel consciente no lo recordaba, pero uno no puede burlar al subconsciente. Si no lo recuerdas cuando estás despierto, lo harás estando dormida, y en las peores condiciones. En mi caso, eso cuenta doble dada la

naturaleza de la mayoría de mis sueños. Por ello me vi obligada a alejarme del bullicio de Nueva York, en donde últimamente me estaba costando trabajo concentrarme en mi nueva novela y en mi disertación. Debido a ello decidí instalarme en la casa de campo de mi padre, en un lugar rural llamado Lyric Point, en Hamden, Connecticut, dado que en esa zona casi no había casas, solo dos, aparte de la de mi padre. Tal vez allí encontraría calma y podría dormir tranquila (por lo menos, cuando era más joven, iba allí y lo hacía). Además de que lo que me había conducido a esa casa había sido un sueño, había soñado constantemente con esa casa las últimas noches, así que decidí seguir ese sueño e ir hacia ese lugar.

Al llegar a la casa, observé la fachada frontal: tenía un aspecto rústico. Contaba con dos pisos y con un porche. Tras abrir la puerta, me adentré en ella y sentí que el tiempo no había transcurrido desde la última vez que había estado allí, hacía diez años. En cuanto aspiré el olor a polvo, supe que necesitaría una limpieza a fondo, por lo que dejé mi valija en la habitación de arriba, coloqué las bolsas de provisiones en la alacena y en la nevera, y saqué los elementos para limpiar del cuarto de limpieza. Tuve que hacer una limpieza general, dado que nadie iba hace mucho tiempo. Una vez que terminé de arreglar el patio delantero (cuyo césped estaba muy crecido y frondoso) y de quitarles el polvo a todos los muebles, me desplomé en una silla en el jardín trasero que, por suerte, era la única parte de la casa que no necesitaba trabajo. Aun así, encendí los aspersores, aunque las flores se habían mantenido enérgicas y rozagantes. Incluso habían sobrevivido a las tormentas heladas del invierno. En ese jardín había muchas flores de todo tipo y de todos colores, un par de pinos, una pequeña fuente y dos bancos junto a algunas esculturas esparcidas por allí. Ese patio me recordaba a mi abuela Audrina, ya que esa casa la habían comprado con mi abuelo paterno y ella se había encargado de construir ese jardín; lo adoraba. Decía que era su lugar favorito en el mundo, incluso cuando en Manhattan tenía uno más grande. Pero decía que la diferencia era que aquí, en Lyric Point, había más pájaros y mariposas y

que el sitio en sí le infundía una paz celestial, lo cual era cierto. Suspiré al recordarla; deseé que todavía estuviera allí y viera cómo su jardín continuaba floreciendo después de muchos años. Me quedé un largo rato sentada ahí, mientras bebía un vaso de limonada e inhalaba el aroma fresco de las flores. El cielo estaba bien azulado, pero tenía un tinte rosado difuminado por encima; como aquello era el campo, todo lo que se veía y aspiraba era natural y pulcro.

Por la noche me cociné un filete de pescado con una ensalada, que comí sentada en el living. Como era una casa de campo, no tenía muchas habitaciones como las de una casa común. Pero cada habitación era espaciosa. El piso inferior solo tenía un recibidor, un comedor, una pequeña cocina y un living. Todo estaba conectado y nada, dividido. En la planta superior solo había tres dormitorios y un pequeño salón que se usaba para guardar cosas.

Antes de dormir, tomé un libro de literatura folclórica de hadas y me puse a leerlo en la cama, dado que iba a basar mi doctorado en eso. Una vez que mis párpados comenzaron a cerrarse, dejé el libro sobre la mesa de luz y aúé la lámpara.

Me desperté a mitad de la noche de forma agitada y con la respiración jadeante. También estaba algo confundida, por lo que encendí la luz de la lámpara. Cuando miré a mi alrededor, recordé que estaba en la casa de campo de Connecticut. Me palpé el rostro y noté que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas; otra vez me había despertado llorando. Ni al alejarme de Nueva York había podido escapar de esas pesadillas en las que él aparecía muerto.

Capítulo 2

Hamden, Connecticut, julio del 2006.

Sus padres iban peleando en los asientos delanteros del auto, esta vez por algo tan insípido como el tránsito que había en la interestatal que conducía a Nueva York. Su madre era quien había comenzado con la disputa, como si su padre fuese el encargado del tránsito pero, a raíz de eso, él había empezado a reprocharle acerca de instalar un campo de golf en la casa de la playa. Siguieron con el tema de la fiesta de verano y otras cosas más. Charlotte y su hermana Hayden iban sentadas en la parte trasera, enrollando los ojos ante la pelea. Hayden se puso los auriculares de su MP3 para no tener que escucharlos más, y Charlotte tomó su libro para leer, por mucho que le fuera a costar. Fijó la vista en las palabras del libro y trató de concentrarse en estas. Diez minutos después, dejó a un lado el libro, dado que sus padres seguían con la riña, y por ello no le era posible leer. Se reprochó no haber cargado su MP3 como lo había hecho Hayden. En realidad, creía haberlo hecho pero, al parecer, se lo había olvidado en algún rincón de la casa de campo de su padre. Para completar las cosas, hacía calor; si bien dentro del auto tenían aire acondicionado, el clima parecía haberles embotado el cerebro a los cuatro durante las horas previas y haberlos puesto de mal humor para el resto del día.

Cuando pararon en una gasolinera, su padre se bajó del auto dando un portazo para ir a llenar el tanque del auto. Charlotte miró hacia la carretera, que estaba atestada de autos que iban en ambas direcciones. Había mucho tráfico; al parecer, muchos habían salido o regresaban de vacaciones, como ellos. Después volteó a mirar hacia su izquierda, no por nada en particular, sino solo por observar algo que no fueran los matorrales y árboles de la carretera (o la cara de disgusto de su madre), cuando reparó en que, desde el interior de una gran camioneta gris, estacionada en sentido contrario a su automóvil, alguien la estaba mirando, o tal vez no a ella, sino a Hayden, o tal

vez solo miraba en su dirección. Era difícil precisarlo debido a que, desde esa distancia, no podía apreciarlo bien. Se inclinó un poco más hacia la ventanilla y vio que era un muchacho como de su edad, que no estaba sentado en el asiento del conductor, sino al lado. Llevaba puesta una gorra blanca que le cubría la cabeza, por lo que Charlotte no pudo distinguir de qué color era su cabello (aunque por las patillas parecía ser oscuro). Su cuerpo era delgado y tenía la tez clara. Pero en lo que Charlotte más reparó fue en sus ojos: eran de un verde inusual, o tal vez no tan inusual, pero nunca antes había visto ese tipo de ojos verdes tan intensos. Sabía que eran esmeraldas, porque su abuela Audrina le había obsequiado una de sus tantas piedras a su madre para que esta se las pasara a sus hijas cuando fueran adultas. La joya permanecía encerrada tras una vitrina con llave, en una habitación privada de su casa, pero Charlotte solía quedarse admirándola, dado que de todas las que posaban allí, entre el rubí, el topacio y el ópalo, esa era la que más le gustaba. Ese par de piedras preciosas la escrutaban fijamente desde el frente, tanto que Charlotte sintió como si fuesen succionándola como un vórtice hasta perderse en ellos. Se sobresaltó un poco ante ello; miró al muchacho, quien todavía sostenía la mirada en la de ella. Aunque era la primera vez que lo veía y no sabía quién era (ya que ni había hablado con él), supo que lo había visto alguna vez antes y que, de alguna forma ilógica, hasta lo quería. Lo había visto, claro, varias veces durante ese verano, pero había sido en sueños; lo había soñado. Se había visto en un campo con él, cabalgando juntos en un caballo; era una imagen que le había proporcionado una sensación placentera llena de ternura. Pero luego esa escena se había esfumado y, en su lugar, el muchacho aparecía muerto. Charlotte se despertaba con una sensación de malestar capaz de durar por el resto del día.

Una vez que su padre se subió al auto y arrancó, Charlotte se quedó perdida en sus pensamientos (y sentimientos) acerca del muchacho, tanto que no volvió a escuchar las peleas de sus padres a lo largo del trayecto hacia Nueva York.

Esa noche, cuando dormía, Charlotte volvió a tener los mismos sueños con el muchacho; esa vez no tuvo dudas de que era él: el muchacho de la gasolinera. Era el mismo de sus sueños, el que estaba con ella en el campo y luego moría. Pero, cuando se despertó, Charlotte se quedó pensando cómo era posible que hubiera soñado antes con un muchacho al que nunca había visto sino hasta ese momento. Entonces comenzó a rememorar una cierta cantidad de sueños que había tenido desde niña y cómo luego se habían cumplido; de ese modo se percató de que había algo inusual en ella, o al menos en sus sueños.

Capítulo 3

El día estaba soleado, pero para Jacob estaba nublado. Llevaba nublado varios días, de acuerdo a su percepción de la vida. Sentía como si una nube negra estuviera situada encima de su cabeza, como si fuera un chubasco y que, en cualquier momento, comenzaría a llover sobre él. Todo era oscuridad últimamente, tanto que no podía discernir entre el día y la noche; era como si viviera cada día entre las penumbras. Ya no era consciente de lo que hacía o decía, tampoco de lo que comía. La comida, al igual que todo en la vida, había perdido su sabor; su paladar ya no era capaz de percibir algo, al igual que él. O tal vez sí sentía, pero solo tristeza y aflicción; ya no había lugar para emociones buenas. Lo peor era que, muy en lo profundo, sentía que nunca más las habría, que todo sería infelicidad por siempre en su vida y que nada iba a cambiar para bien. Su mente y su cuerpo estaban desconectados de su alma y de su corazón; por ello hacía todo de manera automática. Había perdido toda capacidad cognitiva, o tal vez su materia gris; era como si alguien hubiese tomado una aspiradora y le hubiera succionado los pensamientos de la cabeza. Caminaba sin ser consciente, como si sus pies lo arrastraran a los lugares sin que él estuviera al tanto de ello, tal como si fuese un *zombie*. Así llegó a un precipicio y, cuando bajó la mirada, solo vio negrura ante sus pies, algo profundo y oscuro, pero en movimiento, que serpenteaba como si fuera una serpiente en el césped. Era líquido; parecía ser agua, aunque también podría haber sido un vórtice. Alzó la vista al cielo por un momento; la luna brillaba intensamente aquella noche en compañía de las estrellas. Pero a sus ojos aquello era invisible; a sus ojos era solo un manto oscuro. Cuando volvió a bajar la mirada, se inclinó hacia adelante con mucha fuerza, como si alguien lo hubiese empujado hasta tirarlo en ese agujero, que lo engulló hasta sus profundidades. Parecía no dejarlo salir de allí nunca más.

Capítulo 4

Al día siguiente, cuando desperté, lo hice de forma relajada, dado que se oía el canto de los pájaros. Extrañaba eso del campo: despertar sin ningún tipo de ruido más que el gorjeo de las aves. Todo era pacífico en ese lugar, y el aire era más pulcro. Desde niñas solíamos ir con mi hermana cada verano, principalmente porque nuestros padres nos arrastraban hacia allí y, si bien al principio poníamos objeción a eso (ya que éramos niñas de ciudad), después de un par de horas ahí se nos pasaba el enojo porque nos gustaba caminar por el frente del lago, jugar al aire libre rodeadas de las colinas, pretender que atrapábamos mariposas de día o luciérnagas de noche. Luego las poníamos en un frasco, aunque no lo hacíamos, en realidad, dado que no había manera de que dos niñas pudieran atraparlas. Así que solo pretendíamos hacerlo. Pero, una vez que llegamos a la pubertad, comenzamos a poner más reparos ante ello y ya no queríamos ir aunque, de todos modos, nuestros padres no nos hubieran obligado, porque se habían divorciado cuando yo tenía quince y mi madre había prometido no volver nunca más (aunque la casa pertenecía a la familia de mi padre, por lo que, de todas maneras, no le correspondía hacerlo). Luego nos dijo a mi hermana y a mí que ese lugar era una inmundicia y que estaba agradecida de no tener que volver nunca más. Así que yo no había regresado en diez años, y era extraño hacerlo ahora pero, a la vez, sentía que el tiempo no había pasado en absoluto, dado que la casa lucía exactamente igual a cómo la recordaba. Tal vez porque mi padre no le había hecho ninguna reforma en todo ese tiempo. Todavía conservaba el color marfil; seguía teniendo el piso de madera, un decorado de piedras en el frente y un jardín delantero que conducía a la entrada. Hasta seguía destilando el mismo olor a margaritas que yo recordaba.

Cuando terminé de desayunar, me conecté a mi ordenador para trabajar un poco en mi disertación. Después cociné una paella para el almuerzo y, tras

ello, salí a caminar por el frente del lago. Si bien a menudo caminaba frente a lagos en Manhattan, el agua de estos no era tan pura y cristalina como la de esta zona. Además, aquí no había gente alrededor como la había en Nueva York. Caminé en dirección sur, a pesar de que estaba caluroso; en aquella zona, que era descampada, no se sentía tanto el calor, además de que la frescura del lago era capaz de refrescarme de alguna forma. Pasé por frente de la casa de los Wagner, en la cual vivía un matrimonio que era de Pensilvania, pero que se había mudado a ese lugar luego de que el hombre se había jubilado del ejército. Después pasé por frente de la casa del señor Havasi, un hombre que siempre había vivido en Lyric Point, ya que tenía negocios cerca de ahí. De esas dos familias, la única a la que conocía era la del señor Havasi, dado que su nieta Brooke había sido mi amiga desde que éramos pequeñas, cuando ambas coincidíamos en vacaciones de verano allí. Ella tenía mi edad, pero era de Boston y actualmente solo nos conectábamos a través de Facebook. Cuando di la vuelta para regresar a mi casa, vi que un auto azul estaba aparcando en la casa del señor Havasi. En cuanto vi que una muchacha joven descendía del automóvil, supe de inmediato que era mi vieja amiga Brooke. Caminé hacia ella lentamente hasta que me vio.

—¿Charlie, eres tú? —preguntó sorprendida.

—Sí, Brooke —le respondí mientras me acercaba a saludarla.

—Oh, por Dios, Charlie, hace una eternidad que no nos vemos y no tenía idea de que estabas aquí. —Ella era la única en el mundo que me llamaba por el diminutivo de mi nombre. A mi madre no solía agradaarle el apodo, porque decía que era masculino, pero a mí me gustaba porque a nadie más se le había ocurrido hacerlo.

—El jueves decidí venir y llegué ayer por la mañana, tampoco pensé que te encontraría aquí; si no, te lo hubiera dicho —repuse.

Brooke tenía los ojos azules fulgurantes, la piel pálida llena de pecas y el rostro aniñado. Seguía teniendo el cabello colorado natural, ondulado y largo, tal como lo recordaba; seguía siendo delgada y de estatura baja, así que

prácticamente no había cambiado nada.

—Escucha, ¿qué te parece si esta noche salimos por ahí, así nos ponemos al corriente? —me preguntó de forma entusiasmada—, ¿o pensabas regresar hoy mismo a Nueva York?

—Oh, no, me quedaré una semana por lo menos, así que cuenta conmigo, ¿a qué hora quieres que te recoja? —inquirí.

—Pasaré yo por ti, ¿a las ocho te parece bien? —Yo asentí.

—A esa hora te espero —le dije de forma muy animada, dado que estaba feliz de verla después de tanto tiempo.

Por la noche me puse un *jean* con una blusa azul; dejé mi cabello suelto y solo me maquillé un poco. Brooke pasó a recogerme a la hora acordada y fuimos a un restaurante de Hamden a cenar al aire libre.

—Así que eres escritora, ¡qué sensacional! —musitó maravillada.

—Pues sí, siempre me gustó leer, pero no empecé a escribir hasta que estuve en la universidad; digamos que fue una bendición encontrar una agente y una editorial que me publicara, dado que en la actualidad hay mucha demanda de ambas partes —le conté.

—Pues me alegro mucho por ti —dijo sonriendo.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté.

—Pues estoy trabajando en un bufete de Boston; de momento soy una más ya que, al igual que tú, me gradué hace menos de dos años, pero aspiro a convertirme en socia algún día —repuso.

Desde que conocía a Brooke no quería ser otra cosa más que abogada; supongo que porque sus padres también lo eran.

—Pues seguro lo lograrás.

—¿Y qué tal tu vida en el terreno amoroso? —me preguntó después.

—Pues soltera, como siempre. ¿Qué hay de ti? —inquirí.

—También, aunque eso no necesariamente significa que soy célibe —me dijo, riendo de forma pícaro.

—Ja, pues está bien —musité.

—Supongo que tú tampoco lo eres —repuso.

—No, yo soy cien por ciento célibe; de hecho, la última vez que salí con un muchacho fue hace más de un año —le conté.

—¿Por qué, Charlie? ¿Quieres estar sola de momento, o te rompieron el corazón? —inquirió.

—Oh, no, no es nada de eso; bueno, tal vez lo primero —repliqué.

—Te entiendo: a mí me sucede lo mismo; supongo que estaremos solteras hasta que llegue el indicado. No podía explicarle que yo no esperaba al indicado porque, en realidad, sabía que mi indicado estaba muy lejos de mí, lo volviera a ver o no; estaba lejos de mí. Tal vez vivía en Pensilvania, o en Minnesota, o incluso se podría haber mudado a otro país. Cualquier cosa era posible; lo que era menos probable era que terminara a su lado porque, si lo hacía, eso significaba que moriría.

Tras terminar de cenar, fuimos con Brooke a un pub ubicado en la interestatal que conectaba Hamden con Lyric Point, por lo que estaba situado prácticamente a las afueras del pueblo. Era un salón grande, con varios sectores y una barra larga; estaba atestado de gente; la música sonaba fuerte y las luces eran tenues. Con Brooke bebimos un par de bebidas, mientras seguíamos conversando acerca de nuestras vidas; de repente me sentí muy agradecida de que ella estuviera allí, de que siguiéramos en contacto y de que pareciera que el tiempo no hubiera transcurrido desde la última vez que nos habíamos visto.

Una hora después, un muchacho invitó a bailar a Brooke, y yo la incité a que lo aceptara, por lo que ella accedió.

Yo me fui al baño y, cuando salí de allí, comencé a desplazarme por un pequeño pasillo, desde el cual se divisaba una enorme puerta que estaba abierta de par en par. Me asomé y me di cuenta de que daba lugar al patio trasero. Puse un pie afuera y contemplé que solo se extendía un manto de grava rodeado de árboles; a lo lejos corría agua: era el lago que estaba frente a la casa de mi padre. Nunca me había puesto a pensar en su longitud, pero por lo

visto era bastante largo si atravesaba toda esa área.

Miré al cielo: un manto azulado, lleno de estrellas que dejaban una estela luminosa alrededor. Esa era otra cosa que extrañaba del campo: contemplar el cielo. En Nueva York rara vez lo hacía. Cuando vives en una ciudad tan ajetreada y rodeada de tantos rascacielos como la Gran Manzana, es difícil reparar en esas cosas.

Me quedé parada un momento allí, aspirando la brisa fresca que olía a una mezcla de gotas de rocío y sándalo; estaba completamente sola, no había ni un alma. Solo se escuchaba el murmullo de los grillos y la música proveniente de adentro, que sonaba lejana. Me di vuelta para regresar al pub, cuando reparé en que en el borde del lago había una silueta. Al parecer, no había estado sola: alguien estaba contemplando el agua del lago. Por la pose y por el contorno parecía un hombre. En un abrir y cerrar de ojos, vi cómo caía al agua. Me había quedado tan atónita viendo esa escena que tardé en reaccionar y correr hacia allí. No sabía si se había tirado para bañarse o si estaba ebrio y se había caído porque había perdido el equilibrio, dado que era un sábado por la noche, que estábamos en un pub y que, por la forma en la que había caído, parecía más bien como si hubiera ingerido litros de alcohol. Una vez que llegué al borde del lago, traté de divisar al muchacho en el agua, pero no lograba verlo, dado que esa zona estaba oscura y solo la luna se reflejaba en ella. Cuando percibí un círculo formado a un lado, me di cuenta de que ahí había caído; aguardé un momento para ver si flotaba al menos, pero no lo hizo. Rápidamente me quité los zapatos, el *jean* y la blusa y me lancé al agua.

Tuve que nadar estirando bien los brazos para ver si alcanzaba a tocar algo, ya que allí no se veía nada. Cuando finalmente toqué lo que parecía ser una cintura, lo tomé y comencé a emerger del agua con gran dificultad, porque el cuerpo no era liviano. Tal vez no era robusto, pero sí podía notar que era alto; además, era un hombre. Biológicamente, los huesos de los hombres los hacen más fuertes que a las mujeres, en especial comparando con las mujeres delgadas como yo. Una vez que llegué al borde, lo coloqué junto al árbol y

traté de despertarlo como si fuera a despertar a una persona dormida; era inútil, porque era obvio que el muchacho se había ahogado. Comencé a presionar en su pecho con mis manos, pero no reaccionaba. Luego le hice respiración boca a boca y tampoco despertaba; empecé a desesperarme sin saber qué más hacer, por lo que busqué mi teléfono móvil en el *jean* que había dejado a un lado y la llamé a Brooke para que saliera. Por suerte apareció al instante, con un muchacho que supuse era aquel con el que estaba bailando. Ninguno pudo despertarlo, pero tenía pulso y su corazón latía aunque de forma lenta. El muchacho llamó a una ambulancia, que llegó enseguida y, después de que subieron al muchacho ahogado, Brooke y yo fuimos en su auto hacia el hospital local. Por haber sido quien había encontrado al muchacho, en cierta forma me sentía responsable de él, además de que seguro necesitaba que se contactara a la familia. Aunque, si su identificación o teléfono móvil estaban en sus pantalones, seguro se habrían mojado.

Una vez que llegamos al hospital, nos quedamos con Brooke en el pasillo de la sala de urgencias.

—¿Crees que esté bien que nos quedemos? —me preguntó Brooke—, es decir, se nota que tragó mucha agua y no despertará de momento.

—Si me voy, me sentiré mal, ya que temo que no haya nadie junto a él cuando despierte. Tal vez a los médicos les cueste encontrar a su familia, si es que tiene una —le dije.

—Pues no quiero ser pesimista, pero ya viste que no despertó ni con tus intentos de respiración cardiopulmonar o el boca a boca, y tú eres muy buena en ello, ¿recuerdas cuando yo recién estaba aprendiendo a nadar que tú me enseñaste todas esas técnicas y me auxiliaste cuando casi me ahogué? —Asentí ante ello—. Pues no sé si despierte, Charlie.

—Lo sé, y me entristece pensar en ello —admití. —Bueno, sí, porque es un ser humano y todo eso, pero el lado bueno es que no lo conocemos, así que, si muere, no puede causarnos dolor alguno —repuso de forma relajada. Sabía que tenía razón en ello, pero una parte mía seguía sintiéndose responsable y

hasta afligida por el muchacho.

Observé la hora en mi teléfono móvil: eran casi las tres de la madrugada, y hacía veinte minutos que habíamos llegado. Los médicos no habían salido de la sala y yo comenzaba a temer lo peor. Cuando por fin salió un doctor, me acerqué a él.

—Disculpe, pero ¿podría decirme cómo está el muchacho que llegó ahogado? —le pregunté.

—¿Eres familiar de él? —inquirió.

—No, no lo conozco, pero yo fui quien lo rescató del lago y por eso vine con él —le aclaré. —Ya veo, bueno, pues, en ese caso te diré que nos costó sacarle la cantidad de agua que tragó, pero ya está bien; solo está inconsciente. Mañana estará mejor.

Vi que los otros dos médicos también salieron de allí, por lo que supe que de verdad estaba bien, dado que se había quedado solo.

—Cuánto me alegra oírlo —expresé aliviada y feliz a partes iguales ya que, por ilógico que pareciera, sentí que, si llegaba a pasarle algo, sería mi culpa.

—Como dijiste que no lo conoces, supongo que tampoco sabes quién es su familia —Negué con la cabeza—. No hay problema, igual logramos rescatar su carnet de conducir de su billetera. Los billetes que tenía quedaron hecho añicos, y su teléfono móvil no sirve.

—Lo imaginé, dado que cayó al agua con su ropa puesta —le conté.

—¿Tú viste cuando se tiró al agua? —me preguntó con voz metódica.

—Sí, desde lejos, por eso llegué algo tarde a rescatarlo —le aclaré.

—Y, de acuerdo a lo que viste, ¿crees que se cayó porque estaba ebrio, o que fue intencional?

—¿Con *intencional* se refiere a que tal vez quiso suicidarse? —Él asintió—. Hummm, pues no creo que se haya tirado para nadar porque, de ser así, se hubiese quitado la ropa y nadado, y yo solo pensé que, como estaba en un pub, tal vez había bebido mucho alcohol y se había caído. Pero, tal vez, no se

puede descartar la opción del intento de suicidio.

—Sí, eso temí —repuso de forma seria—. Te lo pregunto porque, en caso de que haya sido intencional, debo dar aviso a un especialista en salud mental porque, si lo intentó una vez, volverá a intentarlo de nuevo.

—Lo entiendo —dije asintiendo—. ¿Usted cree que yo podría entrar un momento a verlo? —me atreví a preguntarle.

—Creí que dijiste que no lo conocías —señaló algo desconcertado.

—Sí, es cierto, pero es que, como yo fui quien lo rescató, me siento responsable de él o algo así —musité sin saber cómo explicarle.

—Es lógico que te sientas así, porque las personas que rescatan a otras sienten una especie de lazo con aquellos a los que rescataron —me explicó de forma seria—. Está bien, entra, pero solo un minuto.

—Gracias.

El olor a líquidos medicinales y a algo limpio como jabón era lo que más emanaba de aquella habitación; me cubrí la nariz, dado que era algo nauseabundo. Observé al muchacho que yacía con el pecho desnudo y unos cables conectados a él. Tenía el cabello mojado y su semblante parecía sereno. Una vez que me acerqué más a él, me quedé contemplando su rostro durante un tiempo considerable, con el corazón que me palpitaba de forma frenética. Su nariz era fina; sus mejillas, planas; sus labios, delineados. La forma de sus ojos me resultaba familiar; su semblante, en general, me parecía familiar. Lo había visto una sola vez, pero no me había olvidado de su rostro. Aun así, no podía ser él, pero debía admitir que había pasado mucho tiempo desde que lo había visto, diez años exactamente. En diez años la gente cambia, y mucho. Yo había cambiado; estaba más alta y más desarrollada que desde entonces, cuando recién estaba entrando en la pubertad. Pensé que había una forma de corroborar si era él. Llevé mis manos lentamente hacia su párpado izquierdo y se lo levanté. En cuanto vi asomar una aureola verde esmeralda, bajé su párpado de inmediato y me llevé la mano a la boca de forma consternada. ¡Era él! Me quedé parada, temblando, a un lado. Era él. Era él.

Era el muchacho de la gasolinera y el mismo que aparecía en mis sueños conmigo y luego moría. Era el mismo muchacho que se había ahogado y casi había muerto aquella noche. Una sensación opresiva se apoderó de mi cuerpo y, al instante, las lágrimas comenzaron a caer sin previo aviso. Empecé a llorar de forma histérica, sin poder contenerme, porque una oleada de dolor me había embargado por completo.

Cuando salí de la habitación, seguía llorando sin parar. Brooke se acercó a mí de forma consternada.

—¿Qué ocurre, Charlie? Oh, no, no me digas que el muchacho murió — dijo de forma afligida.

—No —negué con la cabeza—. Es que me entristeció verlo.

—Oh, lo entiendo, por eso de que lo salvaste, bueno, pero está bien, es algo bueno. —Yo asentí, pero no podía dejar de llorar—. Vamos a comprar algo de beber y luego a nuestras casas, dado que fue una noche larga.

En el trayecto me serené un poco, pero aun así seguía sintiéndome profundamente triste. La peor parte era que no podía decirle a Brooke la verdadera razón de ello o pensaría que estaba completamente chiflada.

Una vez que me despedí de Brooke, entré en mi casa y subí a mi dormitorio. Me quité rápidamente el pijama y me arrebujé bajo las sábanas. Ya había dejado de llorar, pero mis ojos estaban hinchados. Me quedé mirando al techo, tratando de asimilar todo lo ocurrido aquella noche. Había rescatado a un muchacho que resultó ser el mismo que había visto en la gasolinera diez años atrás y me había encandilado con sus ojos, el mismo con el que había soñado incluso antes de verlo. Esos sueños que por años me habían hecho pensar que estaba loca, pero que a la vez me hacían sentir que lo conocía más que a nadie en el mundo y lo amaba, y nunca lo perdería. El mismo que esa noche, de no haber estado yo en ese patio, hubiera muerto. De repente comencé a llorar de nuevo con todas mis fuerzas por haberlo encontrado finalmente y porque por un momento, realmente, pude haberlo perdido.

Capítulo 5

Jacob se sentía caer por una especie de conducto oscuro, como si fuera Alicia descendiendo por una madriguera que lo transportaría hacia otro mundo, uno maravilloso, en donde habría todo tipo de criaturas fantásticas y en el cual viviría todo tipo de aventuras disparatadas. La conciencia de Jacob no era de lo más clara en esos momentos. Solo una parte remota de su cerebro parecía estar despierta en algún lugar, pero no sabía exactamente en dónde estaba o hacia dónde se dirigía, si estaba vivo o muerto, si era un ser humano o una especie de espectro fantasmal, suspendido en alguna esfera o siendo transportado hacia otra. En donde estaba, o en donde era apenas consciente, no podía sentir o pensar; no podía escuchar ningún sonido (ni siquiera podía oler ningún aroma). Solo podía tener una mínima porción de conciencia que lo hacía pensar que una parte de él estaba en algún lugar, que alguna vez había existido y que había formado parte de la vida, que había significado algo para alguien, que había sido querido. Pero ya nada de eso importaba, ni siquiera su existencia. De repente, esa parte remota, que era consciente, era absorbida de a poco por una especie de luz muy brillante. Pero ese brillo fue extinguiéndose de a poco, hasta que se aó, y entonces solo quedó oscuridad.

Capítulo 6

El domingo me levanté cerca del mediodía, algo mareada debido a todo lo que había

ocurrido la noche anterior. Apenas pude probar bocado, dado que me sentía desanimada y aletargada.

Después de almorzar, me dispuse a trabajar en mi doctorado, pero no pude hacerlo, en parte porque el calor era agobiante; si bien entraba una brisa por las ventanas, esta era bastante caliente. Los ventiladores apenas tiraban aire, y solo los dormitorios tenían aire acondicionado. Deseé que tuviéramos una piscina para bañarme pero, antes de que eso se concretara, ese había sido otro tema de pelea entre mis padres y después se habían divorciado. Por eso nunca llegó a existir tal piscina. Así que solo me senté en el jardín, ya que allí se respiraba aire fresco y todo estaba en calma. Tres ruiseñores andaban revoloteando por ahí; me quedé contemplando cómo danzaban entre las flores mientras emitían una suave melodía.

De pronto, me sentí mejor, más relajada y, por un momento, olvidé los incidentes de la noche anterior. Un sonido diferente al de los pájaros me despertó de mi ensoñación: era un mensaje proveniente de mi teléfono móvil. Lo leí: era de Brooke. Me preguntaba si podía ir a verme por la tarde, porque por la noche se iría a Boston; acepté, desde luego. Después deposité el móvil en una mesita que estaba a mi lado y me quedé acurrucada en una mecedora, con los pies descalzos, absorbiendo aquella quietud.

Una hora después, subí a cambiarme, dado que solo tenía puesto un pantalón corto y una remera. En su lugar, me puse una falda de *jean* con otra remera más presentable que esa, y unas sandalias en los pies. Después me recogí mi cabello en una cola de caballo, ya que hacía mucho calor.

—¿Qué tal amaneciste hoy, Charlie? —me preguntó Brooke, en cuanto arribó a mi casa.

—Mejor, ¿y tú? —inquirí.

—Con la cabeza que me da vueltas. No bebí tanto alcohol, pero creo que más que nada fue por todo lo ocurrido. Fue una noche larga e intensa —comentó.

—Concuerdo contigo —convine, mirando hacia el lago, dado que estábamos sentadas en el porche, bebiendo limonada. Si bien el día estaba muy caluroso, el sol no se reflejaba hacia allí a esa hora, por lo que corría una brisa vespertina fresca que hacía tolerable estar en ese lugar.

—¿Y cómo crees que estará el muchacho que se ahogó anoche? Yo creo que está mejor, porque ya estaba fuera de peligro —musitó.

Yo no quería hablar del tema en lo posible (pero sabía que era imposible evitarlo, en vista de lo acontecido). Por supuesto, Brooke no sabía lo que me unía a él: sueños premonitorios en los que él y yo estábamos juntos y al final él moría.

—Sí, estoy segura de que está bien —dije, rogando para mis adentros que realmente fuera así.

—Pues tuvo mucha suerte de que tú estuvieras allí, Charlie, de lo contrario ahora estaría en el interior de un ataúd, en su propio funeral. —Se me revolvió el estómago al oír eso.

—Bueno, pero ya está bien —repuse—. ¿Y ahora cuándo regresarás de nuevo? —le pregunté después, tratando de cambiar de tema.

—No lo sé, Charlie, aunque tal vez dentro de poco, dado que mi abuelo no anda muy bien de salud y, si bien tiene a una enfermera, no hay nadie de la familia con él aquí —replicó. —Oh, lo entiendo, pues yo solo me quedaré hasta el fin de semana que viene, pero un día podrías ir a Nueva York y quedarte en mi departamento conmigo, así nos vemos más seguido —propuse.

—Eso sería genial, Charlie, y dalo por hecho —declaró de forma animada.

Era bueno tener la compañía de alguien como ella en aquellos momentos, y me hubiera gustado que se quedara más días allí, dado que no conocía a otra persona de mi edad que viviera por esa zona.

—Oye, ¿qué te parece si vamos al hospital a ver cómo está el muchacho? Seguro ya despertó y puede recibir visitas

—¿Por qué quieres ir a verlo? —le pregunté anonadada.

—Pues para saber cómo está, más que nada; en cierta forma quedé un poco preocupada por él, o tal vez tú me contagiaste la preocupación, pero pensé que también te gustaría verlo —señaló.

—Oh, pues no, yo no quiero verlo —le dije, negando con la cabeza de manera rotunda.

—¿De verdad? Porque pensé que querrías saber cómo estaba —repuso, mirándome sorprendida—. Es porque te afectó mucho haberlo salvado y todo eso, ¿verdad? Pues lo entiendo.

—Sí, bueno y, de todas maneras, no somos nada de él, ni siquiera nos conoce; seguro tiene gente que lo va a visitar, y todo eso. No quería verlo, no podía verlo, así que no quería ir. —Sí, tienes razón —concordé.

Antes de que Brooke se marchara a la casa de su abuelo, tuve un súbito cambio de decisión, por lo que le propuse:

—Oye, Brooke, ¿sabes qué?, creo que será mejor si vamos a ver al muchacho. Pero no es necesario que lo veamos de todas formas: podemos preguntarle a su médico qué tal evoluciona y luego nos venimos.

—De acuerdo —repuso asintiendo.

Cuando llegamos al hospital, nos dirigimos a la sala de cuidados intensivos, donde me acerqué al mostrador a hablar con una enfermera que estaba en recepción. Le pregunté acerca del muchacho y me dijo que el doctor lo estaba examinando, que en un momento saldría y podría preguntarle a él directamente. Aguardamos un rato en la sala de espera y, mientras estaba sentada ahí, sentí como si la noche anterior había ocurrido hacía una eternidad, o en otra vida diferente a esa. Una vez que la puerta del costado se abrió, salió el médico, que era el mismo con el que había hablado la noche anterior.

—Hola, no sé si usted me recuerda, pero yo estuve anoche aquí —le dije mientras me acercaba a él.

—Por supuesto, tú eres la salvadora del muchacho que se cayó al lago —
repuso asintiendo. —En cierto modo —repliqué, dado que *salvadora* sonaba a
una especie de santidad—. Solo quería saber cómo evoluciona.

—Pues muy bien, gracias a ti; de lo contrario, no estaría aquí respirando
—afirmó—. Puedes pasar y comprobarlo por ti misma.

Abrió la puerta, y yo me quedé congelada sin saber qué hacer. No quería
entrar por varias razones: para empezar, porque no estaba preparada para
verlo. ¿Y si rompía a llorar enfrente de él como la noche anterior? Pero, por
otro lado, una parte mía quería verlo. No sabía qué hacer, por lo que miré a
Brooke y le hice señas para que me acompañara. Ella se levantó y, juntas,
entramos en la habitación.

Capítulo 7

Por un momento, todo lo que había visto Jacob era oscuridad y nada más que eso; de a ratos le parecía que había durado un segundo y, luego, que habían sido horas o días. Cuando logró despertar, se dio cuenta de que estaba en un hospital, de que había sobrevivido a un ahogamiento durante la madrugada. De acuerdo al médico, un alma bondadosa lo había rescatado de las profundidades del agua. Gracias a ella había logrado sobrevivir; de lo contrario, no estaría allí ahora. Él no sabía qué era mejor: si sobrevivir o morir; no lo sabía de verdad. Cuando comenzó a recordar su vida tal y como era, y los momentos previos a caer al lago, pensó que hubiese sido mejor estar muerto porque, ¿cuál era el punto de estar vivo a esas alturas? ¿Su vida mejoraría solo por haber sobrevivido? ¿Tendría una segunda oportunidad para que las cosas fueran diferentes? ¿Se tornaría todo mejor? ¿Lograría olvidar todo lo malo y, de repente, todo sería mejor? No lo creía, porque todo estaba tan mal en su vida que nada tenía arreglo. La peor parte fue cuando los médicos comenzaron a hacerle preguntas acerca de cómo había llegado al lago, cuánto alcohol había bebido y sobre su estado de ánimo. Logró mentir que había tomado tanto que apenas podía recordar haber llegado al lago y que seguro había perdido el equilibrio y se había caído. Pudo notar, por la mirada del médico, que este no le había creído, pero no le hizo más preguntas por el momento.

Le habían informado que tendría que quedar internado hasta el lunes solo por observación, y no podía decidir si aquello era algo bueno o malo; tal vez no era del todo malo, porque afuera estaba el mundo real, tal como lo conocía. La última vez que había estado ahí, o sea el día anterior, no le había gustado para nada: se había vuelto un lugar oscuro y tenebroso, en donde no podía confiar en nadie. Allí por lo menos no vería a nadie que no fuera de su agrado, o a gente que le simpatizaba con la que tuviera que verse obligado a hablar de

todo lo ocurrido en su vida últimamente. Solo debía estar acostado mientras le servían la comida y veía televisión por cable todo el día. Tal vez no estaba tan mal después de todo, era como estar en el cuarto de un hotel de vacaciones, solo que la habitación en cuestión olía al líquido del gotero que tenía en el brazo. Pero al menos no pensaba tanto en la realidad y en lo que le había sucedido, lo cual era algo bueno.

Su médico abrió la puerta en un momento y creyó que iba a hacerle otra revisión o más preguntas sobre lo ocurrido, lo cual le extrañó, dado que acababa de examinarlo. En su lugar, hizo pasar a dos muchachas; no creía haberlas visto antes. Eran jóvenes, como de su edad. Una tenía el cabello castaño lacio y la otra, más bien colorado y rizado. La de cabello lacio era alta, en tanto que la otra era más baja. Las miró bien, tratando de recordar si las conocía. Como vestían de manera informal, parecían ser visitas, pero no lograba ubicarlas de ningún lado. El médico cerró la puerta y salió de la habitación, y las dos muchachas se acercaron un poco más a él.

—Tú no nos conoces —comenzó a decirle la de cabellera lacia, con una cadencia de voz algo nerviosa y vacilante, que denotaba que o bien estaba nerviosa porque no lo conocía, o por estar ante la versión hospitalizada de él —, pero yo fui quien te rescató anoche del lago. —Ahhh. —repuso él asintiendo. No sabía qué debía decirle, ¿gracias, tal vez? eso era lo que se decía cuando alguien te ayudaba, como lo había hecho ella, pero ¿estaba agradecido por seguir viviendo?

—Gracias —expresó finalmente, más que nada por cortesía, y porque supuso que era lo que ella querría escuchar.

—No hay de qué —logró decir ella, ahora un poco más relajada—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien, gracias a ti —replicó él, tratando de sonreír.

—Me alegro. Yo soy Charlotte, y ella es Brooke. Luego de que te rescaté del agua, ella y otro muchacho también te auxiliaron; llamaron a una ambulancia, y todo eso —le contó la muchacha llamada *Charlotte*.

—Oh, pues gracias a ambas, yo soy Jacob, por cierto —se presentó y después observó a la muchacha llamada *Charlotte* porque, ahora que la veía mejor, le parecía familiar—. Disculpa, pero ¿nos hemos visto en algún lugar antes? —le preguntó.

Ella se quedó mirándolo fijamente, con los ojos abiertos de par en par, como si hubiese visto a un fantasma.

—No, no lo creo —le respondió, tratando de sonar calmada.

—Creí haberte visto en algún lugar, pero tal vez solo me recuerdas a alguien —le dijo él. Ella se quedó mirándolo y después asintió.

—¿Tú vives por aquí, Jacob? —inquirió la otra muchacha, la del cabello colorado.

—Vivo en las afueras, en realidad, en Lyric Point. —Las dos se quedaron mirándolo fijamente ante esto.

—También nosotras, bueno, no realmente, en realidad yo tengo un familiar que vive por allí, y ella tiene una casa de campo a la que va esporádicamente —le informó la colorada. —Oh, qué casualidad —Eso fue todo lo que les dijo; podría haberles preguntado por sus apellidos, o en dónde estaban realmente situadas las casas. Pero solo se quedó mirando fijamente a Charlotte. Sabía que la había visto antes; estaba casi seguro de ello, pero no podía recordar en dónde.

—Bueno, Jacob, no queremos molestarte mucho, además de que ella debe viajar a Boston en un rato —aclaró Charlotte.

—Oh, ¿y tú también debes viajar? —le preguntó, dado que ella solo tenía una casa de campo por ahí.

—No, yo me quedaré una semana por aquí —replicó ella.

—Bueno, yo estaré aquí hasta mañana; no sé muy bien a qué hora me darán el alta. Pero, si quieres, puedes pasar por la mañana —le dijo a Charlotte, aunque más que nada por cortesía, ya que sentía que, si había ido ese día, era en parte porque quería verlo. Aunque en parte también debía de ser por obligación dado que, por haberlo rescatado del agua, sentía que tenía alguna

especie de lazo que lo unía a él. Pero, a decir verdad, él comenzaba a sentirlo de ese modo.

—Pues, tal vez lo haga —repuso ella, pero pudo notar, por su tono poco convincente, que no lo haría—. Bueno, Jacob, nos alegra ver que estás bien; espero que sigas reponiéndote —añadió después.

—Gracias a las dos por lo de anoche y por venir hoy a verme —expresó con sinceridad.

De repente, comenzaba a sentirse realmente agradecido. No sabía si era porque le hubieran salvado la vida en sí, sino, más bien porque alguien se hubiera tomado la molestia de lanzarse al agua para hacerlo y, encima, tuviera la cortesía de ir a ver cómo estaba.

—Que te repongas, Jacob, adiós —le dijo la muchacha llamada *Brooke*.

—Gracias y buen viaje —le deseó él, con la mirada puesta en Charlotte.

—Adiós, Jacob —se despidió Charlotte.

—Adiós, y gracias de nuevo. En un instante, ambas desaparecieron de la habitación.

Jacob se quedó pensando en Charlotte: ya la había visto antes. Estaba seguro de ello; le tomó un momento recordar en dónde, hasta que por fin lo hizo.

Capítulo 8

Manhattan, Nueva York, febrero del 2007

La primera vez que un sueño de Charlotte se había hecho realidad, fue cuando tenía cuatro años. Había soñado una y otra vez que su hermana Hayden iba a resbalar y a caerse en la piscina. Se lo contó, pero solo creyendo que le estaba narrando un sueño que tenía con ella. Al día siguiente, Hayden resbaló y cayó al agua, tal como en su sueño.

Otro día soñó que un murciélago se metía en la casa y rompía varias cosas, y resultó que al día siguiente las mucamas dieron vueltas por el salón de la casa, con dos trapeadores en las manos, sin poder sacar a un murciélago que rondaba por la casa, rompiendo cosas.

Una vez soñó que el auto de su padre se quedaba sin gasolina en medio de la carretera cuando regresaban de viaje, y por ello debían quedarse atascados casi toda la noche, lejos de todo. La angustió tanto la idea de quedarse varada en medio de la nada que le insistió a su padre que pusiera gasolina y este al fin accedió. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que, en realidad, el tanque del auto estaba casi vacío. No se lo agradeció a Charlotte porque, ¿quién le agradece a una niña que lo único que hizo fue insistirle en ello porque lo había soñado? Las personas que la rodeaban nunca reparaban en la exactitud de sus sueños. Apenas la escuchaban. A Charlotte le costó darse cuenta de que se cumplían y que tal vez podían evitarse. Aquello no era algo usual en las personas, por lo que ni se dio cuenta de ello. Pero, cuando comenzó a soñar con ese muchacho que moría, ya no podía soportar tener esos sueños una y otra vez. Si nunca hubiese visto al muchacho en la gasolinera, tal vez no le habría preocupado pero, ahora que recordaba que sus sueños anteriores se habían cumplido, y había una posibilidad de que este también lo hiciera, y de ser así, al parecer, eso significaba que ese muchacho moriría, esto la afligía. Solo le había contado a su hermana Hayden sobre ello, y ella le había dicho que era normal

en algunas personas. Aun así, Charlotte no se había atrevido a decirle que el muchacho que moría en sus sueños, porque temía que pensara que estaba loca. Pero llegó un día en que ese sueño comenzó a hacerse insoportable, tanto que sabía que debía acudir a un especialista para hablar al respecto.

Una tarde fría de febrero, se dirigió hacia la calle 72 de su vecindario, en donde atendía el doctor Marsden, un especialista en salud mental. En cuanto entró en el despacho, Charlotte se sintió bastante cohibida por tener que contarle todo aquello a un terapeuta, ¿y si determinaba que estaba loca como una cabra y que por ello debía estar encerrada con un chaleco de fuerza en un lugar lleno de barrotes y con gente loca? Aun así, Charlotte le contó al terapeuta sus sueños, y este le dijo casi lo mismo que Hayden. Solo que su explicación se apoyaba en los pilares de la teoría psicoanalítica cognitiva. Le habló del subconsciente y del inconsciente, y de cómo estos dos actúan y a veces son mucho más fuertes que la parte consciente. Le explicó que los sueños tienen distintas naturalezas y que cada persona sueña de forma diferente, según su tipo de mentalidad. Como Charlotte no quedó satisfecha con la respuesta, decidió contarle sobre el muchacho con el que había soñado antes de verlo.

—¿Sufro de alucinaciones? —le preguntó con la voz temblorosa. El doctor se quedó mirándola y luego sonrió, mientras negaba con la cabeza. De acuerdo a él, la personalidad de Charlotte no encajaba dentro de la de una persona demente. Aun así, debía admitir que aquella parte le extrañaba, por lo que le recetó unas píldoras que actuaban como catalizadores de sueños. Charlotte ingirió las píldoras por unas semanas, pero no consiguió apartar esos sueños de ella. El médico seguía insistiendo en que no eran alucinaciones y que solo tenía una mente demasiado imaginativa; de hecho, la había incitado a que apuntara todos sus sueños en un cuaderno, no solo como registro de ello, sino también a modo de práctica. Pensó que le haría bien escribir historias, y Charlotte le hizo caso. Pero también tuvo que añadir cómo se sentía respecto a esos sueños; Charlotte sentía una punzada de dolor en el pecho cada vez que

recordaba la imagen del muchacho que moría. Su muerte le producía cierto malestar, como si de alguna forma la afectara directamente, por lo que se le hacía difícil escribir sobre ello.

Pasados unos meses, Charlotte se dio cuenta de que la terapia no ayudaba, ya que el doctor Marsden seguía diciéndole lo mismo: que eran cosas insignificantes, que no debía darles tanta importancia. En su lugar indagaba sobre su familia, su niñez y sus relaciones sociales. Así que Charlotte dio por concluidas las sesiones. Pero todavía debía buscar respuestas a sus interrogantes. Un buen día decidió acudir a otra persona: su abuela Audrina. Audrina St Clair era la persona preferida de Charlotte, probablemente más que su hermana Hayden. Charlotte siempre había confiado en Audrina y le parecía que era la persona más sabia que conocía. Por eso no dudó en contarle lo que la aquejaba, a sabiendas de que Audrina no la juzgaría ni la tildaría de loca. Audrina la escuchó atentamente y, para su sorpresa, le dijo: —No sabía que tú lo heredarías; creí que lo haría Hayden, pero debí haber sabido que serías tú, dado que, de las dos, eres más parecida a mí en todo. —Charlotte se quedó mirándola extrañada. Audrina continuó hablando—: Desde que era niña que tengo ese tipo de sueños. Mi abuela también los tenía; tiende a saltarse una generación y, generalmente, afecta solo a mujeres. Es como un don, por lo que de mi abuela saltó a mí y de mí a ti. Cuando me di cuenta de que estos sueños se cumplían, comencé a impedir que se cumplieran, ya que la mayoría implicaban peligros, como supongo que te sucede a ti. —Charlotte asintió—. Pues, cuando me di cuenta de que se cumplían, creí que era normal y que todas las personas soñábamos de la misma forma. Pero imagina cuando les conté a mis amigas sobre uno de mis sueños y les pedí que me contaran los suyos. Se quedaron mirándome como si estuviera loca de remate. Así que acudí a mi abuela, porque entre nosotras también existía una relación estrecha, y ella me explicó que eran sueños premonitorios, que eran más bien adelantos de las cosas que iban a suceder y aparecían en los sueños de alguien para que esta persona pudiera impedirlos dado que, como habrás visto, la mayoría contienen

cosas malas y peligrosas. Ella me explicó que es como un don que tenemos.

De repente, Charlotte se sintió aliviada y reconfortada de que alguien finalmente le explicara lo que le ocurría y la comprendiera a la perfección. Se alegraba de que esa persona fuera Audrina, su abuela preferida; siempre había sentido una especie de afinidad especial con ella que no sentía con su abuela materna, o con ninguna otra persona. Pero lo que más la reconfortó fue saber que, de ser así, ella podría impedir que ese muchacho hermoso que veía en sueños muriera, por lo que le contó ese sueño a Audrina, así como el hecho de que había visto al muchacho en persona. Entonces vio que el semblante de Audrina se tornaba sombrío, como si hubiese escuchado una mala noticia, y le preguntó:

—¿Tú conoces a ese muchacho personalmente? —Charlotte le repitió que solo una vez lo había visto en persona, pero que ni había hablado con él y que ni sabía en qué estado vivía o cómo se llamaba. Audrina le explicó—: Por desgracia, cuando hay una muerte en los sueños, la cosa se torna más seria porque, como sabrás, la muerte es una cosa seria —como si Charlotte hubiese pensado que la muerte era una especie de broma—. Por eso ahí se torna más difícil impedir que ocurra. —Charlotte se sobresaltó al oír eso—. Yo nunca soñé con muertes, pero mi abuela sí y no pudo impedirla, por mucho que lo hubiese querido. Fue su primer amor el que murió y, de acuerdo a ella, usualmente, cuando es la pareja de uno o un muchacho el que aparece en esos sueños, es porque, en cierta forma, está ligado al destino de la persona que lo sueña, y no hay nada que hacer al respecto. O tal vez sí, pero sería mantenerse alejada de esa persona que puede morir. Tal vez solo de esa forma logre salvarse.

Charlotte se quedó petrificada al escuchar aquello, porque eso significaba que, si ella se acercaba al muchacho, él moriría y ella no podría hacer nada para impedirlo. Aunque la aliviaba saber que el muchacho probablemente estaba muy lejos de ella, aun así la entristecía la cuestión de que nunca podría estar con él por ser la única forma de mantenerlo a salvo.

Capítulo 9

Fue bastante duro e incómodo, pero al final logré estar enfrente de él sin llorar o alucinar. Bueno, en realidad había alucinado un poco, pero había conseguido mantenerme, dentro de todo, relajada. Había sido una conmoción verlo de cerca después de tanto tiempo; no había cambiado casi nada. De hecho, estaba tal cual lo recordaba. Tal vez se podía apreciar un poco de madurez en su rostro. Había comprobado que su cabello era oscuro, de un lacio brillante; que su voz era firme, pero con una cadencia suave; y que tenía una expresión algo taciturna y opaca en su mirada. Parecía algo frágil y un poco vulnerable; supuse que se debía al hecho de que estaba internado.

—Oye, Charlie —me dijo Brooke cuando regresábamos en el auto—, yo a ese muchacho ya lo conocía.

—¿De verdad? —le pregunté sorprendida.

—Al principio le vi cara conocida pero, cuando dijo que vivía en Lyric Point y luego vi su nombre en la ficha que estaba al pie de la cama, me di cuenta de que era él. Pero, como ya nos íbamos, no quise decirle nada. Además, dudo de que me recuerde, dado que fue hace mucho tiempo.

—¿Y cómo lo conociste? —inquirí con curiosidad porque, hasta donde yo sabía, aparte de los Wagner, no había más casas cerca de Lyric Point, y Brooke nunca me había comentado que conociera a nadie más joven por esa zona. Cuando éramos niñas, algo así habría sido digno de ser mencionado, debido a la escasez de gente que había por allí, además de que a veces nos quedábamos más de un mes ahí. Hasta parecía que se nos acababan los temas de conversación; a veces hasta empezábamos a inventar cosas con tal de tener algo nuevo de que hablar.

—Un día fui con mi abuelo a la casa de uno de sus amigos de la zona, aunque creo que mi abuelo lo estaba visitando por negocios. No recuerdo muy bien, ya que yo era chica: tendría unos once o doce años por aquella época. La

cuestión es que allí vi a ese muchacho, dado que era nieto del hombre y lo estaba visitando por las vacaciones. Mi abuelo insistió en que me quedara con él mientras hablaba con su amigo (o sea, el abuelo de Jacob), pero resultó ser un muchacho de lo más tímido: apenas me dirigió la palabra en todo el tiempo que estuve. Después no lo vi más, pero mi abuelo me contó una vez que, años más tarde, el muchacho se mudó con su abuelo para aquí. No sé desde dónde, pero sé que se mudó porque su padre murió. Creo que la madre ya había muerto antes y no tenía hermanos. Lo recuerdo porque me dio pena: quedarse solo y tener que mudarse de ciudad. No sé en dónde viviría antes, pero ahora vive detrás de tu casa —me contó.

—¿Detrás de mi casa? —le pregunté, sorprendida: aquello sí que debía ser una ironía del destino.

—Sí, bueno, a unos metros; si vas por la parte trasera de tu casa, llegarás a la de él, o a la parte trasera; es una casa enorme e imponente, con muchos muros alrededor.

—¿Sabes cuál es su apellido? —indagué, pensando que todo aquello era bastante irónico y extraño, dado que nunca lo había cruzado por allí.

—Corcoran; vive con Edmund, su abuelo paterno, un hombre conocido por la zona porque es dueño de muchas tierras y negocios por aquí.

Luego de que me dejó en mi casa, me despedí de Brooke, porque ella se iría. Me hubiera gustado que se quedara, ya que no tenía más amigos por allí. Pero estaba agradecida porque había ido ese fin de semana y habíamos coincidido; no solo por haberla visto después de mucho tiempo y por habernos puesto al corriente, sino también porque, si ella no hubiera estado, no habría salido la noche anterior y no habría tenido modo de salvar a Jacob.

Por la noche, al acostarme, me quedé pensando en el hecho de que Jacob vivía a solo unos pasos de ahí. Por años me había preguntado en dónde viviría, como muchas otras cosas acerca de su existencia, pero nunca imaginé que, en cierta forma, vivíamos solo a un paso de distancia en Hamden, por lo que eso significaba que estábamos cerca.

Capítulo 10

Jacob se quedó sentado en la cama porque, de momento, no podía levantarse: tenía un gotero en el brazo y unos cables adheridos al cuello que le controlaban las constantes vitales. Por eso solo se quedó mirando al televisor que estaba enfrente; en la pantalla aparecían unos maleantes del Medio Oeste que se disputaban unas tierras en una pelea a pistola. Si bien a veces veía ese tipo de películas con su abuelo y las disfrutaba, en ese momento su mente parecía aislada, y le costaba concentrarse en ello. Diversos pensamientos poblaron su mente; recordó lo que lo había llevado hacia allí, lo ocurrido la noche anterior, los días previos a eso, la oscuridad que rodeaba su vida. Todo era horrible de un modo intenso; si alguien le hubiera pedido que lo describiera, hubiera dicho que era similar a estar en las tinieblas. Pero era probable que no todos lo entendieran, porque no todos habrían corrido con la misma suerte que la de él de estar en ese lugar.

Pensó en las visitas que había recibido esa tarde, en esas dos muchachas que le resultaban familiares. Recordó haber conocido una vez a la colorada cuando era niño y andaba de paseo en la casa de su abuelo. A la otra, Charlotte, la había conocido años después, pero no había hablado con ella. Aunque no recordaba del todo las circunstancias en las que la había conocido, sabía que la había visto. Podía recordar sus ojos mirándolos fijamente; ella se encontraba en el interior de un auto, pero eso era todo lo que lograba recordar.

Por la noche, cuando las píldoras que la enfermera le había dado comenzaron a hacer efecto, cerró los ojos, pero no se durmió de inmediato. En su mente apareció muy nítida la imagen de Charlotte, la muchacha que lo había visitado esa tarde. Se preguntó por qué, de las dos muchachas que lo habían visitado, solo recordaba el rostro de ella. ¿Por qué le habría causado tremenda impresión? No encontró la respuesta pero, al dormirse, soñó con ella.

Capítulo 11

Pasé gran parte del domingo por la noche dando vueltas en la cama. No podía apartar de mi cabeza al muchacho que había invadido mis sueños por años y que ahora tenía nombre. Mejor dicho, ahora lo sabía y antes no: Jacob Corcoran. Vivía al otro lado de esa casa. El destino sí que tenía formas irónicas de jugártela.

El lunes por la mañana, cuando me levanté, decidí que trataría de no pensar en Jacob; después de todo, no tenía por qué hacerlo. Sí, le había salvado la vida, pero eso no implicaba que tuviéramos obligación de estar ligados de alguna forma, ¿o sí? No, eso no significaba nada, como me dije a mí misma. Así que decidí enfocarme en mi disertación o, al menos, intentarlo, dado que para eso había ido para ahí. Encima estaría todo el día encerrada, porque Brooke ya no estaba y no conocía a nadie más por ahí. Por eso no me quedó más remedio que sentar el trasero en la silla y ponerme a escribir en mi ordenador.

Por suerte, estaba dentro de todo concentrada, por lo que por la tarde me senté en el jardín para seguir trabajando en mi disertación. Era una tarde hermosa, y no se sentía tan caluroso. Durante un momento desvié la mirada del ordenador y la posé en los ruiseñores que andaban danzando por entre medio de las flores. Eran los tres que había visto el día anterior, y tal parecía que siempre andaban juntos, como si fuesen compañeros de vuelo. Un rato después, emprendieron vuelo hacia el norte. De manera súbita, o como si alguien me hubiese hecho levantar de la silla, me encaminé por el camino que llevaba a la puerta trasera del jardín, la abrí y salí al exterior. Pocas veces había salido por allí; solo se extendía un enorme prado con algunos abedules alrededor. A mis pies había un sendero marcado por nomeolvides. Caminé por allí; el sendero me llevó hacia abajo, en donde, tras caminar un rato, descubrí que había una enorme casa rodeada de muros con hiedras adheridas a las

paredes. Sabía que estaba mal que me acercara más, sabía que debía dar la vuelta y regresar a mi casa por donde había venido, sabía que no debía poner un pie más allá, pero sentía que algo me arrastraba hacia allí, una especie de imán. O tal vez mis pies solo se movían en esa dirección sin que yo tuviera control sobre estos.

Me acerqué a la parte trasera, donde había un enorme portón. Desde mi ángulo se divisaban unas figuras hechas de césped, muchas flores, unos bancos, una fuente muchísimo más grande que la que había en mi casa, con unas figuras de yeso a los costados y una piscina en el medio. Era un jardín, muy bonito y bien mantenido. Deslicé mi mirada más allá y descubrí que había un edificio de dos pisos pintado en color marfil, con una puerta y cuatro ventanas en la planta baja y cuatro ventanales en la alta. Era su casa; ahí era donde él vivía.

Me quedé un rato contemplando el jardín, hasta que reparé en que, desde una de las ventanas de arriba, alguien me estaba mirando; de inmediato me volví para irme. Cuando me di vuelta, choqué con alguien.

—Disculpe —le dije y, en cuanto levanté la vista, mi corazón se detuvo por un momento al encontrarse con sus ojos esmeralda.

—¿Charlotte? —preguntó de forma sorprendida y me tomó un momento encontrar mi voz, y mi corazón.

—Sí, soy yo —respondí, como confirmando cuando alguien pregunta algo. Lo observé parado enfrente de mí; era alto, un poco más alto que yo y también bastante delgado. Tenía puesto un *jean*, una remera roja y una gorra blanca en la cabeza. Su porte era recto, aunque bastante relajado. Su piel era muy pálida, tanto que sus ojos relucían sobre ella.

—Sí, eso pensé —repuso esta vez, esbozando una débil sonrisa.

—¿Cómo estás? —le pregunté finalmente, dado que había estado internado el fin de semana.

—Mucho mejor —contestó, y la verdad era que se le notaba mejor semblante, aunque su rostro se veía pálido. Pero, de todas maneras, ese debía

de ser el color natural de su piel.

—Disculpa que no haya ido a verte hoy, pero tenía cosas que hacer —me excusé de forma apenada.

—Descuida; de todos modos, me dieron el alta esta mañana temprano, por lo que, si llegabas a ir, no me ibas a encontrar. —Me alivió oírlo—. ¿Vives por aquí? —inquirió después.

—Allá —le dije, apuntando con el dedo hacia el frente. Él volvió la vista hacia ahí y se quedó mirando a la casa que, desde allí, se encontraba a una distancia considerable, pero era bastante visible.

—¿Esa casa que está junto a los Wagner es la tuya? —me preguntó.

—Sí, bueno, es de mi padre, en realidad; pero solo venimos en vacaciones o los fines de semana.

—Ah, ya veo —repuso asintiendo—. ¿Y qué andabas haciendo por aquí? —indagó.

—Oh, solo andaba caminando por la zona cuando encontré esta casa. Es tuya, ¿verdad? —le dije, tratando de sonar casual, como si lo hubiera oído al pasar.

—Sí, bueno, de mi abuelo.

—Pues parece hermosa; por lo menos el jardín lo es —expresé, admitiendo que me había quedado admirándolo.

—Sí, lo es —convino—. Mi abuelo te vio desde la ventana de su dormitorio y pensó que eras una merodeadora; por eso vine a ver quién eras.

—Oh, no, solo andaba caminando por la zona y, cuando pasé por aquí, me atrajo la vista del jardín; no estaba fisgoneando —le expliqué, algo apenada de que me hubieran sorprendido allí.

—Sí, lo sé; es que casi nunca anda gente por aquí. Por eso se asustó un poco.

—Oh, lo entiendo y dile que me disculpe.

—Lo haré —me prometió. Me quedé callada tras ello, sin saber qué más decir; tampoco quería mirarlo mucho a los ojos, porque me inhibía un poco.

—Bueno, creo que me iré, porque ya di una caminata larga —mentí.

—¿Hasta cuándo te quedarás por aquí? Es decir, sé que dijiste que por una semana, pero ¿hasta qué día? —me preguntó.

—No lo sé todavía, supongo que hasta el viernes o sábado —respondí, extrañada por su pregunta.

—En ese caso, eres bienvenida a pasar por mi casa cuando quieras; yo estoy siempre por la tarde. —No sabía si era una invitación por cortesía, aunque era probable.

—De acuerdo, gracias. Bueno, me alegra ver que estás bien.

—Gracias —repuso, bajando la mirada.

—Adiós, Jacob —me despedí, pensando en lo extraño que era llamarlo por su nombre.

—Adiós, Charlotte.

Mientras regresaba a mi casa, tuve que contener la respiración porque estaba algo agitada, sin haber corrido o andado de prisa. Mi corazón también latía de forma acelerada; sabía que tanta excitación se debía a ese contacto tan cercano con Jacob. Muchas veces, de solo recordarlo o soñarlo, me sentía de ese modo, pero tenerlo tan cerca se había sentido aún más excitante.

Capítulo 12

Tener que enfrentar el mundo real no fue tan malo como Jacob pensaba; aun así, él sabía que había mucho más que enfrentar. Tal vez no entonces, pero sí más adelante. Cuando pensaba en ello, le daban ganas de volver al hospital, o de quedarse encerrado en su dormitorio y no salir más de allí. De todas maneras, de momento podía quedarse encerrado; de acuerdo a las observaciones del médico, no estaba adolorido ni débil. Se encontraba bastante bien; de hecho, tal como antes de haberse ahogado, pero le había recomendado que debía permanecer unos días alejado de su rutina diaria y del trabajo (lo cual podía ser algo tanto bueno como malo, dado que, si bien en aquellos momentos quería estar alejado de todo y de todos, también necesitaba distraerse y no pensar en todo aquello que lo aquejaba). Por desgracia, al estar tanto tiempo encerrado y casi solo, su cerebro no hacía más que reverberar todo lo ocurrido hacía una semana atrás, como si fuera una película de terror que lo obligaban a ver una y otra vez y que él no tenía forma de detenerla.

El llamado de su abuelo lo distrajo de sus pensamientos; le dijo que alguien andaba merodeando por la puerta trasera que daba al jardín. Al principio, creyó que su abuelo tal vez desvariaba; no sería la primera vez que lo hacía, dado que afirmaba ver por las noches el espíritu de su difunta esposa merodear por el jardín. Pero, una vez que se asomó por la ventana, vio una silueta femenina a lo lejos, por lo que salió apresurado para ver de quién se trataba. Nunca habían tenido problemas de robos en la casa, pero sí en las tierras; aun así, nunca habían sido mujeres, solo hombres y que, por lo general, eran vándalos. Jacob pudo haber salido por el patio trasero a ver quién andaba, ya que de ese modo llegaría más rápido, pero prefirió dar la vuelta para no espantar a esa persona y que saliera disparada sin darle la oportunidad de mostrarse. Cuando llegó allí, comprobó quién era, y se quedó tan sorprendido como si hubiera encontrado a uno o más ladrones.

Durante el breve momento en que estuvieron hablando, más que concentrarse en sus palabras, Jacob reparó en cada detalle de su rostro, dado que ahora se veía más lúcido que el día anterior, además de que allí la luz del día era mejor que la del hospital. Charlotte tenía los rasgos muy delicados: la nariz y los labios pequeños, los pómulos pronunciados, las pestañas rectas. Sus ojos eran color café y su mirada, suave. Su piel era muy clara y parecía ser tan suave que, por un momento, Jacob sintió el impulso de levantar su mano para acariciarla, pero se recordó que sería una imprudencia hacerlo.

Una vez que ella se marchó a su casa, él se quedó mirándola hasta que desapareció de su vista. Muchos interrogantes cruzaron por su cabeza en esos momentos. Le hubiera gustado hacerle más preguntas: cuántos años tenía, qué había ido a hacer exactamente a Lyric Point (aunque era probable que anduviera solo de paseo), si había ido sola, por qué. Nunca antes la había visto. Era extraño que, de momento, se hubiera olvidado por completo de todo lo que lo aquejaba; era como si se le hubiera permitido una licencia de hacer a un lado sus problemas y entretenerse un rato con aquella visión.

Pero, por la noche, las imágenes de todo lo que había pasado volvieron a él una y otra vez; a esa hora del día parecía tornarse aun peor, tanto que no podía soportarlo. Se fue hacia el balcón de su dormitorio para tomar un poco de aire; ante él todo lo que se extendía era el jardín trasero de la casa y, más allá, solo árboles, o las siluetas de estos recortadas en la oscuridad. Aguzó bien la vista y pudo divisar la casa que, desde allí, era un punto ínfimo. Se veía un poco de luz proveniente desde las habitaciones de arriba, por lo que eso significaba que ella todavía estaba allí. Se preguntó qué estaría haciendo: si estaría despierta, leyendo, viendo televisión, chateando con alguien, o simplemente pensando; o si ya estaría dormida, pero había dejado la luz encendida porque era costumbre; o porque tenía miedo. Después de todo, aquello era el bosque; solo había cuatro casas por ahí, y ella estaba sola. Se preguntó cómo sería su vida en la ciudad en la que viviera, qué haría, con quién viviría, si estaría en una relación, si sería heterosexual. Pensó que las

últimas dos cuestiones eran afirmativas, porque no le parecía que fuera homosexual, ni tampoco soltera, con lo hermosa que era. Además, parecía interesante, distinguida y buena, el tipo de mujer con la que cualquier hombre querría estar. Se quedó con la mirada fija en la casa, mientras la imaginaba allí adentro. Después tomó una bocanada de aire, que luego exhaló. Ahora, de repente, se sentía un poco mejor.

Capítulo 13

Esa noche me conecté a Internet para despejar un poco la mente, y encontré a Brooke en línea.

Charlotte: Hey, Brooke, ¿cómo estás?

Brooke: Aquí, retomando la rutina diaria.

Charlotte: Oh, pues no debe ser tan malo.

Brooke: No, dado que me gusta mucho mi trabajo, aunque hay días, como hoy, en los que termino exhausta. ¿Qué hay de ti? ¿Qué tal todo por Hamden?

Charlotte: Pues bastante tranquilo. Ojalá estuvieras aquí: esto está muy solitario.

Brooke: Oh, lo imagino, Charlie, y a mí también me gustaría estar ahí pero, a diferencia tuya, no puedo hacer mi trabajo desde cualquier lugar. Oye, por casualidad, ¿fuiste a ver a Jacob?

Charlotte: No, pero me lo encontré cerca de aquí, cerca de su casa; en realidad, le dieron el alta esta mañana y parecía en muy buen estado, como si no le hubiera pasado nada.

Brooke: Ah, sí, sí, sabía que le habían dado el alta esta mañana.

Charlotte: ¿Quién te lo contó?

Brooke: Betsy, la enfermera de mi abuelo, se encontró con Lori, el ama de llaves de los Corcoran y le comentó al respecto.

Charlotte: Ah.

Brooke: También le contó que el pobre está atravesando por una etapa de mala racha y que, encima, le vino a pasar esto justo ahora. Pero por suerte salió bien parado de la situación, bueno, gracias a ti.

Charlotte: ¿A qué te refieres con que está pasando por una etapa de mala racha? Es decir, ¿te dijo el porqué?

Brooke: Sí, y es horrible lo que le ocurrió, Charlie, es decir, no horrible del tipo tragedia, pero es algo que no quisiera que nunca me sucediera a mí o a

nadie que quiero.

Charlotte: ¿Puedes contarme qué fue esa cosa horrible que le sucedió?

Brooke: Pues resulta que Jacob se casó hace como tres años.

Claro, era casado, no estaba disponible.

Brooke: La cuestión es que tuvieron algunos problemas en el último año y medio con su esposa, como cualquier matrimonio, supongo, pero la cuestión es que la semana pasada, Jacob llegó a la casa de ambos que está en Hamden, en el pueblo, y la encontró a ella con otro tipo en su cama.

Me quedé helada al leer eso.

Brooke: Y bueno, supongo que no es necesario que te diga lo que estaban haciendo.

Charlotte: Dios, ¡qué horror!

Brooke: Lo sé, pobre muchacho; me dio mucha pena por él cuando Betsy me contó, porque parece un buen tipo.

Charlotte: Bueno, pero aun así sigue casado con esa mujer, ¿verdad?

Brooke: Todo lo que sé es que de momento están separados o, más bien, que Jacob se fue de la casa y se está quedando con su abuelo.

Antes de acostarme, me quedé mirando desde la ventana hacia la casa del abuelo de Jacob: se veía luz en la planta superior. Pensé en que Jacob estaría durmiendo en alguna de aquellas habitaciones. Supuse que estaría triste y devastado por lo sucedido, tal como Brooke lo había señalado. No era una tragedia, pero era una experiencia horrible. Si me hubiera ocurrido a mí, hubiera querido morirme, como lo hubiera querido cualquier ser humano, para el caso. Seguí las líneas de esos pensamientos y me llevaron a la noche del sábado, frente al lago, cuando Jacob había caído al agua. Y, entonces, con horror, me percaté de ello: no había caído en absoluto: se había tirado a propósito para acabar con su vida.

Capítulo 14

Cada día que despertaba, se sentía igual que el anterior. Cada día despertaba con la misma sensación de vacío en su cuerpo. A veces Jacob prefería cubrirse con las frazadas y seguir durmiendo pero, cuando dormía, soñaba con la pesadilla por la que había atravesado en la realidad. Entonces quería escapar hacia otro sueño mejor pero, al parecer, tanto su subconsciente como su inconsciente no querían cooperar y le restregaban por todos lados lo que le había pasado. Sentía que ya no había sitio donde esconderse, donde estar mejor. La casa de su abuelo estaba bien, dado que era el lugar más seguro y feliz que conocía en la tierra, pero ahora ya no lo era tanto, en especial porque tanto su abuelo como Lori, el ama de llaves, estaban al tanto de lo sucedido y todo el tiempo le estaban preguntando cómo se sentía, o lo seguían con la mirada a donde fuera. Todo se estaba tornando insostenible; el mundo se estaba tornando insostenible, y no sabía si algún día se volvería un lugar mejor.

Buscó cosas para hacer, pero no había mucho; podría haber vuelto al trabajo, pero su abuelo no lo hubiera permitido de momento. Como las tierras le pertenecían a él, Jacob no podía objetar ante su jefe cuando su jefe era su propio abuelo. Lo peor era que sus pasatiempos involucraban hacer cosas con gente, y su único amigo estaba en el pueblo y tenía su propia vida, por lo que no podía contar mucho con él de momento, ya que hacía tiempo que no lo veía, además de que seguro le preguntaría sobre su vida marital, y no quería hablar de eso o pensar en ello.

Sin encontrar mucho más para hacer que ver un partido de fútbol, resolvió ir al establo a tomar a Brown Walk, su caballo preferido, para cabalgar por la zona. Mientras cabalgaba por los prados cerca de las colinas, se percató de que finalmente había encontrado algo que lo ayudaba a relajarse y a alejar su mente de los problemas que lo aquejaban. Brown Walk había sido su amigo

desde que tenía uso de razón, desde que visitaba Lyric Point en vacaciones, cuando era niño. Su abuelo se lo había regalado y le había dicho que le pusiera el nombre que quisiera y, como era marrón y solo parecía caminar, Jacob lo llamó *Brown Walk*. Cuando sus padres murieron, y los cimientos de su vida se derrumbaron, encontró consuelo en Brown Walk; ese caballo era el único que no sentía pena por él, el único que le hacía compañía y era capaz de llevarlo adonde quisiera, tal como ahora. Brown Walk podía ser aún más confidente que cualquier ser humano.

Un rato después dio la vuelta para regresar a la casa de su abuelo pero, al parecer, Brown Walk se rehusaba a regresar y lo llevo más allá, por cerca del lago. Jacob no puso objeción; sabía perfectamente que Brown Walk estaba al tanto de que lo que le pasaba a su dueño en aquellos momentos no era nada bueno y de que necesitaba pasear un rato más. Era increíble lo perceptibles que podían ser los animales, por ello Jacob dejó que lo guiara por donde quisiera. Cuando llegaron por cerca del borde del lago, el caballo comenzó a aminorar su galope, a tal punto de que solo caminaba por allí. Jacob pensó que tal vez el calor lo había agotado, dado que aquel día el sol parecía quemar un poco. Lo tomó para regresar, pero Brown Walk no parecía querer hacerlo y, en su lugar, se detuvo junto a un árbol, en donde estiró su cabeza hacia el lago para beber agua de allí. Jacob se dio cuenta de que el calor realmente lo había dejado exhausto. Aguardó a que Brown Walk bebiera suficiente agua mientras miraba alrededor; enfrente había una casa de color marfil con un decorado de piedras y un porche. Se quedó contemplándola, cuando notó que había alguien sentado ahí y lo estaba mirando. La muchacha levantó la mano y lo saludó, y Jacob le devolvió el saludo de la misma manera. Una vez que Brown Walk terminó de beber agua, Jacob lo ató al árbol, dado que tenía ramas anchas, por lo que le otorgarían sombra, además de que allí tenía pasto para comer y agua para beber.

—Descansa un rato aquí, amigo; enseguida regreso e iremos a casa —le dijo Jacob y le dio unas palmaditas en el lomo. Brown Walk, como buen

entendedor, le hizo caso a su dueño y se tiró al suelo a descansar, mientras Jacob se encaminaba hacia la casa de Charlotte.

—Hola, Charlotte —la saludó desde fuera del porche.

—Hola, Jacob, ¿cómo estás? —le preguntó ella, mirándolo fijamente.

—Mejor —le mintió, porque tal vez físicamente se sentía bien, pero no había forma de que le dijera la verdad sobre su estado de ánimo.

—Pasa —le dijo ella, por lo que él subió los tres escalones que conducían al porche—. Siéntate aquí —le indicó señalando la silla que estaba a su lado.

—¿Qué hacías? —inquirió, viendo que ella tenía un ordenador sobre la mesa pequeña junto a varios libros.

—Estoy trabajando en mi doctorado —replicó ella, mientras le servía un vaso de limonada. —Muchas gracias —le dijo él, tomando el vaso de limonada, que bebió de un tirón con lo sediento que estaba—. ¿Doctorado en qué? —le preguntó después, con curiosidad.

—Filología; el tema que escogí es literatura folclórica: hadas, duendes, gnomos, todas esas criaturas mitológicas —le explicó ella, acomodando un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Ah, ya veo —musitó él asintiendo. Se notaba que ella era una muchacha con una educación superior y, si bien él nunca tendía a sentirse inferior enfrente de alguien que había asistido a la universidad (básicamente porque él no había querido ir a una, ya que no le gustaba estudiar), ahora, enfrente de Charlotte, se sentía un peldaño por debajo de ella. —¿Tú qué andabas haciendo por aquí? —indagó ella, mientras le servía más limonada.

—Solo andaba paseando con mi caballo por la zona —le respondió él, tomando el vaso.

—¿Es tuyo? —le preguntó ella, mirando al caballo.

—Así es, se llama Brown Walk —. Ella se quedó mirándolo de forma pensativa, como escrutando su rostro, y luego sonrió—. Sé lo que estás pensando: te causa gracia el nombre. —No, en realidad es bastante apropiado —repuso.

—Bueno, se lo puse cuando era niño, así que tenía lógica para la mentalidad de un infante —le explicó.

—Lo entiendo, cuando era niña tenía una gata a la que llamé *Sunrise* solo porque era rubia —le contó ella.

—¿Todavía la tienes? —inquirió él mientras se quitaba la gorra.

—No, murió hace mucho tiempo —replicó ella—. ¿Y tienes otros caballos aparte de ese? —Sí, es decir, mi abuelo tiene un establo lleno de ellos, pero solo Brown Walk es mío.

—Nunca monté a caballo; se debe sentir bien hacerlo —comentó ella, mirándolo de nuevo de forma absorta.

—Más que bien —dijo él, dado que la sensación que le proporcionaba montarse a Brown Walk era de una felicidad similar a la que le proporcionaba la Navidad—. ¿Tú de dónde eres?

—De Nueva York —repuso ella, y él se percató de que tenía ese aire de muchacha de ciudad.

—¿Y vienes seguido para aquí? —le preguntó.

—Oh, no, solía venir seguido de niña hasta los trece años, pero dejé de hacerlo porque mis padres se divorciaron y, además, después comencé la universidad, y todas esas cosas que me mantuvieron muy ocupada.

—Ya veo, o sea que hace mucho que no venías. —Ella asintió. —¿Tú siempre viviste aquí? —inquirió ella, en un tono de voz que parecía cauteloso.

—No, desde los trece; antes de eso vivía en Chicago, pero siempre venía de vacaciones a la casa de mi abuelo —le dijo él, esperando a que ella le preguntara por qué se había mudado desde Chicago hacia allí, o por qué ahora vivía con su abuelo. Pero, en su lugar, ella solo asintió.

—Pues es un lindo lugar, muy tranquilo y todo eso, aunque no sé si podría vivir aquí, dado que estoy acostumbrada a vivir en la ciudad —comentó ella.

—Lo entiendo. ¿Y con quién vives allá?

—Sola, en un departamento.

—Y supongo que tu familia también vive ahí —le dijo después.

—Mis padres, pero están divorciados, y mi hermana mayor vive allí, pero en Brooklyn.

—Ya veo. —Desvió su mirada hacia Brown Walk, que estaba comiendo pasto—. ¿Y cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—Yo también —comentó él, y ella sonrió—. Oye, la muchacha con la que andabas el domingo en el hospital, era la nieta de don Havasi, el hombre que vive en la casa de allá, ¿verdad?

—Sí, Brooke Havasi.

—La conocí una vez, hace mucho, cuando éramos niños; andaba con su abuelo en la casa del mío.

—Sí, me lo contó.

—¿Y ella es la única amiga que tienes por aquí? —inquirió Jacob.

—Sí, nos conocimos cuando éramos niñas y veníamos a pasar las vacaciones aquí.

—O sea que ahora quedaste sola, en cierto modo —le dijo él, mientras pensaba por qué no la había visto en ese entonces, si bien él se había mudado hacia allí a los trece. Antes de eso solía ir cada verano e invierno de vacaciones a visitar a su abuelo.

—Sí, así es.

—Bueno, entonces, si quieres, eres bienvenida a pasar por mi casa, por la casa de mi abuelo, cuando quieras.

—De acuerdo, gracias —aceptó ella mirándolo.

Él se colocó la gorra y se levantó de la silla.

—Bueno, Charlotte, gracias por la limonada; debo marcharme porque tengo cosas que hacer —le mintió una vez más, dado que su itinerario era prácticamente nulo por aquellos días, pero no iba a decirle la verdad.

—De acuerdo, Jacob, que te vaya bien —le deseó ella.

Él tomó a Brown Walk, se subió en él y partió de allí. Mientras regresaba a su casa, pensó en lo interesante que era Charlotte, y en lo bonita también.

Bonita de un modo no tan llamativo, sino más bien recatado y sencillo, pero no solo su rostro con rasgos delicados y sus ojos castaños eran bonitos, sino también su personalidad. Parecía ser una muchacha sincera, que jamás mentiría o lastimaría a nadie; al menos eso era lo que aparentaba. La verdad era que no la conocía a fondo, pero debía admitir, para sus adentros, que tenía ansias de seguir conociéndola.

Capítulo 15

Manhattan, Nueva York, julio del 2008

Desde hace un año, cada vez que llegaba julio, Charlotte recordaba el julio del 2006, pero no evocaba las vacaciones que había pasado en Hamden, o lo que había hecho durante los días siguientes en Nueva York. Solo recordaba la escena de la gasolinera, en la que había visto unos ojos verdes esmeralda escrutarla desde el interior de una camioneta o, al menos, eso quería creer. Tal vez esos ojos no la miraban a ella, o tal vez sí, pero no con el mismo interés con el que ella lo había mirado a él. Más aún, estaba segura de que ese muchacho no la recordaba en absoluto como ella se acordaba de él ahora, a cada instante, además de que ella sabía algo que él ignoraba: que él era el amor de su vida, pero que, si estaban juntos, él terminaría muerto. Se preguntó cuál era el sentido de saber quién era el amor de su vida si no podía estar con él. Le había preguntado a Audrina al respecto, y esta le había dicho que no todo en la vida tenía explicación, pero que para ello había libros y enciclopedias. Por eso le había prestado un libro suyo llamado *El origen de las premoniciones*. Charlotte comenzó a leerlo la noche que su abuela se lo había prestado. El libro comenzaba con el relato de una premonición en los tiempos antiguos, cuando la gente vivía en aldeas y creía en todo tipo de magia y deidades, cuando hacían hechizos pidiendo a los dioses que les otorgaran cosas materiales e inmateriales. Al parecer, en aquella época, las premoniciones no eran dones innatos; solo se adquirían practicando brujería. Ocurrían tanto soñando como estando despierto. Charlotte leyó ese libro por dos días pero, como contenía tanta información relacionada con la premonición en todos los países del mundo, ilustrando con algunos ejemplos y no hablaba acerca de cómo prevenirlas, no le encontró sentido a seguir leyendo un libro tan grande cuando estaba de vacaciones y tenía cosas más importantes que hacer. «De todos modos, esto no tiene solución —se dijo a sí

misma—; la única solución es mantenerme alejada del amor de mi vida». Aunque, de todas formas, no sabía de dónde era o cómo se llamaba, así que tampoco tenía forma de saber algo sobre él.

Capítulo 16

El miércoles por la tarde, fui hacia el pueblo en mi auto a comprar unas cosas que me hacían falta, y de regreso di una vuelta por la zona hasta que llegué a la casa del abuelo de Jacob. Pero esta vez no fui por la parte trasera, sino por la frontal. Desde allí era aún más majestuosa que la parte trasera. Tal vez desde atrás lo más atrayente era el patio con el inmenso jardín, pero el frente también tenía una especie de jardín, que daba lugar a la puerta de entrada.

Iba a marcharme, cuando vi que una camioneta Land Rover aparcó enfrente de mí. De allí descendió Jacob, quien se acercó hasta donde yo estaba.

—Hey, viniste —me dijo mientras se asomaba a la ventanilla. Al tenerlo tan cerca, pude aspirar su aroma: olía a una mezcla de menta y manzanilla; me inhibí un poco ante su proximidad y su olor.

—En realidad, regresaba del pueblo de hacer unas compras, y justo pasaba por aquí —le expliqué.

—Bueno, ya que estás aquí, pasa, así conoces la casa y a mi abuelo —me invitó y no pude negarme, porque tarde o temprano tendría que conocerlos de todos modos, además de que quería ver el jardín trasero de cerca.

Una vez que atravesamos el jardín delantero, nos adentramos en la casa por un ancho pasillo de techo alto. El edificio, en general, tenía techos altos de los que colgaban arañas, cuadros con paisajes rurales o grandes retratos familiares que pendían de las paredes y una mezcla de muebles anticuados en buen estado, como si hubiesen sido adquiridos en casas de antigüedades, y otros más modernos. Las paredes estaban revestidas en un color nacarado, y los pisos eran de linóleo. Las ventanas tenían cortinas azuladas de un material que parecía ser elegante y costoso; todo se veía ordenado e impoluto. Jacob me condujo hacia una habitación que parecía ser una biblioteca, porque contenía muchos anaqueles con libros.

—Abuelo, quiero presentarte a alguien. —Recién ahí reparé en que había un hombre sentado junto a la ventana, en un sillón, de espaldas a mí. Me acerqué a él y noté que tenía el cabello canoso y los ojos celestes ocultos tras unas gafas—. Ella es Charlotte y su familia tiene una casa aquí atrás, al lado de los Wagner.

—Oh, es un placer conocerte, señorita —me saludó el hombre mientras me estrechaba la mano derecha.

—El placer es mío, señor —expresé.

—También es la muchacha a la que viste figoneando el lunes por la tarde desde el portón de afuera —le contó Jacob, haciendo una mueca risueña.

—Solo estaba figoneando porque nunca antes había visto esta casa y me atrajo el jardín trasero: es hermoso —comenté de modo explicativo y algo defensivo, a pesar de que Jacob lo había dicho en broma.

—Descuida, que Jacob ya me lo había explicado —dijo el hombre de forma relajada—. Así que dices que esa casa que está detrás es de tu familia, ¿cuál es tu apellido? —me preguntó. —St Clair.

—Oh, sí, si no estoy errado con la información, o con mi memoria, tu abuelo fue quien compró esa casa hace más de cincuenta años —repuso.

—Sí, así es, está en lo correcto, señor; fue mi abuelo quien la compró, pero murió hace unos años, y ahora el dueño es mi padre.

—Lamento oír lo de la muerte de tu abuelo; recuerdo que, cuando la compró, me preguntó qué tan segura era esta zona, y yo le dije que lo más inseguro que podía ocurrir era una pelea entre gallos —Jacob enrolló los ojos al oír eso—, y sigue siendo igual de segura hasta la fecha.

—Sí, lo sé.

—Y dime, ¿qué te trae por Lyric Point? ¿Estás de vacaciones? —me preguntó después.

—En realidad, vine sola, porque necesitaba un lugar tranquilo para trabajar en mi disertación, y Nueva York, de donde soy, es muy ruidosa en esta época del año. —Aunque, en realidad, era ruidosa en cualquier época, dado

que era Nueva York, pero no podía decirle que la razón de haberme alejado de allí era, en parte, su nieto, y todo para terminar encontrándolo ahí—. Oh, pues entonces viniste al lugar correcto —repuso sonriendo—. ¿En qué tipo de disertación estás trabajando?

—Es un doctorado en Yale, en Literatura folclórica.

—Oh, qué interesante, ¿y de qué trabajas en Nueva York? —inquirió después.

—Soy escritora —respondí.

—¿De verdad? —me preguntó Jacob, abriendo los ojos de par en par, como si fuera algo difícil de concebir.

—Sí, bueno, recién el año pasado fui publicada, así que, de momento, solo tengo publicado un libro, pero se supone que pronto debo empezar a trabajar en el segundo —le conté.

—Pero mira nomás que tenemos a una escritora por la zona —musitó su abuelo—. ¿De qué se trata tu libro?

—Es literatura fantástica; es una colección de cuentos de hadas.

—Me encanta ese tipo de libros, por lo que me gustaría leerlo algún día —expresó de forma animada.

—Pues entonces uno de estos días le traeré una copia —le prometí.

—Oh, pues la esperaré con ansias.

—Abuelo, le mostraré a Charlotte el jardín trasero, así después no la vemos merodeando desde afuera, cual fisgona —comentó Jacob, en tono burlón.

—Muéstraselo nomás; eres bienvenida cuando quieras, Charlotte, y espero que nos visites seguido ahora que estás aquí —expresó de forma amable.

—Muchas gracias, señor, y lo haré —le dije, aunque no estuviera segura de ello.

Una vez que Jacob abrió la puerta que daba lugar al patio trasero, miré de forma embelesada las esculturas y flores que había allí. En el medio estaba la piscina enorme con unos peces de piedra a los costados que lanzaban agua por

la boca. Jacob me condujo por un sector, en donde divisé un gazebo que desde afuera no se veía.

—Esta es mi abuela —me dijo Jacob, señalando a una estatua que estaba junto a un banco de madera—, su estatua, quiero decir —me aclaró.

Me acerqué a ver, y era la estatua de una mujer; al pie había un cartel que decía: «A la memoria de Esther Brown Corcoran».

—¿Hace cuánto murió? —le pregunté, dado que decía: «A la memoria».

—Hace cinco años: tenía cáncer de mama —aclaró.

—Lo lamento —expresé.

—Es bastante duro para él; no hay día en que no la extrañe o no hable de ella. A veces dice que por las noches ella aparece en este jardín.

—¿Y crees que es así?

—No lo sé, es decir, no lo creo, dado que yo nunca la vi; más bien me parece que eso es lo que él ve porque la extraña. Pero ¿quién soy yo para contradecirlo por su dolor?

—Lo entiendo —le dije mientras me sentaba en el banco.

—Oye, ¿es verdad que eres escritora? —inquirió al tiempo que se sentaba a mi lado.

—No, solo lo dije para tratar de deslumbrar a tu abuelo —dije de forma sarcástica; él sonrió.

—Disculpa, es que es insólito para mí, porque nunca conocí a un escritor, ni tampoco creí que lo haría.

—Lo entiendo, pero no es nada de otro mundo: de hecho, es solo un trabajo más —le expliqué.

—¿Y la gente te reconoce por las calles, y todo eso? —me preguntó.

—Creo que estás confundiéndome con una celebridad, y no, estoy lejos de eso, por suerte.

—Ya veo —musitó.

—¿Tú trabajas? —indagué.

—En los campos de mi abuelo, exportamos productos, leche y cerezas que

se cultiva mucho por aquí.

—Ya veo, ¿y entonces no fuiste a la universidad tras terminar la escuela secundaria? —le pregunté.

—No vi el punto porque, de todas maneras, iba a terminar trabajando aquí. Mi abuelo me enseñó sobre el oficio hace mucho tiempo; además, no me gusta estudiar.

—Oh, lo entiendo —dije, volteando a mirar la piscina: el agua se veía clara y limpia—. Tu piscina es hermosa.

—Gracias. ¿Tiene piscina tu casa de aquí?

—No, y lo bien que me vendría en esta época con el calor que hace... —musité.

—Pues puedes venir a bañarte aquí cuando quieras —me ofreció.

—No hice ese comentario esperando que me invitaras —le aclaré.

—Lo sé, pero te digo que puedes venir cuando quieras, ya que aquí nadie la usa de todos modos.

—¿Por qué no?

—Pues porque mi abuelo tiene problemas en la cadera debido a una operación que tuvo hace años, y a Lori, el ama de llaves, no le gusta nadar.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté, esperando que me dijera que en realidad él no usaba esa piscina porque no vivía allí realmente.

—Suelo meterme a veces... —replicó en su lugar.

—Pues tal vez unos de estos días venga —le dije, aunque no creía que fuera a hacerlo realmente—. Oye, debo irme.

—De acuerdo, te acompañaré hasta la puerta de entrada.

Una vez que estuvimos en la entrada, me volví hacia él.

—Gracias por mostrarme tu casa; es muy bonita.

—De nada, pero es la casa de mi abuelo, en realidad —me corrigió.

—Pero seguro un día la heredarás —supuse, dado que no quería preguntarle o hacerlo mencionar lo de que él tenía otra casa, porque no quería incomodarlo en vista de lo ocurrido.

—Sí, eso es cierto —afirmó asintiendo y después se quedó mirándome de forma fija, por lo que me apresuré a marcharme porque, de lo contrario, me habría quedado parada allí, pegada a su mirada.

—Bueno, Jacob, te veré en estos días. Adiós.

—Adiós, Charlotte.

Una vez que subí al auto, me alejé de la casa, pero vi por el espejo retrovisor que Jacob se había quedado parado en la entrada, mirándome.

Capítulo 17

Jacob cerró la puerta una vez que ella desapareció de su vista. De allí se dirigió hacia su dormitorio y se conectó a su ordenador e introdujo el nombre «Charlotte St Clair, escritora» en el buscador y de inmediato le aparecieron varias fotografías de ella, una página web y varios artículos y entrevistas. Se quedó mirando su fotografía de autora por un largo rato; era un plano medio de ella en el que aparecía vistiendo una camisa blanca. Tenía el cabello suelto y el rostro maquillado; estaba sonriendo. Había algo en ella que le llamaba la atención; algo en su rostro (en sus ojos, tal vez). Recordaba haberla visto antes, solo que no se había atrevido a decirle porque había sido hace mucho tiempo atrás y era muy probable que ella no lo recordara o que, en ese entonces, ni siquiera le hubiera prestado atención. Se quedó contemplando fijamente la fotografía; sus ojos serenos le transmitían algo parecido a la calma. Siempre tenía esa mirada sosegada y parecía irradiar serenidad. Era una energía tan intensa que en su presencia Jacob se sentía seguro.

El resto del día fue casi igual; no había mucho para hacer. Vio un poco de televisión, escuchó un poco de música y a la noche cenó con su abuelo y Lori, quienes le preguntaron, por enésima vez en el día, qué tal estaba. Pero, en esa ocasión, su abuelo habló de Charlotte; le preguntó cómo la había conocido, a lo que Jacob le respondió que era de la zona. No le mencionó que ella había sido quien lo había rescatado del lago, porque entonces empezarían otra vez a hablar de ese tema, y ya estaba harto de ello. Así que, en su lugar, le dijo que la había conocido el sábado en el pub y que después la había encontrado ese día cuando merodeaba por el jardín trasero. Su abuelo comentó que parecía ser una buena muchacha, bastante agradable y muy bonita, a lo que Jacob concordó, asintiendo con la cabeza. Luego le dijo que, si se quedaba varios días por allí, y dado que estaba sola y su casa quedaba muy cerca de la de ellos, que tal vez podían invitarla a cenar una noche, a lo que Jacob volvió a

concordar, asintiendo con la cabeza.

Esa noche, cuando se acostó, a Jacob le costó conciliar el sueño, aunque eso no era nada nuevo: últimamente necesitaba de la ayuda de un valium para poder dormirse pero, antes de acostarse, se quedó un rato sentado en el balcón, mirando hacia la casa del frente. Se preguntó si ella ya se habría dormido o, de estar despierta, qué estaría haciendo. De repente, se dio cuenta de que estaba pensando en ella, y eso era extraño. En los últimos días no había hecho más que pensar en su maldita esposa; no podía llamarla «ex» solo porque estaban separados. No se habían divorciado; de momento él solo le había dicho que no quería volver a verla pero, eventualmente, tendría que hacerlo. Si bien estaba herido (más que herido, dolido y ofuscado, y tenía unas ganas terribles de matarla por lo que le había hecho), una parte de él la quería, y mucho. Por mucho tiempo había creído que era la única mujer en la Tierra y su único amor. Ahora dudaba de ello, o de su cordura en el momento de haber pensado eso; aun así, seguía siendo su esposa: eso no podía negarlo. Pero le llamó la atención encontrarse pensando en Charlotte; se dijo que seguro era porque últimamente la veía seguido y porque ella lo había salvado al ahogarse: eso contaba algo.

Una vez que se acostó, Jacob se preparó para tener otra pesadilla en la que reviviría la imagen de su esposa que se revolcaba con otro en su propia cama y, entonces, por la mañana se despertaría con una sensación vertiginosa, sintiendo que su cabeza o la habitación daban vueltas como si tuviese una resaca. Pero esa noche, para su enorme y grata sorpresa, por primera vez en varios días, no soñó eso, sino que soñó, casi toda la noche, con Charlotte. Entonces, por la mañana, se despertó sintiéndose como nuevo; incluso tenía una sonrisa impresa en el rostro.

Capítulo 18

¿Por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo? Eso de involucrarme con Jacob, de algún modo, estaba mal; era como empujarme a mí misma hacia un precipicio. Estaba mal, y yo lo sabía; sin embargo, seguía viéndolo. Tal vez debía regresar a Nueva York de inmediato; en vista de que ya hacía casi una semana que estaba allí, ya era hora de regresar.

Me dispuse a armar mi valija rápidamente, así no encontraba alguna nueva excusa para seguir quedándome, cuando recibí un mensaje de mi hermana Hayden, en el que me decía que andaba por Connecticut, de gira con la banda, y que el sábado por la noche tocarían en un bar de Hamden, por lo que pasaría antes por la casa de Lyric Point a verme. Demonios, ahora sí que estaba obligada a quedarme, aunque bien podría haberle dicho a Hayden que ya me iba y le dejaba las llaves. Pero no la veía desde hace tres meses, dado que ella siempre estaba de viaje con la banda, por lo que esta era mi oportunidad de verla.

Cerré la valija y volví a colocarla junto al clóset. Pensé que, después de todo, sería bueno tener a Hayden allí; me ayudaría a despejarme, y a ella podría contarle todo respecto a Jacob. Ella ya sabía sobre el hecho de que lo había conocido en el pasado, y todo sobre los sueños que había tenido con él.

Bajé a sentarme en el jardín; iba a trabajar en mi disertación, pero hacía mucho calor; probablemente, era el día más caluroso desde que había llegado. Me quité la remera y el pantalón corto, ya que abajo tenía puesto un traje de baño. De todas maneras, nadie podía verme, así que podía estar desnuda si quería. Aun así, seguía sintiéndose sofocante. Dios, necesitaba una piscina, y el único que tenía una por la zona era Jacob. Deseché el pensamiento de mi cabeza, viendo para dónde me había llevado. Aun así, si me quedaba unos días más, tendría que verlo en algún momento. Me puse la remera y el pantalón y unas sandalias en los pies, y me dirigí hacia allí.

Una vez que estuve enfrente de la casa, llamé al timbre; al rato se acercó una mujer de cabello corto a atenderme.

—Hola, ¿está Jacob? —le pregunté.

—Sí, ¿de parte de quién? —inquirió.

—Charlotte.

—Oh, tú eres Charlotte —dijo en un tono que me dio a entender que le habían hablado de mí; tal vez había sido Jacob, o su abuelo—. Yo soy Lori, el ama de llaves, pasa.

Tras abrir el portón, la mujer llamada «Lori» me condujo hacia el interior de la casa, hasta que llegamos a una habitación, en donde llamó a la puerta.

—Jacob, ¿estás ahí? —le preguntó a través de la puerta.

—Sí, Lori —se escuchó del otro lado.

—Tienes una visita —le anunció.

La puerta se abrió, y Jacob parpadeó en cuanto me vio.

—Oh, hola, Charlotte —me saludó. Lori se fue, y yo me quedé mirándolo.

—Disculpa que haya venido sin anunciarme, pero hace mucho calor y me preguntaba si...

—Si puedes usar la piscina —dijo, terminando la frase por mí—; desde luego, acompáñame al patio.

—Espero no haberte interrumpido con algo importante, o con lo que fuera que estuvieras haciendo —expresé algo apenada.

—Solo estaba viendo un concierto de Pearl Jam en la televisión —replicó sonriendo.

—¿Te gusta Pearl Jam? También a mí.

—Ya no hay música de esa, de los ochenta y principio de los noventa, ¿sabes?

—Con mi hermana siempre decimos lo mismo —comenté una vez que salimos al patio.

—¿De verdad? ¿No les gustan los Boys Band y esos cantantes pop? —preguntó en tono burlón.

—No, para nada; de hecho, ambas crecimos escuchando música de los setenta y de los ochenta porque nuestros padres fueron adolescentes en ese entonces y, de toda la música que escuchábamos, esa era la que más nos gustaba —le conté.

—Interesante —musitó una vez que estuvimos enfrente de la piscina.

—¿Te meterás conmigo? —inquirí, dado que me daba un poco de vergüenza meterme sola. Pero, entonces, recordé lo que había ocurrido el sábado por la noche en el lago, y pensé que había estado mal preguntarle aquello, porque sería incómodo o podría recordarle a eso—. Si no lo haces, no importa: puedo nadar sola, y tú puedes sentarte a un lado.

—No, está bien, me meteré contigo —repuso mientras se quitaba la ropa.

Yo comencé a quitarme las sandalias, y luego los pantalones cortos de forma sigilosa y hasta algo nerviosa. Él se sacó la remera y las zapatillas; no tenía necesidad de quitarse más nada, dado que ya tenía puesto un pantalón corto con el que podía meterse; en cambio, yo debía despojarme de la remera, y me daba aún más pudor hacerlo del pantalón corto. Él se quedó mirándome, como esperando a que me quitara la remera, por lo que lo hice rápidamente para no pensar mucho en el hecho de que estaría semidesnuda enfrente de él. Una vez que quedé ante él con el traje de baño, y sin mirarlo, pero sintiendo su mirada puesta en mí, me tiré al agua. Él lo hizo después de mí.

—El agua no está caliente, a pesar de que el sol da directo en esta parte —comenté tras haberme sumergido y mojado la cabeza entera.

—Es porque nos encargamos de mantenerla a temperatura ambiente.

Vi cómo su cabello había quedado peinado hacia atrás debido al agua; si bien la noche en que lo había rescatado del lago lo habría tenido así, no había podido verlo bien, porque ese sector del bosque estaba oscuro, aparte de mi desesperación por hacerlo respirar.

—Ya veo.

—¿Tienes una sola hermana? —me preguntó.

—Sí, se llama Hayden —le respondí, mientras me desplazaba hacia el otro

extremo de la piscina.

—¿Y ella qué hace? —inquirió, nadando hacia mí.

—Es música; está en una banda que toca música polca y folk, y por ello vive de gira con ellos todo el tiempo.

—Ah, ya veo, ¿o sea que vive de eso? ¿De tocar música? —indagó.

—Sí, así es, tiene un título en música de la universidad Juilliard, y hace más de tres años que está en esa banda .

—Qué bien, o sea que tus padres tuvieron dos hijas artistas entonces — comentó de forma risueña.

—Podría decirse.

—Y, entonces, tu hermana tampoco viene seguido para aquí —dijo después.

—Vendrá este sábado; justamente, hoy me avisó porque su banda está de gira por aquí; tocarán en un bar de Hamden el sábado por la noche.

—Qué interesante, y seguro irás a verla.

—Es probable; de todas maneras, la he visto tocar muchas veces en Nueva York.

—Oh, claro.

Nadamos de un extremo a otro, y después nos quedamos un rato parados en el medio de la piscina, muy cerca del otro. Noté que Jacob se había quedado mirando el lado izquierdo de mi seno y me sentí cohibida por ello.

—¿Qué es eso? ¿Una cicatriz? —Entonces me percaté de que era eso lo que había estado mirando, y me sentí más aliviada.

—En realidad, es una marca de nacimiento, como las manchas con las que a veces nacemos —le expliqué, y él solo asintió, con la mirada todavía puesta en la mancha.

—Ah —dijo y desvió la mirada hacia el jardín.

—¿Tienes amigos por aquí? —le pregunté con interés.

—Sí, solo uno, pero vive en el pueblo y está casado; bueno, en realidad, está conviviendo con su novia, por lo que no lo veo con mucha frecuencia —

replicó—. ¿Qué hay de ti? ¿Tienes muchos amigos allá en Nueva York?

—Unos cuantos, aunque, íntimas, solo dos; una de ellas es mi hermana.

—Ya veo —dijo asintiendo—. ¿Y tienes a alguien allá?

—¿A alguien? —inquirí.

—Pareja, novio o algo por el estilo —aclaró, mirándome fijamente.

—Oh, no, no tengo nada de eso —repliqué.

—Hummm —musitó mirándome, y después se quedó en silencio; tal vez esperaba que le preguntara si él tenía novia o algo así, pero no lo haría. Estaba más cerca de mí y, por un momento, cuando quise deslizarme hacia el otro lado, nuestras piernas rozaron y sentí algo electrizante.

Una vez que salimos del agua, él me alcanzó una toalla.

—Muchas gracias por haberme permitido nadar en tu piscina —expresé cuando me acompañó hasta la puerta de entrada.

—No hay de qué, Charlotte, ya sabes que puedes venir cuando quieras —me dijo sonriendo.

—De acuerdo, gracias, te veré en estos días.

—De acuerdo, Charlotte, adiós —se despidió sonriendo.

«Debo mantenerme alejada de él, debo mantenerme alejada de él, debo mantenerme alejada de él», lo repetí tres veces para mis adentros, como si fuera un mantra o una especie de conjuro porque, si no lo hacía, todo terminaría mal para él.

Capítulo 19

Su cabeza era un torbellino últimamente; no solo estaba atestada del mal recuerdo de lo que le había ocurrido recientemente, sino también de todo tipo de recuerdos, los felices, de la etapa en la que había conocido a su esposa, la primera vez que le había pedido una cita, con bastante nerviosismo, dado que sabía que podía enfrentarse a un rechazo (además de que era la primera muchacha a la que invitaba a salir), la primera vez que la había besado o que le había dicho que la quería, el día de la boda, la luna de miel, su primera noche en su nuevo hogar, sus planes para el futuro y sus fantasías de tener hijos y envejecer juntos. Después se mezclaban con los recuerdos más bien tristes, las discusiones del último año y medio, la cantidad de entredichos, la época en la que habían comenzado a distanciarse; pensaba en el dolor y la humillación de lo ocurrido. Pero luego, inesperadamente, aparecía Charlotte en sus pensamientos, se colaba en estos sin que se diera cuenta siquiera; de repente se encontraba pensando en su delgado, pero curvilíneo cuerpo, luciendo ese traje de baño celeste, en su piel que parecía ser suave, en la marca que tenía arriba de su seno izquierdo, en sus labios finos, en la expresión sincera de su rostro (porque eso era lo que le transmitía: sinceridad), en la manera en que su cabello parecía ser fino y sedoso y, sin querer, la había imaginado cabalgando encima de Brown Walk, con los cabellos al viento. Debía dejar de pensar en ella: no era prudente hacerlo ya que su cabeza, al igual que su vida, era un caos en aquel momento. Sin embargo, sabía que iba a seguir viéndola en los días siguientes y, en cierto modo, eso le producía satisfacción.

El viernes al mediodía, mientras almorzaban, su abuelo le había dicho que sería buena idea invitar a la muchacha bonita que estaba de paseo en la casa de atrás a cenar esa noche, a lo que Jacob, de manera automática e instintiva, le había respondido que sí.

Así que, esa tarde, Jacob se dirigió hacia la casa de Charlotte para invitarla a cenar: ella había aceptado, aunque no de inmediato, sino que había vacilado un momento y luego asintió.

Esa noche, antes de que Charlotte llegara, Jacob les pidió a Lori y a su abuelo que no mencionaran sus problemas maritales recientes, o el hecho de que estaba casado, para el caso. Ambos asintieron sin decir nada, pero habían intercambiado una mirada cómplice que parecía encerrar un interrogatorio al respecto, o una sugerencia de algo.

Charlotte llegó a las ocho en punto y, de inmediato, se dirigieron al comedor para comenzar con la cena. Jacob la miró de manera minuciosa; llevaba puesto un vestido rosa claro, cuyo largo le llegaba hasta las rodillas. Era algo ajustado y en la parte de arriba solo estaba sujetado por dos tirantes finos. Jacob había podido contemplar su cuerpo casi en toda su plenitud cuando se había introducido a la piscina y, si bien había intentado con todas sus fuerzas, no quedarse mirándola embobado, le fue imposible, dado que Charlotte tenía un cuerpo esbelto, digno de salir en portadas de revistas. Su abdomen era liso; sus piernas, bien tonificadas; y sus senos, aunque no tan grandes, eran bastante turgentes. Agradeció que, en ese entonces, estaba en contacto con el agua porque, de lo contrario, Charlotte se habría percatado de que él estaba babeando por ella.

—Gracias por haberme invitado a cenar, señor Corcoran; le traje esto — Charlotte le entregó lo que parecía ser un libro. El abuelo de Jacob lo tomó y sonrió de forma animada. —¡Es una copia de tu libro! —exclamó, leyendo el nombre de Charlotte en la portada.

—Sí, es un regalo.

—Oh, pues muchas gracias, Charlotte —expresó él de forma animada—. Pero, en ese caso, voy a necesitar que me lo firmes —le pidió el señor Corcoran al tiempo que le daba un bolígrafo.

—¿A nombre de quién? —le preguntó Charlotte.

—Edmund Corcoran —le indicó el abuelo de Jacob de forma

entusiasmada.

—Ahí lo tiene —Charlotte le entregó el libro firmado.

—¿Sabes? tengo una biblioteca llena de libros aquí, pero ni uno de ellos está firmado, así que este es el primero —le contó el señor Corcoran, orgulloso.

—Espero que le guste —le dijo Charlotte mientras se sentaba a la mesa.

—Oh, seguro me encantará —afirmó el señor Corcoran.

Lori entró en el comedor, sosteniendo una bandeja enorme con cosas. Una vez que sirvió los platos, comenzaron con la cena.

—Y dime, Charlotte, ¿tienes novio? —le preguntó el señor Corcoran, con suma curiosidad. —No, estoy soltera.

—¿Pero cómo es eso posible? Que alguien como tú esté soltera es una calamidad; mira, si hasta te pareces a una versión joven de Audrey Hepburn —la alabó el señor Corcoran.

—Oh, gracias, señor Corcoran; me halaga mucho, pero digamos que estoy sola por decisión propia.

—Oh, lo entiendo pero, cuando decidas estar con alguien, seguro podrás elegir entre la pila de muchachos que deben estar haciendo cola para salir contigo —comentó el hombre después.

—Tampoco es así, pero gracias por decirlo —expresó Charlotte.

—Lo digo porque es cierto, eres una preciosura, ¿verdad, Jacob?

Jacob abrió los ojos de par en par dado que, si bien había estado atento a toda la conversación (y había concordado para sus adentros en todo lo que había dicho su abuelo sobre Charlotte), no esperaba verse involucrado en aquella.

—Sí, claro —fue todo lo que logró decir, y Charlotte sonrió tímidamente, pero él no supo si era porque había pensado que lo había dicho solo por cortesía, o porque realmente lo pensara. Lori y Edmund también habían intercambiado una sonrisa cómplice ante esto, por lo que Jacob pensó que tal vez se habían complotado pensando que Charlotte era algo más que una amiga,

o que podía llegar a serlo.

Cuando terminaron la cena, Jacob acompañó a Charlotte hasta afuera y, una vez allí, se quedaron parados en la entrada.

—Muchas gracias por haberme invitado a cenar esta noche, la pasé muy bien —expresó ella.

—No hay de qué, y también nos agradó mucho tenerte aquí —le dijo él, porque de verdad había sido así. No sabía qué tenía Charlotte, si era algo en su forma de ser, que destilaba dulzura y confianza que, cada vez que estaba cerca de ella, hacía que se sintiera mejor.

—Oye, no sé si tienes que hacer algo mañana por la noche pero, si estás libre, ¿te gustaría ir conmigo al bar en donde mi hermana tocará en el pueblo? —le preguntó.

Él se quedó mirándola un momento sin saber qué responder.

—Claro que me gustaría —respondió después—. ¿A qué hora quieres que pase a recogerte? —Pues a las ocho estaría bien, dado que tocarán a las ocho y media —le respondió ella.

—A esa hora pasaré por ti —repuso él y, acto seguido, extendió su mano hacia ella para estrecharla. Ella levantó su mano de forma lánguida y estrechó suavemente la de él; su mano era delicada y suave al tacto, como algo frágil, pero delicado, tanto que Jacob sintió la necesidad de tenerla sujeta por un largo rato.

Capítulo 20

No podía esperar a que Hayden llegara para hablar con ella. Hayden era una de mis mejores amigas. No siempre había sido así: cuando éramos pequeñas, solíamos ser como hermanas que juegan y se pelean de a ratos, o que se disputan la atención de sus padres pero, a medida que fuimos creciendo, eso comenzó a cambiar y, más aún, cuando mi abuela Audrina falleció. Yo quedé devastada. De a poco, fui confiándole a Hayden las cosas que usualmente le confiaba a Audrina; empezamos a pasar más tiempo juntas. Escuchábamos música en mi dormitorio o en el de ella, llorábamos juntas viendo *Love Story* y nos encubríamos ante nuestros padres cuando hacíamos algo indebido. Por ello le había contado sobre Jacob, cuando no sabía su nombre, desde luego, y me había atrevido a confesarle acerca de los sueños premonitorios que tenía y sobre los que había tenido con él incluso antes de conocerlo. Hayden se había puesto a investigar en el tema; no solo le había contado aquello porque teníamos más confianza, sino también porque en la adolescencia Hayden se había convertido al budismo y se había vuelto vegana. Decía que no le encontraba sentido a estar rodeada de cosas lujosas y elegantes y que anhelaba algo más profundo que tener amistades que siempre estuvieran hablando de las mismas cosas insípidas, como la última colección de moda o la cultura popular. Decía sentirse aprisionada por la sociedad y que, si no hacía algo ella misma y a una edad temprana, más tarde se arrepentiría. Por ello había renunciado a muchas cosas, como las salidas nocturnas o los eventos sociales en el Upper East Side. En su lugar, había comenzado a meditar los sábados por la noche, a leer cosas relacionadas al budismo, a ir a un templo, a tomar clases de yoga, y a suplantar su dieta alimentaria por una más sana, con productos que no fueran envasados. Nuestra madre creyó que había enloquecido de repente, y mi padre le dijo que, seguro, era solo una fase adolescente pero que, en todo caso, no era nada malo, que no

involucraba tatuajes, *piercings* o drogas. Pero Hayden se mantuvo firme en ello y, hasta el día de la fecha, es una budista vegana. El hecho es que eso fue también lo que me llevó a contarle aquello de los sueños premonitorios, dado que sabía que, debido a su conversión budista, no me juzgaría o me creería loca de remate. Ella se puso a leer al respecto y me dijo que en muchas culturas lo tenían incorporado como algo natural, pero que en las sociedades occidentales éramos más atrasados y materialistas y que, por ello, no se difundía al respecto. El hecho es que ella sabía todo al respecto sobre Jacob, pero ahora quería ponerla al tanto sobre nuestros encuentros en la última semana y sobre todo lo que había ocurrido.

Hayden llegó a las cuatro a la casa, cargando su gaita, su pipa y un bolso pequeño.

—Dios, este lugar está igual que como lo recordaba —comentó en cuanto entró en la casa. —Esa fue mi misma impresión tras llegar —concordé.

—Y dime, ¿cómo vas con tu doctorado? —me preguntó mientras se sentaba en un sillón en el jardín.

—Bien, por suerte, este lugar es placentero, así que puedo trabajar cómoda aquí.

—Y, además de tranquilo; por aquí no vive casi nadie, por lo que no debes tener distracción alguna como en Nueva York —señaló, y yo me quedé callada—. ¿Qué ocurre? —inquirió después, por lo que supuse que había visto algo en mi semblante que me había delatado.

—Es algo largo de contar, pero te lo resumiré.

Le conté cómo rescaté a Jacob del lago el sábado por la noche pero que, en ese momento, no sabía que era él y que lo había visitado al día siguiente, y de lo que Brooke me había contado respecto a su esposa. Luego, que todos esos días lo había visto en su casa y que me había bañado en su piscina y había cenado con él y su familia.

—Guau... —dijo Hayden, parpadeando—, y yo que pensé que estabas de lo más tranquila, y hasta aburrida, pasando una estadía monótona aquí.

—Pues no es como si yo hubiera podido prever que ocurriría todo esto — me excusé en modo defensivo.

—Lo sé, solo quise decir que parece inaudito —me aclaró—. ¿Y dices que ese muchacho vive en esa casona que está atrás?

—Bueno, no realmente; está momentáneamente separado, por lo que de momento vive allí, pero, bueno, ahí es donde vivió cuando sus padres murieron, de acuerdo a lo que Brooke me contó.

—Vaya —musitó sorprendida—. ¿Pero, entonces, cómo está la situación con su esposa?

—No lo sé, es decir, él no me contó que está casado o separado, o lo que sea, y yo no quise

preguntarle por su situación sentimental, porque es obvio que tocaré esa hebra ya que, de algún modo, tendrá que contarme algo, y no quiero incomodarlo, dado que es un golpe muy duro.

—Sí, lo entiendo, probablemente yo en tu lugar tampoco le preguntaría nada —concordó—. Además, creo que por ello se cayó al lago el sábado por la noche —añadí después.

—¿Quieres decir que intentó suicidarse? —me preguntó de forma anonadada.

—Es mucha casualidad que se haya caído al poco tiempo de que ocurrió eso; además, yo estuve esa noche allí. Es decir, lo vi desde lejos, antes de que eso ocurriera y, por la forma en la que cayó, no parecía haberse caído precisamente. —Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía el que se hubiera querido suicidar.

—Pues no es para menos, dado lo que está atravesando el pobre — comentó de forma reflexiva—. Pero, entonces, ¿tú sientes algo por él, ahora que pudiste conocerlo en persona?

—No puedo sentir nada por él porque, hasta donde yo sé, él sigue siendo hombre casado —le expliqué.

—¿Pero, aun así, sientes algo? —me preguntó.

—Bueno, me parece atractivo; eso no lo negaré, y tal vez me ponga nerviosa y sentimental al verlo o escucharlo hablar. Pero no sé si atribuirlo a él o a lo que representa, o al hecho de que siempre lo veía en esos sueños.

—Pues, en cierto modo, tienen historia, por lo que es entendible que te sientas así por él —reflexionó.

—Pero eso también es algo que me preocupa —repuse.

—¿Qué cosa?

—El hecho de que en esos sueños no solo estábamos juntos, sino que también lo veía muerto, y ya sabes lo que me dijo Audrina respecto a los sueños premonitorios con muertes, que por lo general se terminan cumpliendo y, más aún, si te involucras con la persona que muere en estos —le recordé.

—Oh, pues sí, yo también estaría muy preocupada en tu lugar —convino de forma pensante.

—Pero, de todas maneras, debo recordarme a mí misma que él está casado, es decir, legalmente, sigue casado, así que no me involucraré sentimentalmente con él, de todos modos.

—¿Y te hace bien eso de verlo sabiendo que él está casado, pero momentáneamente separado? —inquirió.

—Más bien hay algo en mi interior que me dice que me aleje de él, porque nada bueno saldrá si sigo viéndolo pero, al mismo tiempo, siento una corriente que me arrastra a su lado —le dije.

—Bueno, míralo de este modo: de todas formas, en un par de días, te irás, por lo que no volverás a verlo —señaló.

—Sí, supongo que tienes razón pero, de todas maneras, la parte que me arrastra a él lo invitó a ir conmigo a verte tocar esta noche, y aceptó, por lo que pasará a las ocho a recogerme.

—Bueno, tal vez hiciste bien en invitarlo, si el pobre está deprimido por lo que le está pasando y no tiene nada para hacer. Es mejor que salga un rato a despejarse; si no, volverá a intentar suicidarse. —Se me heló la sangre al escuchar eso—. Y de paso es una buena excusa para que lo conozca —añadió

después.

Hayden se fue a las siete hacia el pueblo, porque primero debía ensayar con los chicos de su banda. Tras bañarme, me puse un vestido azul corto y unos zapatos con tacones bajos; me dejé suelto el cabello y me maquillé un poco.

A las ocho en punto, Jacob estuvo en la puerta; una vez que nos subimos a su Land Rover, emprendimos rumbo a Hamden. El pueblo se veía bastante concurrido en su faceta nocturna, pero nunca se vería tan atestado de gente como Nueva York.

Cuando llegamos al bar llamado «La Orquídea», nos sentamos a una mesa que estaba en un rincón. Las luces eran tenues, y el bar era bastante amplio y modesto. Ordenamos una pizza y dos cervezas.

—¿Cómo se llama la banda de tu hermana? —me preguntó Jacob.

—*Crescendo* —repliqué mirándolo bien a la luz. Tenía puesta una remera azul oscura y un *jean*; ahora no llevaba la gorra puesta, por lo que su cabello estaba bien peinado: se veía muy apuesto. Traté de no pensar mucho en él de ese modo, aunque fuera inevitable.

—¿Y tus padres están de acuerdo con las carreras que escogieron ustedes? —inquirió.

—No realmente; tal vez a mi padre le dé lo mismo, en tanto demostramos que nos podemos valer por nosotras mismas. Pero, en cuanto a mi madre, cuando yo anuncié que quería estudiar Filología, dijo que no veía qué provecho podría sacar de eso. Luego, cuando me publicaron, comentó que no entendía cómo podía considerarse esa una carrera. —Él me miraba fijamente mientras hablaba, con los codos apoyados en la mesa—. Pero con mi hermana fue peor, porque ella se volvió budista y vegana en la adolescencia y, cuando antes de graduarse de la escuela de música ya había decidido que sería música en esa banda, mi madre creyó que le estaba tomando el pelo. La considera algo *hippy* y cree que es solo un pasatiempo.

—¿Y son muchos los que tocan con ella? —me preguntó después.

—Dos chicas más y cuatro muchachos, así que son siete en total con ella —le respondí.

—Ya veo, entonces no es de las que apoyan a sus hijos; debe ser porque tiene otras aspiraciones para ustedes —comentó.

—Ella pertenece a una buena familia, y sus amistades son de esas características. La mayoría de sus amigas tienen hijas que trabajan en grandes corporaciones, o tienen sus propios consultorios y oficinas, y supongo que le molesta no poder presumir de nosotras ante ellas.

—Lo entiendo pero, por lo visto, ambas escogieron cosas que las apasionan, y eso es lo que importa, aunque claro que mucha gente no lo ve así. Pero, bueno, es lo que importa para ustedes.

—Sí, supongo que sí.

—Mi abuelo comenzó a leer tu libro hoy y dijo que le gustaron mucho los primeros cuentos, así que debes ser talentosa.

—¿De verdad dijo eso? —Él asintió—. Pues me alegra que le guste, entonces. ¿A ti te gusta leer?

—No realmente —repuso, negando con la cabeza—, pero prometo leer tu libro en cuanto mi abuelo lo termine de leer.

—No hace falta que lo leas solo porque lo haya escrito yo si no te gusta leer —le aclaré.

—Lo leeré de todas maneras, dado que nunca antes conocí a un escritor en persona —me dijo haciendo una mueca risueña.

Media hora después, cuando estábamos comiendo la pizza, la banda de mi hermana empezó a tocar. El salón ya estaba lleno, y algunas luces se aaron. Las más fuertes alumbraban al escenario. Casi todas las canciones eran del mismo estilo; algunas, un tanto lentas y otras, más rítmicas. Tocaron alrededor de seis canciones y, luego, el concierto terminó.

—Pues fue un buen espectáculo —comentó Jacob, una vez que las luces se encendieron.

—Me alegra que te haya gustado.

Le hice señas a mi hermana desde ahí para que se acercara a nuestra mesa.

—Ella es mi hermana, Hayden; él es Jacob, el vecino del que te conté — los presenté.

—Es un placer conocerte, Hayden, me gustó mucho el espectáculo — expresó Jacob.

—Cuánto me alegra oírlo, Jacob, y es un placer conocerte también — comentó ella, mirándonos a los dos—. ¿Qué harán ahora?

—No lo sé, tal vez nos quedemos un rato más —le dije mirando a Jacob, quien asintió—. ¿Ustedes?

—Vamos a beber algo aquí y luego iremos a un pub en la interestatal, ¿quieren ir? —Yo me quedé helada al escuchar: «Pub en la interestatal», dado que allí era adonde había ido el sábado anterior, y también en donde había rescatado a Jacob del lago cuando se había arrojado.

—No lo creo; es que estoy algo cansada y debo levantarme temprano para trabajar en mi disertación —me excusé.

—Lo entiendo, bueno, volveré a dormir en casa de todos modos, pero no te preocupes, porque tengo copia de la llave —me informó—. Fue un placer conocerte, Jacob —se despidió.

—El gusto fue mío —saludó él antes de que ella se fuera; después se dirigió a mí—: Si estás cansada, y tienes que levantarte temprano, podemos irnos.

—Oh, no, le dije eso porque no quería ir a ese pub; no estoy de ánimos para ir a lugares bulliciosos —le mentí, aunque en parte, porque la verdad era que no me apetecía ir a un pub o a una discoteca, pero la razón primordial de no querer ir a ese pub en particular era que le traería malos recuerdos a él.

—Oh, lo entiendo, ¿entonces qué quieres que hagamos? —me preguntó.

—Pues, si tú quieres, podemos hacer algo más o, si no, podemos irnos — le respondí.

—Pues lo único que hay para hacer un sábado por la noche en Hamden es ir a pubs o a discotecas, pero tú no quieres ir, ni yo tampoco. Luego solo hay

bowlings pero... —Se detuvo al decir aquello, con una expresión sombría en el rostro, por lo que supuse que, o bien no le gustaba, o le traía malos recuerdos.

—No me gusta el bowling —arremetí antes de dejarlo terminar la frase, aunque era cierto que no me gustaba, dado que no le veía sentido a aquello de tomar una bola y lanzarla por una plataforma para derribar unos bolos.

—De acuerdo, entonces vamos a casa.

Como las ventanillas de su Land Rover estaban bajadas, entraba la brisa fresca de la noche mientras conducía. Era un placer sentir el viento en mi cara desde dentro de un auto, dado que en Nueva York nunca podía sentir algo así, a menos que fuera por una carretera de salida.

—¿Ya te irás a dormir? —me preguntó Jacob, tras estacionar la camioneta en frente de mi casa.

—No lo creo, ya que recién son las doce —repuse.

—En ese caso, ¿te gustaría ir un rato a mi casa? —inquirió.

Me quedé mirándolo un rato, sin saber qué responder, porque no iríamos para hacer nada. —De acuerdo —le respondí después.

Una vez que nos adentramos en su casa, fuimos directo al patio trasero, en donde el jardín se veía espléndido de noche, con foquitos amarillos adheridos a las esculturas y a los árboles.

—Vaya, el patio se ve asombroso —comenté, mirándolo de forma embelesada.

—Pensé que te gustaría verlo de noche, por eso te traje —me dijo mientras me conducía hacia el gazebo, en donde nos sentamos.

—Pues la verdad es que se ve hermoso, ¿quién se encarga de mantenerlo así? —le pregunté.

—Yo —replicó en tono de obviedad pero, cuando esbozó una sonrisa, supe que estaba bromeando—; en realidad, dos jardineros que vienen tres o cuatro veces por semana a trabajar en él.

—Pues hacen buen trabajo.

—Tú dijiste que tu casa de aquí tenía un jardín.

—Sí, pero es la cuarta parte de esto, o tal vez ni eso: solo contiene flores, un par de árboles y una fuente pequeña con bancos pequeños y pequeñas esculturas alrededor, pero es bonito y placentero.

—Ya veo.

—¿Tú duermes en la planta de arriba? —me atreví a preguntarle.

—Sí, mi dormitorio está en esa ventana de allí —dijo, señalando a la última ventana de arriba.

—Pues es una casa hermosa, ¿hace mucho que tu abuelo vive aquí? —inquirí.

—Desde que se casó, así que serían unos cincuenta y seis años. Este jardín lo construyó para mi abuela Esther, porque a ella le encantaban los jardines.

—Oh, pues seguro fueron muy felices aquí —musité.

—Sí, lo fueron, si hubieras visto su matrimonio (lo mucho que se querían y cómo se trataban), seguro hubieras anhelado tener un matrimonio así —repuso con la voz lánguida y con la mirada perdida en unas dalias que estaban enfrente. No supe qué decir, dado que la conversación involucraba matrimonios, y el suyo no era precisamente como el de sus abuelos.

—Pues se nota que eran una pareja feliz —comenté, y él solo asintió.

Nos quedamos unos segundos en silencio hasta que él habló.

—Oye... ¿por qué estás soltera? —inquirió y me sorprendió con su interrogante—, es decir, sé que anoche, en la cena, dijiste que quieres estar sola por decisión propia, pero digamos que es extraño en una mujer joven. ¿Acaso te rompieron el corazón?

—Oh, no, no es eso, nunca me rompieron el corazón, de hecho —repuse.

—¿Cómo es eso posible? A todos nos rompieron el corazón en algún momento de nuestra vida. —Me pregunté si, aparte de su esposa, alguien más se lo habría roto—. Pero, claro, tiene sentido por qué a ti no.

—¿A qué te refieres con que tiene sentido que a mí no? —indagué, intrigada y confundida al mismo tiempo.

—Eres muy bonita, interesante, agradable y pareces ser sincera. ¿Qué hombre se atrevería a romperle el corazón a una muchacha así? —Mi respiración se había detenido de repente.

—Oh, pues incluso a la muchacha más hermosa del planeta le rompen el corazón alguna vez en la vida, sino mira a Jennifer Aniston —señalé—, pero la razón de que no me lo hayan roto es que nunca tuve una relación formal y nunca estuve enamorada de alguien.

—Ahhh... —dijo asintiendo—, o sea que todavía no encontraste a tu hombre indicado.

—Algo así —repuse, sintiendo que el corazón me golpeteaba de manera frenética por el tema que estábamos hablando—. ¿A ti te rompieron el corazón muchas veces? —me atreví a preguntarle para ver si se animaba a confesarme su estado civil porque, de todas maneras, tarde o temprano tendría que decírmelo y, dado que estábamos hablando del tema, creí que sería un buen momento.

—Una —replicó de forma seria.

—No puedo imaginar cómo se siente tal cosa —murmuré.

—Se siente como si alguien metiera la mano en tu corazón y lo empezara a apretujar hasta hacerlo añicos lentamente. —Sentí una punzada en el corazón cuando lo oí decir eso.

—Lo...lamento mucho —dije con la voz quebrada. Él se volvió hacia mí y se quedó mirándome extrañado.

—Tampoco te pongas así por mí: eso ocurrió hace mucho tiempo atrás —mintió de una forma tan relajada que me pregunté si se mentía eso a sí mismo para no enfrentar la realidad.

—De acuerdo... —repuse asintiendo porque, por lo visto, no quería hablar del asunto de momento.

—Oye, ¿hasta cuándo te quedarás por aquí? —me preguntó después, cambiando de tema. —Creo que me iré el lunes.

—¿Este lunes? —asentí—. Oh... creí que te quedarías más tiempo. —Me

pareció percibir que su tono era de decepción, pero no estaba segura: era más probable que fuera lo que yo quería oír.

—En realidad, iba a irme el jueves que pasó, pero mi hermana anunció que venía hoy, por lo que me quedé.

—Ah.

—¿Tú hasta cuándo te quedarás aquí? —indagué.

—¿Aquí? —inquirió extrañado.

—Sí, en la casa de tu abuelo —le dije directamente. Él se quedó mirándome atónito.

—¿Quién te lo contó? —me preguntó.

—No importa, pero el hecho es que estoy al tanto de todo —repuse—, y disculpa que te lo haya dicho, pero me sentía mal pretendiendo que no sabía nada de eso y que eres soltero. —Bueno... —musitó, lanzando un resoplido—, entonces supongo que sientes pena por mí. —¿Pena? No, pero sí un poco de lástima, es decir, es horrible lo que te sucedió; si la situación fuera a la inversa, tú te sentirías igual por mí.

—Esa es una de las peores partes de todo, además del hecho de que los que saben cotilleen a mis espaldas sobre ello —dijo de forma exasperada.

—¿Y qué hay del hecho de que te duela y te sientas irritado por lo que te hizo? ¿Eso no es lo peor?

—Sumando todas las partes, dan como resultado que al parecer alguien me lanzó una maldición o algo así —repuso con aspereza.

—Lo lamento mucho, Jacob, no sé qué decir, dado que nunca he estado casada y no me han roto el corazón, así que no puedo mostrar empatía contigo en esta situación —musité apenada.

—Lo sé, no busco a nadie que me entienda de todas formas, ya que pocos deben ser los desafortunados a los que les ocurre algo así.

—Pero, si quieres hablar, soy todo oídos y, si no quieres, pues no hablaremos más del tema.

—Estas últimas dos semanas han sido una pesadilla para mí. —Por lo

visto necesitaba desahogarse y, a pesar de que yo lo había incitado a hacerlo, me ponía algo incómoda hablar de ello, más que nada por él. Pero a la vez sentía la necesidad de escucharlo, aunque fuese.

—Lo sé —dije, sintiéndome algo infeliz por el hecho de que conocerme pudiera haber representado algo bueno dentro de todo, pero ¿por qué lo haría con el infierno que estaba viviendo?

—No sé qué tanto sabes respecto a lo que me pasó, o con qué tantos detalles, pero en mi cabeza no hago más que revivir lo ocurrido —me contó de forma taciturna— y después me pregunto por qué me ocurrió eso a mí.

—Si te sirve de consuelo, yo te conozco desde hace solo una semana, pero también me lo pregunto. —Él volvió su mirada hacia mí—. Es decir, porque se nota que eres un muchacho bueno, respetable y honrado. —Quise añadir: «apuesto», pero no lo hice porque me parecía fuera de lugar—. ¿Y cómo alguien podría hacerle algo así a un muchacho como tú?

—Gracias por decirlo; significa mucho para mí porque, cada vez que le doy vueltas al asunto en mi cabeza, termino echándome la culpa de todo —repuso de forma tan abatida que sentí pena por él, porque lo que había ocurrido no era su culpa en absoluto. La que tendría que sentirse culpable era su esposa.

—Hey... —Me atreví a ponerle una mano en su brazo—. No sé si tuvieron problemas antes de eso, pero tú no te merecías lo que te hizo ella, así que dudo que hayas tenido la culpa de algo.

—Lo sé, no la tuve, pero sí teníamos nuestros problemas desde hace más de un año y medio. De hecho, comenzó porque yo quería que tuviéramos un hijo, y ella dijo que quería esperar. Pero eso desencadenó una serie de problemas de todo tipo, y ahí comenzaron a reflejarse todas nuestras diferencias y las cosas fueron de mal en peor.

—Pues ahí lo tienes: querían cosas diferentes. Tal vez ella no sea una mala persona, pero lo que te hizo no estuvo bien tampoco.

—Lo sé, pero el hecho es que las cosas no estaban bien entre nosotros

desde hace mucho; tal vez fue porque nos casamos muy jóvenes, como dijeron mi abuelo y Lori, o tal vez porque no supimos entendernos. Pero no justifica lo que hizo, dado que yo nunca le hubiese hecho eso a ella, y mucho menos en nuestra propia casa —declaró de forma lánguida.

—No, claro que no —repuse—, pero siguen casados, ¿verdad?

—Momentáneamente estamos separados, y no he querido verla o hablar con ella desde entonces, pero en algún momento tendré que enfrentarla y ver qué hacer con lo nuestro.

—¿Y piensas... perdonarla? —le pregunté.

—Hummm, no lo sé, es decir, no lo creo, por lo menos no de momento —dijo con las manos en la nuca.

—¿Pero piensas regresar con ella? —inquirí después.

—No lo sé, no. para serte sincero, no he pensado en esa parte de cuando tengamos que hablar y todo eso, porque me enfurece pensar en ello siquiera.

—Lo sé. —Pero eso significaba que, tal vez, si ella le pedía perdón de una forma correcta, él podría perdonarla.

—¿Sabes? El conocerte justo esta semana en que ocurrió todo eso fue algo positivo; no sé qué hubiera hecho si no hubieras estado aquí —sentí una oleada de felicidad al oír eso.

Estábamos sentados uno al lado del otro, muy cerca, tanto que nuestras piernas se rozaban. Me quedé mirándolo fijamente a sus ojos esmeralda, lo cual fue una muy mala idea, dado que me fue imposible apartar la mirada de ellos. Él fue acercándose lentamente a mi rostro, como controlando cada paso y, cuando menos me di cuenta (ya que aquella escena parecía estar ocurriendo en sueños), sus labios estaban presionando los míos.

Capítulo 21

Sabía que estaba mal lo que había hecho la noche anterior; no entendía por qué lo había hecho siquiera. Pero, aun así, Jacob no estaba arrepentido de ello, aunque sabía que no podía volver a repetirse. No cuestionó su juicio, porque sentía que la noche y ella lo habían incitado a ello, ¿y cómo podía dejar pasar la oportunidad de besarla cuando era tan hermosa? Pero no era por su hermosura por lo que se sentía atraído por ella: era algo mucho más fuerte que eso, incluso más fuerte que el universo. Pero, por mucho que quisiera volver a besarla, no debía hacerlo, no cuando su cabeza era un caos y desconocía el rumbo que tomaría su vida.

Necesitaba relajarse de algún modo, tratar de olvidar un poco todo lo ocurrido porque, por mucho que le hubiera gustado besar a Charlotte y se sintiera tentado de revivir la imagen y el sabor de sus dulces labios en los suyos, no era prudente que lo hiciera. Así que se dirigió al establo y tomó a Brown Walk para cabalgar por la zona. Mientras cabalgaba, su mente de a poco comenzó a relajarse, y sus pensamientos se evaporaron por completo. Era como si, al cabalgar en el lomo de Brown Walk, sus problemas comenzaran a esfumarse. Era bueno tener a alguien como ese caballo en su vida aunque, últimamente, había descubierto que se sentía de ese modo también cuando estaba con... Sacudió la cabeza; no podía pensar en ella, no debía hacerlo, debía apartarla de sus pensamientos como pudiera.

Cabalgó un rato largo por la zona colindante del campo; allí todo era césped de un verde fulgurante, árboles de ramas tupidas y colinas vestidas de colores intensos. Miles de hectáreas se extendían ante él; muchas de estas pertenecían a su abuelo, y un día pasarían a ser de él. Después de que sus padres murieron y tuvo que mudarse allí, le tomó tiempo adaptarse a la quietud de aquel lugar, dado que estaba acostumbrado al bullicio y a la multitud de la gente que conformaban la ciudad en la que solía vivir. Aun así, una vez que se

acostumbró, se percató de que aquel sitio parecía hecho para él, de que su espíritu pacífico estaba en consonancia con la tranquilidad sepulcral de aquellas tierras.

Cuando dio vuelta para regresar a su casa, vio a lo lejos una silueta caminar cerca de ahí; a medida que fue acercándose, comenzó a tomar forma femenina y, por su porte y por su modo de andar, Jacob supo de inmediato de quién se trataba. Aminoró la marcha de Brown Walk hasta que estuvo a su lado.

—¿Paseando? —le preguntó. Charlotte se volvió de manera brusca, dado que parecía haber estado tan sumida en sus cavilaciones que no había reparado en la presencia de alguien.

—Solo salí a dar una vuelta a pie para despejar un poco mi cabeza de tanto trabajo mental con la disertación —le explicó, pero Jacob creyó que también necesitaba despejarse por algo más.

—Sí, yo también necesitaba hacer lo mismo; por ello tomé a Brown Walk, que es un gran ayudante en eso.

—¿Ah, sí? —inquirió ella con interés.

—¿Quieres comprobarlo? —le preguntó él. Ella solo se quedó mirando al caballo con algo de desconfianza.

—No lo creo; nunca he montado en un caballo, por lo que no creo que pueda hacerlo —replicó, y Jacob se dio cuenta de que le tenía miedo al caballo, o tal vez a estar muy cerca de él.

—Ven, yo iré contigo —le dijo, extendiendo su mano hacia ella. Ella se quedó mirándolo algo escéptica, pero luego se la tomó. Jacob trató de hacer caso omiso a lo que le produjo su tacto, y se concentró en ayudarla a subir. La hizo sentarse delante de él; por suerte llevaba puesto un pantalón corto porque, de haber llevado falda, hubiera sido complicado. Su cabello estaba sujetado en una media cola, y Jacob pudo sentir el olor a cerezas y a algo sedoso que este desprendía. Se concentró en tomar las riendas del caballo pero, para ello, tuvo que rodear su cintura. Entonces, comenzaron a cabalgar juntos.

Jacob se sintió como cuando tenía cinco años y era la primera vez que se subía a Brown Walk. Una oleada de adrenalina, una mezcla de emoción y felicidad recorrieron su cuerpo. Cabalgaron de una punta a la otra; si bien el sol brillaba con intensidad aquella tarde, la brisa del viento matinal era refrescante. Los cabellos de Charlotte parecían volar y, en más de una ocasión, se deslizaron hacia el rostro de Jacob, pero a él no le importó que así fuera: le agradaba su contacto sedoso.

Una vez que llegaron a la casa de Charlotte, esta se bajó con cuidado de Brown Walk.

—Eso fue...asombroso —musitó, y a Jacob le complació notar el embelesamiento que le había producido cabalgar sobre Brown Walk.

—Me alegra que te haya gustado —le dijo, todavía sentado en el lomo del caballo.

—Gracias por haberme hecho pasear en tu caballo —expresó Charlotte mientras tocaba la cabeza de Brown Walk.

—De nada, cuando gustes, puedo llevarte a pasear —le ofreció Jacob.

Acto seguido, se quedaron mirando en silencio. Jacob contempló la idea de bajarse para despedirse de ella con un beso en la mejilla, como era apropiado, pero descartó esa posibilidad de inmediato. No podía volver a tener un contacto tan cercano con ella; debía mantener las distancias en lo posible. Debía repetirse eso una y otra vez; de lo contrario, no sería capaz de mantener sus promesas; si se dejaba arrastrar por sus deseos, terminaría todo mal.

Capítulo 22

Los Hamptons, Nueva York, julio del 2009

Los padres de Charlotte ya se habían divorciado, lo cual supuso un verdadero alivio, tanto para ella como para Hayden. Porque eso significaba no más objetos rotos por la casa, no más gritos y no más tomas de decisiones entre ambos; si no podían ponerse de acuerdo en ciertas cosas, era mejor separarse. De todas maneras, ellas se habían llevado la peor parte, dado que ahora vivían solas con su madre, y esta se pasaba el día entero despotricando contra su padre. Ambas habían aprendido a bloquear su voz cuando lo hacía, para no escucharla, pero en esas vacaciones eso no iba a ser posible ya que, tras el divorcio, sus padres habían hecho separación de bienes y se habían dividido festividades y las vacaciones de ellas con ellos. Así que esas vacaciones de verano ellas habían ido con su madre a la casa de verano de Los Hamptons; no había mucho que hacer por allí, a menos que fueran a la ciudad, por lo que Charlotte y Hayden se pasaban los días tiradas en la playa, bronceándose o absorbiendo la brisa fresca del mar. Esto sumergía a Charlotte en un estado de relajación profunda, en que las imágenes de los sueños se volvían más vívidos. No le había ocurrido eso en el último año, dado que solo había soñado de vez en cuando, pero no reparaba en estos de la misma forma que antes, tal vez porque el último año había sido más agotador que de costumbre con lo del divorcio y con lo de las audiencias a las que había tenido que asistir. Además, había estado concentrada en el examen de conducir, y encima faltaba poco para que entrara en la escuela secundaria. Esto le producía nervios pero, ahora que estaba alejada de la ciudad y se encontraba en un lugar pacífico (en donde no había interrupción alguna), su mente se volvía más permeable a ese tipo de sueños y pensamientos sobre ese muchacho. Volvía a ver su rostro de forma nítida, volvía a verse a sí misma montando a caballo con él y le generaba una sensación de bienestar, que luego

era reemplazada por una sensación horrible cuando lo veía muerto.

Capítulo 23

Hayden se había marchado el domingo por la mañana temprano; su banda había pasado a recogerla en una furgoneta para irse a la próxima ciudad, en donde debían presentarse. Esa noche, me conecté a Internet para chatear con ella.

Hayden: ¿Y cómo están las cosas en Hamden?

Charlotte: Bien, ¿qué tal tú? ¿En dónde estás ahora?

Hayden: En un pueblo llamado Westport, aquí en Connecticut; no está muy lejos de Hamden. Queda como a unos treinta minutos.

La vida nómada que llevaba Hayden era parte de su espíritu libre; aunque, si bien esto estaba ligada a su profesión musical, admiraba ese aspecto de ella.

Hayden: Oye, ¿y qué tal las cosas con el muchacho llamado Jacob? Es muy apuesto.

Charlotte: Oh, pues no lo sé, Hayden. Anoche, cuando regresamos del pub en el que tocaste, fuimos a su casa un rato, más precisamente a su jardín (dado que tiene un jardín hermoso), y nos quedamos charlando allí, y al final lo confronté respecto a lo de su esposa. En realidad, le dije que ya sabía que estaba casado y todo lo que había ocurrido, para que él no se viera en la incómoda obligación de contármelo. Me dio mucha pena verlo tan vulnerable mientras me contaba sobre ello pero, al final, me besó.

Sentí un cosquilleo de emoción en el estómago por revivir aquello y por contárselo a alguien, pero después recordé las circunstancias que rodeaban a la situación, y esa emoción comenzó a esfumarse.

Hayden: ¿Te besó? ¿De la nada?

Charlotte: Bueno, en realidad antes me había dicho que era hermosa y otras cosas más, pero digamos que la noche incitaba a que nos besáramos.

Esa sensación de éxtasis volvía a apoderarse de mí al revivir aquello,

pero me tuve que repetir a mí misma que la situación con él era demasiado complicada, por lo que era mejor no alegrarme por ello.

Hayden: Supongo que no hace falta que te pregunte si te gustó, dado que sé que él te gusta.

Charlotte: Sí, desde luego que me gustó; me encantó, de hecho, pero no sé si me habrá besado porque realmente le gusto, o porque la noche lo incitaba a hacerlo, o porque era una forma de olvidarse por un momento de su ex.

Hayden: Supongo que no te dijo nada tras ello y tampoco hablaron al respecto.

Charlotte: No, más que nada porque era algo incómodo; tras ello él me trajo a casa y nos despedimos con un beso en la mejilla, como si el beso de antes no hubiera ocurrido.

Hayden: Pues déjame decirte que, cuando lo vi anoche en el pub, él parecía muy cómodo contigo; más que cómodo, se lo veía bastante entretenido, y también vi la forma en la que te miraba. No parecía ser la forma en la que te mira un amigo: era la mirada de alguien que está interesado en ti.

Charlotte: ¿Examinaste su mirada en los pocos minutos que estuviste con nosotros?

Hayden: No, en realidad, los vi desde lejos, cuando estaba cenando con los de la banda.

Charlotte: Bueno, sea como sea, él no me dijo nada sobre si le gusto o le intereso, o lo que sea. Pero lo que no se puede negar es que su situación sentimental es bastante complicada en estos momentos y que, por más que él esté momentáneamente separado, su esposa forma parte de su vida.

Hayden: Lo comprendo, ¿y te dijo cómo están las cosas con ella?

Charlotte: De momento ni se ven pero, aunque estén separados, siguen casados, desde luego.

Me dolió escribir esas palabras, pero era la verdad: él estaba casado y por ello, y por otra cosa más importante, era indispensable que me mantuviera alejada de él.

Al final había alargado mi estadía en Lyric Point por unos días más; no era como si Jacob fuera el responsable de dicha decisión. Bueno, en realidad, en parte, pero la verdad era que allí trabajaba mejor en mi disertación, dado que no tenía distracciones y me concentraba mejor. Además, no tenía muchas ganas de regresar a Manhattan. Aun así, sabía que debía alejarme de Jacob y todos sus dramas; no importaba que me hubiera besado (y que me hubiera gustado que lo hiciera) o que, a través de ese beso, hubiera dado a entender que estaba interesado en mí, o que me hubiera encantado andar a caballo con él que, casualmente, era la misma imagen que veía en mis sueños. Aunque, si lo pensaba bien, eso parecía ser un presagio de que el sueño podría cumplirse, por lo que tal vez no era buena idea después de todo. Y, de todos modos, él parecía seguir teniendo sentimientos por su esposa, y claro que los tendría si, a pesar de todo, era su esposa, se había casado enamorado de ella y, al parecer, había sido su único amor. Estaba dolido y enojado por lo que ella le había hecho; esa reacción era la que tendría cualquier ser humano en su lugar. Pero esos sentimientos no habían desplazado el amor que le tenía; solo lo había empañado de momento. Hasta donde yo sabía, muchas personas sufren engaños por parte de sus parejas, pero luego de eso las perdonan y retoman la relación. ¿Por qué iba a ser diferente con él? Debía permanecer apartada de él, debía ser fuerte y hacerlo porque, de lo contrario, terminaría todo mal, sobre todo para él, que podría morir, pero también para mí porque, si esa imagen solía representar algo triste cuando era más joven y no lo conocía, ahora que lo conocía personalmente, se me revolvía el estómago de pensar que podía pasarle algo malo, y por mi culpa. Así que debía mantener cierta distancia de él, y todos terminaríamos felices, de algún modo.

Capítulo 24

Ese lunes, Jacob debía retomar su rutina y eso, en gran parte, lo reconfortaba porque se abocaría a su trabajo y se distraería. Eso lo ayudaría a ahuyentar los problemas de su cabeza, aunque debía admitir que, últimamente, cada vez pensaba menos en todo ello. No sabía si era porque los días estaban transcurriendo y, con ellos, se los llevaban consigo, o porque había conocido a alguien que lo estaba ayudando a olvidarse de todo lo malo que había en su vida. Decidió que era lo segundo, dado que ella era una bonita fuente de distracción.

Esa mañana del lunes, Jacob se dirigió a trabajar en las tierras de su abuelo. Era bueno volver a sentir el contacto con los demás caballos y registrar las nuevas cosechas que habían crecido en aquella época y debían ser exportadas a otros estados y ciudades cercanos. Se había distraído la mayor parte del día con el trabajo, tanto que por un momento sintió que era como si nunca hubiera ocurrido conflicto alguno en su vida, que nada se había desmoronado. Pero, cuando regresó a su casa, se enfrentó con el problema que más lo había aquejado durante las últimas dos semanas. Lori le había informado, con cara de pocos amigos (algo inusual en ella, que siempre estaba de buen humor), que tenía una visita. Cuando Jacob le preguntó quién era (con algo de ilusión, creyendo que podría ser Charlotte, aun cuando sabía que, conscientemente, no podía permitirse pensar en ella de ese modo), ella pronunció el nombre de su visitante con un dejo de desdén en la voz, y a Jacob le produjo un revoltijo en el estómago.

Cuando entró en el *living*, ella estaba sentada en un sillón; la miró por un momento. Tenía puesto un vestido verde corto; llevaba el cabello claro un poco más corto de lo que lo recordaba. Seguía siendo igual de delgada y pálida que cuando la había conocido, y su rostro casi no tenía rastros de maquillaje. Recordó cuánto solía gustarle eso de ella, que no se esmerara en

producirse como otras muchachas, dado que eso la hacía verse natural y sencilla. También recordó todo lo que solía producirle ella al principio, pero ahora ya nada de eso quedaba: solo había hostilidad y desengaño entre ambos. En cuanto estuvo enfrente de ella, sintió ganas de estrangularla o de correrla de la casa de su abuelo sin dejarla hablar, pero sabía que debía hacerlo cuanto antes. Ya había dejado pasar demasiado tiempo.

—¿Qué quieres? —le preguntó Jacob de forma desdeñosa, mirándola con recelo y sin siquiera saludarla.

—Hola, Jacob, ¿cómo has estado? —lo saludó ella, tratando de sonar interesada en él. «¿Con qué descaro?», pensó Jacob.

—No estás en posición de hacer tal pregunta —le espetó él de forma tajante—. Dime a qué has venido directamente.

—Bueno, antes que nada quería pedirte perdón; sé que estuvo mal de mi parte llevarlo a casa. Tendría que haber pensado mejor las cosas —le dijo ella. Pero él ni se inmutó: al parecer solo le estaba pidiendo perdón por haberlo llevado a su casa y no por estar engañándolo—. Bueno, el hecho es que debemos hablar sobre cuál será el siguiente paso en nuestra relación.

—¿Siguiente paso? —inquirió él, confundido. ¿Había otro paso en su relación? ¿Acaso ella pensaba que seguirían como si nada después de lo que había hecho? Si era así, estaba más que equivocada.

—Es que debemos hablar sobre nuestra situación. Creo que lo más lógico es que nos divorciemos. —Escuchar la palabra «divorcio» le cayó como un balde de agua helada. Si bien no albergaba esperanzas de regresar a su lado (más que nada porque no sabía si podía perdonarla y volver a confiar en ella), el divorcio era algo definitivo que culminaría con todo lo que alguna vez habían tenido, y tampoco sabía si estaba listo para ello.

—Hummm —fue todo lo que pudo decir porque, de repente, se sentía flotando entre una nube de problemas y recuerdos y decisiones que debía tomar. Su pasado parecía pasar enfrente de él de manera fugaz, y le producía una sensación vertiginosa—. Ya contraté a un abogado que se especializa en

divorcios; tú deberías hacer lo mismo —siguió diciéndole ella—. Porque debemos ver cómo repartirnos los bienes y qué hacer con la casa.

—Sí... lo sé —repuso él de forma automática, pero la verdad era que sentía como si esas palabras habían salido solas de su boca, porque no estaba muy presente en aquellos momentos.

—Pues, eso es todo lo que he venido a decirte —aclaró ella mientras se disponía a marcharse.

—¿Hace cuánto que lo veías? —le preguntó él de repente. Ella se volvió y se quedó mirándolo perpleja, al parecer sorprendida por la pregunta.

—Eso no tiene importancia —replicó.

—Sí que la tiene, por lo menos para mí; me lo debes —le exigió él, dado que, si bien lo que menos quería hacer era tener que hablar sobre ese tipo con el que lo había engañado, también sentía que debía recriminarle sobre ello y merecía obtener respuestas al respecto.

—Hace unos seis meses —confesó ella a regañadientes.

—¿Y ahora vas a fugarte con él? —inquirió con él.

—No vivimos en los años cincuenta, así que no vamos a fugarnos a ninguna parte; solo estamos saliendo —le explicó ella de forma relajada.

—Pues qué bien, tienes mis felicitaciones y mi bendición entonces —expresó él con sarcasmo.

—No los necesito, Jacob y, en todo caso, yo podría decirte lo mismo a ti —repuso ella.

—Yo nunca te he engañado, nunca te hubiera hecho tal cosa —le espetó él con vehemencia.

—Lo sé, pero me refería a que se nota que estás pasando página rápido; no te lo estoy reprochando. Después de lo sucedido, solo hacía una observación de que tú no estás tan mal, por lo visto —comentó ella.

—¿A qué te refieres? —le preguntó él, confundido.

—La amiga de mi cuñada dice que te vio el sábado por la noche en La Orquídea, cenando con una muchacha bastante esbelta y muy bonita, que tenía

aires de chica de ciudad.

Él se quedó mirándola sorprendido por lo rápido que había llegado la noticia de eso a sus oídos pero, en su interior, sintió cierta satisfacción por ello, en especial porque hubieran notado lo bonita que era Charlotte, o porque hubiera sido ella la muchacha en cuestión, para el caso.

—Es solo una amiga, pero ese no es asunto tuyo, ya no —le dijo él de forma seria. Nunca había pensado que sería posible hablarle de esa manera tan desdeñosa a Kathleen, su esposa, exesposa, así como tampoco creyó que un día la miraría de esa forma, sintiendo repulsión y que lo que más querría en el mundo fuera apartarse de ella.

—Lo sé, no lo es, ya ningún asunto mío es tuyo, y viceversa —concordó ella y se marchó.

Tras que Kathleen se marchó, Jacob se fue a su dormitorio y se tiró en la cama, sintiendo que la nube negra que se había asomado a su cabeza hacía dos semanas atrás en ese momento se estaba convirtiendo en un cielo lleno de nubarrones. Era muy probable que pronto diera paso a una tormenta y que llovería encima de él por mucho tiempo sin parar.

Capítulo 25

Había logrado mantenerme alejada de la vida de Jacob y sus problemas por un día, así que era algo. Aun así, me sentí extraña al no verlo, dado que prácticamente, desde que había llegado a Lyric Point, lo había visto cada día. Su sola presencia parecía provocar algo fuerte en mí que ningún otro muchacho había provocado. Pero, por otro lado, comenzaba a encontrar reconfortante el hecho de estar en Lyric Point; ya no me molestaba estar sola en la casa. De hecho, comenzaba a disfrutar de estar en soledad; si bien en Nueva York vivía sola en un departamento, estaba siempre rodeada de ruido las veinticuatro horas del día. Era un constante bullicio que nunca cesaba, sin importar que fuera la madrugada y día de semana. Pero aquí todo era tan tranquilo y tan silencioso que, de repente, me encontraba cómoda con aquel tipo de tranquilidad, ya que me ayudaba a meditar sin tener la necesidad de adoptar una postura de yoga. Bastaba con que me sentara en algún rincón de la casa, o que incluso estuviera parada. Me sumía en un estado de relajación profunda que parecía transportarme a otra dimensión.

Otra cosa positiva era que allí no sentía la necesidad de estar conectada permanentemente a Internet, o de tener cerca mi teléfono móvil. Había conexión a Internet en la casa, y yo estaba casi todo el día pegada a mi ordenador debido a que tenía trabajar en mi disertación, pero solo me conectaba a Internet por las noches para chatear con Hayden o con Brooke (con quienes chateaba seguido). Eso lo atribuía a estar alejada de la urbanización; en Nueva York estaba constantemente controlando mi teléfono móvil, aun si no aguardaba un mensaje o llamada de alguna persona. En la ciudad, prácticamente te sentías obligado a estar conectado con la tecnología de alguna forma; era como si los aparatos tecnológicos se volvieran una especie de extensión de tu cuerpo que eran vitales para tu existencia. También encontraba reconfortante el sentarme cada mañana en el porche a trabajar en

mi disertación, mientras aspiraba el aroma a agua pura del lago y oía el canto de los pájaros. Y ni qué decir de las tardes que pasaba en el jardín: eran las más maravillosas, dado que siempre veía a los pájaros danzar entre las flores y cómo el sol iba ocultándose en el horizonte. El cielo parecía extenso y no se veía interrumpido por las torres de altos edificios como en la ciudad. Toda esa atmósfera de calma y serenidad parecía envolvente.

Había comenzado a regar y arreglar las flores y plantas del jardín, en un intento de distraerme y no pensar tanto en Jacob. De repente, me sentía absorbida por esa tarea al estar tan conectada con la naturaleza y la pureza que desprendían las plantas y, de alguna forma, con mi abuela Audrina, quien amaba tanto ese lugar que sentía su perfume y presencia cada vez que estaba allí.

Otra cosa que hacía era ir a correr por cerca del lago por las mañanas temprano, porque el aire matinal era fresco y puro, y correr me ayudaba no solo a los músculos, sino también a despejar la mente y a no pensar mucho. En Nueva York rara vez corría, pero siempre iba a pilates y a yoga para mantener mi cuerpo y mi mente en sintonía y también para crearme una rutina ya que, por mi profesión de escritora, estaba obligada a trabajar cada día desde mi casa y sin la vigilancia de un jefe. Tenía que crearme mis propios horarios de trabajo, por lo que trataba de establecerme una rutina, tanto para mi trabajo como para el resto del día, porque eso me obligaba a mantenerme disciplinada de algún modo.

Aun así, con todas esas distracciones, no sabía cuánto tiempo más iba a poder permanecer alejada de Jacob, pero esperaba poder mantenerme firme en ello hasta que me marchara de Lyric Point.

Capítulo 26

El martes por la mañana, Jacob se percató de que no había visto a Charlotte el día anterior; era el primer día que no la veía desde que la había conocido, y eso lo hizo sentirse extraño. No le gustaba no verla pero, con el regreso al trabajo y la visita de su esposa (pronto a convertirse en exesposa), su día se había teñido de un matiz negro de repente. Por eso ni había pensado en ella, por lo menos no de manera consciente, porque esa noche la había soñado montada en Brown Walk, sola, con un vestido blanco corto y los cabellos sueltos al viento. Esa mañana se había despertado con una sensación placentera en su interior; hasta se había despertado sonriendo, como si el día anterior no hubiera existido y no hubiera tenido que enfrentar a su ex. Más que nunca se sintió agradecido por la presencia de Charlotte en su vida; si ella no hubiera llegado en aquellos momentos, era probable que esas dos semanas hubieran sido peores de lo que eran y se hubiera derrumbado rápidamente.

Aun así, debía seguir enfrentando su problema más reciente y, cuanto antes lo hiciera, sería mejor. Por eso esa mañana se encargó de buscar a un abogado especializado en divorcios y lo contrató. Esa misma tarde fue a su oficina a hablar personalmente del asunto; este le había dicho que, de momento, debían empezar a separar los bienes y que tenía hacer algo con la casa que ambos habían compartido en los últimos tres años, dado que ella no viviría allí, y él, mucho menos. Bastante tenía con que su memoria le estuviera recordando casi todo el tiempo la desagradable escena que había visto en su dormitorio hacía dos semanas atrás, como para que ese lugar lo estuviera evocando cada día que estuviera ahí. Así que pondría la casa en venta; de hecho, una agente de bienes raíces ya se estaba encargando de ello. Su abogado le había dicho que, como Kathleen, su ex, lo había engañado, y en sus propias narices y en su propia casa, estaba en su derecho de no cederle nada por el divorcio, ni siquiera la cuarta parte. Pero, por muy dolido y enojado que Jacob estuviera,

no le haría tal cosa: le daría la mitad, como lo estipulaban los documentos que habían firmado al casarse. En realidad, le hubiera dado lo que fuera con tal de desligarse de ella lo más rápido posible porque, de repente, quería que todo aquello se terminara cuanto antes y que no tuviera que volver a verla nunca más. Ahora debía pensar si comprarse otro lugar en el pueblo o quedarse a vivir en la casa de su abuelo. Era más segura la segunda opción, puesto que la casa era inmensa, y allí solo vivían él y Lori. Debía enfrentarlo: un día su abuelo pasaría a mejor vida, y el lugar entero le pertenecería a él, ya que Edmund no había tenido más hijos que el padre de Jacob y, por ende, tampoco tenía otro nieto más que él, y no tenía más familiares, por lo que todo lo que su abuelo poseía le pertenecía a él. Y, de todas maneras, en Lyric Point era el lugar donde él más a gusto se sentía. Adoraba trabajar allí cada día, estar en la casa de su abuelo y cabalgar con Brown Walk. Le había costado sentir que era su hogar tras la muerte de su padre, por años; de hecho, al principio extrañaba su casa de Chicago, la ciudad, a su padre, a sus amigos. Aquel sitio le parecía horrible, y todo el silencio que emanaba era demasiada tranquilidad para soportar, hasta que se acostumbró y comenzó a amar la belleza que le ofrecía tanto la casa como el campo. Ese fue el motivo por el que, cuando se había casado y había tenido que mudarse al pueblo con Kathleen, se había sentido fuera de lugar y, por mucho que le había gustado compartir la vida con ella (por lo menos al principio), nunca había sentido que ese fuera su hogar. Por ello sabía que regresar a Lyric Point, de manera definitiva, era la mejor opción, allí estaba su mundo. Si bien ahora mismo su vida estaba algo desequilibrada, sabía que con el tiempo sería capaz de volver a encontrar su eje, retomaría su rumbo poco a poco, aunque no sabía si volvería a encontrar otro amor, o si ya lo había encontrado.

Capítulo 27

Manhattan, Nueva York, agosto del 2010

Audrina había muerto. La abuela, la persona preferida de Charlotte, ya no estaba en la Tierra. Se había esfumado en un segundo debido a un ataque al corazón; había sido tan súbito que todos habían quedado consternados. Pero Charlotte, en particular, había quedado devastada, incluso más que su padre, el hijo de Audrina, porque su padre no tenía el tipo de conexión que Charlotte tenía con ella, porque su padre no era una adolescente que tenía sueños premonitorios al igual que los tenía Charlotte, y también Audrina. Durante el funeral, Charlotte había estado tan conmocionada que ni siquiera había pasado al frente a hablar sobre su abuela en la ceremonia, y eso que tenía no solo buenas anécdotas, sino también muchas cosas positivas para decir sobre ella. Pero en ese momento no podía hablar, o pensar siquiera; era como si estuviera dopada sin haber ingerido nada.

Tras el entierro, Charlotte regresó a su casa y se encerró en su dormitorio a llorar. Esa noche soñó con Audrina; se veía igual que hace dos días atrás, cuando la había visto por última vez, con su cabello colorado bien peinado, sus pestañas arqueadas, su rostro bien maquillado, y bien engalanada, como siempre estaba, pero, más aún, con su presencia vibrante, porque la presencia de Audrina era de las que se imponían en cualquier lugar. Incluso en las calles de Manhattan, en donde nadie hacía caso de nadie, Audrina despertaba interés en todos, pero no solo por su porte y elegancia, sino también porque su cuerpo destilaba algo que era imposible de ignorar. Charlotte no podía describir con precisión qué era, pero sabía que era algo que provenía de su interior, su confianza en sí misma tal vez, su generosidad, su entusiasmo por la vida. Audrina tenía tantas buenas cualidades que era probable que fueran un conjunto de todas estas.

Al día siguiente, cuando se levantó, Charlotte recordó que ya nunca más

vería a Audrina, y eso la entristeció; tal vez solo debía conformarse con verla en sueños. Se preguntó por qué no había soñado con la muerte de ella antes, por qué no había habido modo de prevenirla, y luego se preguntó por qué soñaba con su amor y lo veía morir si no iba a poder salvarlo aunque, en realidad, había una forma de salvarlo: permaneciendo alejada de él.

Capítulo 28

Otra afición que había desarrollado mientras estaba en Lyric Point era hornear muffins y pastelillos. En Nueva York solía hacerlos los fines de semana, dado que en esos días solía recibir la visita de mis amigas o de Hayden (ya que mis padres casi nunca me visitaban), por lo que cocinar era un placer y una especie de terapia catártica para mí porque, además de ir a yoga y pilates y trabajar, no hacía mucho más. Limpiaba y acomodaba mis cosas, desde luego, pero eso no era algo que considerara placentero o terapéutico, así que a veces cocinaba reposterías solo como modo de terapia catártica, más que para comer todo lo que hacía.

También me había puesto a acomodar los muebles del *living*, a pulir las vajillas y a lustrar los adornos. Después limpié los cuadros que estaban en las paredes y acomodé bien los pequeños cuartos en donde se guardaban cosas de lavandería y otras en desuso (ya que no había sótano) y la biblioteca pequeña. Corté flores del jardín y las puse en varios jarrones, de modo que la casa oliera a algo floral y natural. Además me puse a arreglar varias macetas y planté más flores y plantas, porque era increíble lo fértil que era la tierra de Lyric Point. De acuerdo, era probable que estuviera haciendo todo eso para no tener que pensar en Jacob y, dentro de todo, funcionaba, pero a veces me sentía tentada a ir a su casa a verlo. Solo debía recordarme que era no era una buena idea, dado que todo podría complicarse si me terminaba enroscando con él.

El jueves por la noche, tras la cena, me conecté a Internet y encontré a Brooke conectada.

Brooke: ¿Sigues en Lyric Point, Charlie? Creí que ya estabas en Nueva York.

Charlotte: Oh, no, es que estoy trabajando en mi disertación y me quedé porque aquí trabajo mejor, y también estoy haciendo trabajos en la casa y el

jardín.

Todo eso era cierto, en parte.

Brooke: Oh, qué bien. Y cuéntame, ¿hiciste algo más aparte de trabajar en tu disertación?

Charlotte: Hummm, no.

Brooke: Oh, es que Betsy, la enfermera de mi abuelo, me dijo que creía haberte visto montada a caballo con un muchacho la vez pasada. ¿Acaso conociste a alguien por esos lados?

Oh, no, tal vez debía decirle la verdad de una vez; de todas maneras, podía confiar en ella.

Charlotte: No, era Jacob Corcoran.

Sentí una especie de cosquilleo en el abdomen y en la columna vertebral por tener que mencionarlo y contarle sobre él a ella, aunque solamente fuera a contarle que nos estábamos haciendo amigos porque, en cierta forma, solo éramos eso.

Brooke: Ahhh, ya me parecía que era él. ¿Y qué tal está?

Charlotte: De acuerdo a lo que vi, mejor, y lo vi cada día de la semana pasada; de hecho, un día fui a bañarme en la piscina de su casa. Otro día su abuelo me invitó a cenar, y el sábado por la noche salimos porque vino Hayden con su banda a tocar en un bar de Hamden.

Brooke: Ah, por lo visto forjaron amistad. Me alegro por ello.

Charlotte: Sí, bueno, hay algo que debo contarte.

Quería contarle sobre ello a alguien más que a Hayden, así que lo hice. Le relaté a grandes rasgos toda la historia, desde que lo había visto hace diez años atrás en la gasolinera, y que ahora nos habíamos visto cada día, y cómo me sentía yo cada vez que lo veía y lo del beso. Desde luego que dejé de lado la parte de los sueños premonitorios y sus significados, porque lo más probable era que no me creyera y me tildara de chiflada.

Brooke: Vaya... yo recuerdo que, ese día que fuimos a verlo al hospital, él estaba bastante concentrado en ti; creí que era porque lo habías salvado de

ahogarse la noche anterior pero, al parecer, era porque le gustabas, dado que te miraba como maravillado.

Charlotte: Sí, bueno, el hecho es que, como verás, no es una situación fácil, en vista de lo que le sucedió.

Brooke: Lo entiendo, Charlie, y déjame decirte que, en tu lugar, yo también me mantendría alejada de él, porque ese muchacho está pasando por una situación horrenda, y su cabeza debe ser un caos ahora mismo. Si te involucras con él, tal vez salgas herida o te veas envuelta en una situación complicada.

Incluso Brooke se daba cuenta de ello: era como si el universo entero concordara en que esa era la mejor opción: mantenerme alejada de él. Y, de todas maneras, en los últimos cuatro días. él tampoco había dado señales; es decir, si bien yo no había asomado la cabeza por la ventana siquiera —solo había salido dos veces en el auto para ir al pueblo, pero no había andado caminando por la zona—, él no había pasado por mi casa para ver cómo estaba aunque sea, o para comprobar si seguía por allí, lo que me hacía pensar que no le importaba después de todo.

Capítulo 29

Se había mantenido alejado de ella cuanto pudo, pero su mente siempre se la recordaba, cada día con más frecuencia, y sentía que no podía seguir apartado de su lado. Necesitaba verla, saber cómo estaba. Le pareció extraño no haberla visto en los últimos cuatro días; por un momento hasta temió que se hubiera marchado a Nueva York sin siquiera haberse despedido de él y, si ese era el caso, ¿cuándo la volvería a ver? ¿La volvería a ver siquiera? Si ella le había dicho que casi nunca iba para allí. De hecho, hacía diez años que no iba, y ni su número tenía para contactarla.

Así que, por la tarde, decidió ir hacia su casa y, para su alivio, vio su auto aparcado junto a la entrada. «Bien, no se ha ido, sigue aquí», pensó con cierta satisfacción.

Llamó a la puerta y aguardó, con cierto nerviosismo, mientras miraba hacia el lago; de repente, hasta le parecía que llevaba una eternidad sin verla. Cuando la puerta se abrió, se volvió aún más nervioso y, en cuanto su imagen apareció ante él, creyó verla por primera vez; llevaba el cabello recogido, algo desmarañado, y tenía puesta una remera holgada y unos pantalones cortos. Pero se veía naturalmente hermosa; nunca había visto a Kathleen así de hermosa, o nunca le había producido lo mismo que le producía Charlotte. Notó que ella lo miró con perplejidad, como si realmente le hubiera sorprendido su visita. —Disculpa que haya venido así de imprevisto, pero hace varios días que no te veía y, por un momento, temí que te hubieras ido sin despedirte —le dijo él, notando que hablaba de forma cautelosa, como midiendo sus palabras.

—Oh, descuida. Pues no, solo he estado ocupada con mi disertación y haciendo cosas en la casa —le contó ella, todavía parpadeando—. Pero ven, pasa.

Abrió la puerta, y él entró.

—Qué bonito lugar —expresó Jacob, admirando el salón principal que

estaba amueblado de forma rústica, con muchas flores naturales y cuadros renacentistas.

—Gracias, pero vayamos al patio.

Ella lo condujo hacia allí a través de varios salones que parecían estar conectados, pero cada espacio representaba un sector distinto.

—Guau, este jardín sí que es bonito, y se nota que está bien mantenido —comentó Jacob mientras se sentaba en un sillón.

—Gracias, en estos días me he estado ocupando de plantar algunas flores y semillas, dado que la tierra es muy fértil, pero también adoro el jardín y, si bien parece mantenerse solo, tampoco me gusta descuidarlo ahora que estoy aquí, porque ya sabes lo que dicen de las plantas y flores: les gusta que se las cuide, y todo eso. Además, este jardín lo construyó mi abuela Audrina y ya murió, por lo que me siento conectada con ella a través de él.

—Oh, lo entiendo. Es como mi abuelo con su jardín. Dice que, si bien hay dos jardineros que se encargan de mantenerlo, es mi abuela quien realmente lo hace florecer y por ello pasa horas mirándolo —repuso Jacob.

—Algo así —convino ella.

—Y tienes razón en lo demás: la tierra es muy fértil por esta zona —concordó Jacob, dado que todo lo que se sembraba allí crecía de forma enérgica y vigorosa.

—Se nota: todo crece de forma rozagante en este lugar —le dijo ella, esta vez mirándolo fijamente, y él se quedó prendado de su mirada por un momento, hasta que ella desvió la vista y le sirvió un vaso de limonada.

—Mucha gracias —expresó él al tiempo que lo tomaba—. ¿Qué estabas haciendo antes de que yo llegara?

—Terminaba de trabajar en mi disertación y después estuve plantando unas flores —le respondió ella—. ¿Y tú?

—Solo estaba en casa, pensando —replicó, como si el acto de pensar fuera muy importante, o como si aquellos pensamientos lo hubieran sido.

—Ohh —musitó ella asintiendo, a pesar de que él percibió que, en

realidad, le había querido preguntar en qué estaba pensando pero, por mucho que lo quisiera, no lo haría, porque, si algo había aprendido él de Charlotte, era que la cautela era una de sus amigas más íntimas. Si no le había dicho de inmediato que estaba al tanto del engaño de Kathleen, había sido por no incomodarlo.

—El lunes vi a Kathleen —le contó Jacob, dispuesto a relatarle la cuestión del divorcio.

—¿Y esa quién es? —le preguntó Charlotte con curiosidad pero, cuando su rostro comenzó a adoptar un matiz más sombrío, supo que se había dado cuenta de quién era—. ¿Tu esposa?

—Ex —la corrigió Jacob de inmediato—. Vino a la casa de mi abuelo a verme para hablar sobre nuestro divorcio y sobre la repartición de bienes.

—¿Divorcio? ¿Se divorciarán? —inquirió de forma incrédula, como si hubiese pensado que regresaría con ella después de todo.

—Ella vino a darme el aviso de que ya tenía un abogado, yo fui el martes a ver a uno y ya puse en venta la casa en la que vivíamos. —Jacob evaluó la expresión del rostro de Charlotte, que parecía estar en suspenso, como expectante a que le siguiera contando al respecto.

—Oh —dijo parpadeando. Sus ojos se deslizaron hacia el jardín y luego regresaron a Jacob—. ¿Y es lo que tú quieres?

—No quiero regresar con ella después de lo que me hizo, eso es seguro, así que supongo que el divorcio es la mejor opción —le respondió él de forma abatida, no por tener que divorciarse de Kathleen, dado que ya se había hecho a la idea de que el divorcio era la mejor opción, pero sí por el hecho de tener que atravesar por todo el papeleo y la cuestión correspondiente.

—¿Pero de verdad quieres eso? —volvió a preguntarle ella, como si no hubiera quedado satisfecha con la respuesta.

—Supongo. ya te dije que no quiero regresar con ella, y no es solo por lo que me hizo, sino también porque nuestra relación no tiene arreglo. Yo ya no me sentía del mismo modo junto a ella; traté de imaginarme de nuevo a su

lado, y me es imposible; siento que ya no nos une nada, así que el divorcio es lo más correcto. —Ella se quedó mirándolo, como si no fuera la respuesta que esperaba—. Lo único que no me gusta de la parte del divorcio es todo el proceso; quisiera que de un chasquido estuviera todo acabado y desligarme de ese asunto.

—Ah —le dijo ella asintiendo; entonces él notó un atisbo de lo que parecía ser alivio—. Pues yo viví lo del divorcio a través de mis padres y sé lo difícil que puede ser, aun cuando en el caso de ellos el divorcio fue la mejor opción, dado que ni eran un matrimonio.

—Oh, lo entiendo —repuso él asintiendo.

—¿Y cómo te sientes ahora? Es decir, anímicamente. Sé que seguro nada bien. De hecho, debes seguir igual que antes, pero me veo en la obligación de preguntarlo —le explicó ella. —Pues, para ser sincero, creí que me sentiría peor; solo me queda un poco de furia, pero la tristeza fue remitiendo de a poco.

Ella se quedó mirándolo de forma fija, con una expresión que él interpretó como de escepticismo.

—Pero no creo que tan rápido haya remitido toda la tristeza, es decir, era tu esposa y, de acuerdo a lo que me dijiste, era tu verdadero amor; eso no se esfuma tan rápidamente —señaló ella.

—Para empezar, nunca dije que era mi verdadero amor, solo que era mi primer amor —le aclaró él—, y la verdad es que incluso a mí me sorprende, pero es así: de a poco es como si la tristeza se fue esfumando hasta desaparecer. Ahora solo me siento un poco enojado y extraño.

—Hummm —musitó ella, y él se percató de que no estaba del todo convencida—. ¿Entonces se puede decir que estás fuera de peligro?

—¿Fuera de peligro? —le preguntó él, confundido.

—¿Tu vida está fuera de peligro? ¿Ya no volverás a atentarse contra ella?

Él sintió un escalofrío recorrer su cuerpo y llegar a su alma; realmente, no esperaba aquello. —¿Por qué dices eso? ¿Crees que por lo que Kathleen me

hizo voy a suicidarme?

Ella se quedó mirándolo de forma inescrutable.

—Lo intentaste una vez —afirmó ella de forma natural. Él se quedó mirándola sin saber qué decir—, ¿quieres que te refresque la memoria? Fue hace dos sábados atrás, en el pub de la interestatal: te tiraste al lago y yo te rescaté.

—Eso. no fue... —Jacob se disponía a negarlo, pero se dio cuenta de que no tenía sentido, porque Charlotte parecía poder ver dentro de su alma o, al menos, así lo hacía sentirse—. Fue solo un momento de debilidad —admitió finalmente a regañadientes—; esa semana anterior fue la peor de mi vida; me sentía miserable, peor que miserable, como un saco de basura humana al que le habían dado varias patadas. Todo se tornó gris y comencé a perder la perspectiva de lo que me rodeaba y, más aún, de mí mismo. Esa noche, cuando fui al pub, bebí hasta el cansancio, hasta que perdí el conocimiento de todo; solo recuerdo que en un momento, de repente, me encontraba parado frente al lago, y después no recuerdo nada más.

Al decir finalmente aquello en voz alta, sintió que una capa se desprendía de su cuerpo, y su alma se aliviaba.

—O sea que, si yo no te hubiese encontrado esa noche, tú hubieras muerto —repuso ella. —Pero me encontraste, y me salvaste —le dijo él, sintiendo por primera vez una enorme gratitud hacia ella, dado que no había querido morir realmente; solo había querido desaparecer por un momento para alejarse de todo sufrimiento.

—¿Y cómo puedo tener la certeza de que no lo volverás a intentar? —le preguntó ella de una forma que, le dio a entender, era consternada.

—Puedes confiar en mi palabra; créeme, Charlotte, no quería morir realmente. Solo fue un acto de debilidad pero, ahora que veo todo con claridad, recobré mi perspectiva de a poco, y tú fuiste la responsable de ello en gran parte.

—¿De verdad? —inquirió ella de forma incrédula. Él solo asintió y quiso

decirle algo más, muchas cosas, en realidad, pero había algo que lo retenía, tal vez el hecho de que había atravesado un engaño, una separación; estaba en pleno trámite de divorcio; y la había conocido hace muy poco como para sentir todo lo que sentía por ella en tan poco tiempo. —¿Y ya sabes cuándo te vas? —le preguntó en su lugar.

—El domingo. —Era muy pronto para que se fuera.

—¿Y cuándo volverás? —indagó después, a lo que ella se quedó mirándolo extrañada.

—No lo sé —le respondió, y esa incertidumbre no le gustó para nada. Tampoco podía hacer nada si ellos no eran nada; no sabía si eran amigos, aunque había compartido con ella mucho más que con cualquier otra persona, mucho más que con su padre, o su abuelo, o con Kathleen, y sentía que ella lo conocía mejor que nadie, pero la verdad era que solo habían compartido esas semanas y se habían besado una vez, y lo hacía sentirse como si fuera diferente, como si fuera un hombre al que nunca le habían pisoteado el corazón, un hombre que nunca había sufrido, o que nunca había estado casado siquiera, un hombre que siempre la había estado esperando a ella.

Capítulo 30

Iba a extrañar Lyric Point una vez que me fuera; no podía negarlo. Iba a extrañar la tranquilidad que emanaba de aquel lugar, despertarme con el canto de los pájaros y trabajar en el jardín. Y sí, una parte mía extrañaría a Jacob, la parte que se sentía conectada a él y creía que era mi amor verdadero pero, en cierta forma, sabía que hacía bien en marcharme de allí, dado que, si bien Jacob parecía estar mejor y se estaba divorciando, sus problemas seguían siendo frescos y recientes. Sería una imprudencia de mi parte seguir enredándome con alguien así, eso sin mencionar el hecho de que tal vez él corría peligro de muerte si estaba a mi lado.

El sábado por la tarde, mientras estaba trabajando en mi disertación en el jardín, observé que el cielo se estaba tiñendo de un manto gris, y estaba bastante húmedo. Tal parecía que una tormenta se avecinaba. Me puse a acomodar mi maleta y luego a poner en orden la casa; si bien me iría al día siguiente por la tarde, quería adelantar todo y dejar las cosas listas.

Por la noche, tras ducharme, me puse un vestido rosado corto de seda liviana, y dejé abiertas las ventanas del salón que daban al jardín, ya que entraba una brisa fresca; todavía no había llegado la tormenta, pero se podía aspirar olor a tierra mojada.

Me puse a cocinar una paella, cuando alguien llamó a la puerta. Mi corazón se exaltó un poco, dado que había pocas opciones sobre quién podía ser. Cuando abrí la puerta, Jacob se encontraba parado en el umbral del porche, con ambas manos metidas en los bolsillos de su *jean*.

—Charlotte, hola, disculpa que haya venido sin anunciarme pero, como mañana te vas, quería preguntarte si quieres ir a cenar en el pueblo —me invitó con algo de nerviosismo.

—Se avecina una tormenta —señalé.

—Oh, sí, es cierto, entonces supongo que es un no —repuso con algo que

quise creer era decepción.

—Pero podríamos cenar aquí —sugerí, y me complació ver que su mirada se iluminó.

—Oh, genial —dijo mientras entraba—. ¿Quieres que encarguemos algo?

—No es necesario: estoy preparando una paella, ¿te gusta eso o quieres que prepare otra cosa? —le pregunté.

—Eso está bien —replicó al tiempo que se sentaba a la mesa—. ¿Puedo ayudarte en algo? —Si quieres, pon los utensilios en la mesa: están en la primera gaveta de ese mueble —le indiqué.

—De acuerdo. —Se levantó, fue a buscarlos y después los colocó en la mesa.

—Espera a que termine de cocinar y me uniré a ti.

Una vez que la paella estuvo lista, la serví en los platos y me senté a la mesa con él.

—Esto huele bien —comentó antes de probar bocado.

—¿A ti te gusta cocinar? —le pregunté.

—No, pero sé hacerlo.

—¿Lori cocina en la casa de tu abuelo? —inquirí después.

—Sí.

—¿Desde hace mucho que está con ustedes? —indagué con curiosidad.

—Desde hace veintiséis años .

—Guau, eso es mucho tiempo —musité—; la deben estimar mucho.

—Así es, dado que prácticamente es parte de la familia; verás, mi abuela solía ser vecina de la familia de ella, por lo que la conocía desde niña, y es una buena mujer.

—Sí, eso me pareció.

—¿Tú visitas seguido a tus padres? —me preguntó, tomando una copa de bourbon.

—Una vez a la semana, tal vez —respondí.

—¿O sea que no tienes una relación cercana con ellos?

—No, no realmente, ni Hayden o yo somos cercanas a ellos; tal vez no tenemos una mala relación, pero no tenemos cercanía —le dije de forma natural, ya que estaba acostumbrada a ello.

—Ya veo —musitó él asintiendo.

—Tú eres muy apegado a tu abuelo, ¿verdad?

—Sí, dado que soy su único nieto; cuando murió mi padre, vine a vivir con él porque mi madre murió cuando yo tenía cinco años, por lo que nos hicimos muy unidos.

—Lamento que tus padres hayan muerto —expresé con un deje de tristeza en la voz, por lo que él se dio cuenta de que le tenía lástima.

—Sí, bueno, supongo que tengo suerte de seguir vivo.

—¿A diferencia de ellos?

—Sí, bueno. en realidad, mi padre murió en un accidente cuando yo tenía trece años, y yo iba con él en la todo terreno. Él murió, pero yo apenas me hice un rasguño —me contó de forma lánguida.

—Oh, cuánto lo lamento —dije realmente apenada, dado que había visto a su padre un momento antes de morir y no había podido hacer nada para impedirlo.

—Gracias.

Me sentí algo incómoda por hacerlo revivir aquello cuando el pobre había pasado por una de sus peores semanas.

—Oye. ¿recuerdas que, cuando te visité el domingo en el hospital, me preguntaste si nos conocíamos de algún lado? —Él asintió—. Pues he estado pensando al respecto y creo que te recuerdo.

—¿Ah, sí? ¿De dónde? —inquirió con curiosidad.

—Creo que fue el último verano que vine para aquí, cuando era adolescente; no te vi aquí en Lyric Point, sino en una gasolinera de la interestatal. Tú estabas en el interior de una camioneta y tenías puesta una gorra; por eso te recordé —le mentí, ya que podía ver de forma nítida esa imagen en mi mente, de hecho, desde hace diez años.

—¿Ah, sí? es probable pero, a decir verdad, tu cara me resulta familiar, aunque no consigo conciliarla con ese recuerdo; probablemente sea por lo que ocurrió después. —Yo me quedé mirándolo extrañada.

—¿Lo que ocurrió después? —le pregunté confundida.

—La única vez que yo estuve en la gasolinera de la interestatal, de un verano de hace diez años atrás, fue el día en que tuvimos el accidente en el que mi padre murió.

Me quedé helada al oír eso.

—Lo lamento, ojalá lo hubiera sabido y no te lo hubiera dicho —dije apenada.

—Descuida, ocurrió hace mucho tiempo atrás, pero qué bueno que, de los dos, tú me recuerdes bien —repuso esbozando una sonrisa que nunca antes había visto en él: era una sonrisa placentera, para nada débil o forzada.

Un trueno estalló en el cielo y, de repente, la lluvia comenzó a caer de forma torrencial.

Como ya habíamos terminado de cenar, serví helado en dos cuencos.

—Lloverá toda la noche —comentó Jacob mirándome.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por el pronóstico?

—Sí, aunque no hacía falta que chequeara el pronóstico de todos modos; las tormentas de verano son así por estos lares.

—Creo tener un recuerdo vago de eso.

—Ah —musitó—. ¿Y cómo vas con tu disertación? —inquirió después.

—Bastante bien, por suerte; de hecho, creo que dentro de un mes la terminaré, dado que aquí pude trabajar bastante en ella —le conté.

—Me alegra oírlo.

—¿Tú ya estás trabajando?

—Sí, y por suerte, ya que me mantengo bastante ocupado y concentrado en eso —replicó. —Me alegra saberlo —expresé, dejando el cuenco vacío a un lado de la mesa.

Afuera, la lluvia parecía caer cada vez con más fuerza, acompañada de

truenos y relámos.

—¿Qué harás en Nueva York en cuanto llegues? —inquirió Jacob.

Nos habíamos sentado en el sofá, con vista al jardín desde la ventana izquierda. Estábamos muy cerca uno del otro; yo me había quitado las sandalias y había puesto mis pies descalzos a un lado.

—Supongo que ponerme a limpiar, dado que hace más de dos semanas que estoy aquí —dije—, y seguro ya llegaron boletas que debo ar, y luego seguiré trabajando en mi disertación.

—Y seguramente en unos días ni te acordarás de este lugar.

Me volví hacia él para evaluar su expresión facial al decirlo, estaba visiblemente relajado, pero algo taciturno también.

—¿Por qué me olvidaría fácilmente de este lugar?

—Pues porque no vienes seguido, para empezar y, además, tú allá debes tener una vida excitante que, comparada con la vida rural, es mucho mejor.

—Es cierto que no venía desde hace más de diez años para aquí, pero no por decisión propia, es decir, no totalmente. Gran parte de ello era por el divorcio de mis padres, dado que, después de ello, ninguno de los dos regresó. En realidad, mi padre, puesto que era su casa y mi madre no quiso ni una mínima porción de esta, ya que no le gustaba. Pero, ahora que vine, me di cuenta de cuánto me gusta este lugar. Si bien no sabía si viviría allí, tampoco era una urbana empedernida y no pudiera vivir en otro sitio que no fuera una gran ciudad.

—Pero no tienes pensado regresar pronto —dijo después con voz triste.

—Tal vez, no sabes eso. —Él no pareció convencido de ello—. ¿Tú querías que volviera? —Claro —replicó de forma obvia—, es decir. me encantaría.

—¿De verdad? —le pregunté. Él me miró los pies y después recorrió la vista por mis piernas de una forma que me hizo estremecer.

—Ojalá pudieras quedarte más tiempo —musitó.

Comencé a sentir que todas las hebras de mi ser se agitaban; sabía que no

era correcto sentirme así o ligarme a él, pero me iría al día siguiente, por lo que no importaría lo que ocurriera en una noche. Eso no podría contar como algo, ni mucho menos para ponerlo en peligro, dado que después yo partiría a Nueva York y me mantendría tan alejada como pudiera de Lyric Point.

—¿Por qué? —inquirí mientras me acercaba de manera sigilosa a él.

—Porque me gusta que estés aquí —me confesó, mirándome fijamente al tiempo que también se acercaba más a mí—, porque me gusta verte cada día, o saber que estás cerca. —¿Por qué? —le seguí preguntando al tiempo que me acercaba más a él, a tal punto de que podía sentir su respiración encima de mí.

—Porque me gustas. mucho —dijo, mirando mis labios.

—Tú también me gustas mucho —repuse y me acerqué más a él hasta que nuestras respiraciones se mezclaron. Ambos comenzamos a respirar de forma más acelerada, mientras nos acercábamos más a nuestros labios. Fue él quien besó los míos primero, y yo me dejé besar y me dejé llevar por mis hormonas y por lo que sentía por él desde que tenía trece años. Él comenzó a deslizar sus labios por mi cuello mientras con una mano me tenía sujeta de la espalda, y la otra la deslizaba por mi pierna izquierda hasta tocar mi muslo. —No quiero hacer esto —comencé a decirle, y él se quedó mirándome sorprendido—, no quiero hacer esto aquí; deberíamos ir a mi dormitorio —le dije, tomándolo de la mano, mientras lo llevaba por las escaleras.

Una vez que entramos en mi dormitorio, solo encendí la luz de la lámpara. Atraje a Jacob hacia mí y le quité la remera y el *jean*; él solo tuvo que quitarme el vestido y luego la ropa interior. Antes de penetrarme me besó en todo el cuerpo con tanto fervor y pasión que creí que estallaría de placer. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había tenido sexo, y no sabía si era por eso, o porque siempre había anhelado hacerlo con Jacob, aun cuando no sabía cómo se llamaba y en dónde estaba, cuando todo lo que sabía era que existía, que sentía que lo deseaba más que a nada. Una vez que me penetró, sentí como si lo estuviera haciendo por primera vez.

Cuando acabamos, nos quedamos acurrucados en la cama mientras afuera

la tormenta seguía su curso.

—Eso fue grandioso —le dije, besándolo en el torso.

—Lo sé, no creí que fuera capaz de volver a hacerlo en mucho tiempo, o de volver a encontrar una mujer que me gustara tanto y tan rápido —me confesó mientras me acariciaba la mejilla derecha.

—Dios, ahora no me dan ganas de irme de aquí —repuse.

—Entonces no lo hagas —me pidió mirándome—, quédate unos días más, puedes hacerlo, ¿verdad?

Me quedé pensando, y la verdad era que no tenía urgencia por regresar para allá.

—Sí, puedo —le dije. Él esbozó una sonrisa de placer y luego me dio un beso en la frente. —Ahora podremos hacer esto más de una vez —me susurró al oído y luego me besó en el lóbulo de la oreja. Pensé que no haría daño que me quedara un par de días con él; si todo lo que haríamos fuera tener sexo, entonces él estaría fuera de peligro.

Capítulo 31

Se despertó pensando que estaba en el paraíso y, cuando volvió la mirada hacia un lado y vio que Charlotte tenía la cabeza apoyada en su pecho, se percató del porqué de esa sensación tan placentera. No había dormido así en años, ni siquiera junto a Kathleen; nunca había hecho el amor de esa manera tampoco. Era la primera vez que lo hacía con Charlotte, pero la sensación que había experimentado, tanto cuando había recorrido su cuerpo con sus labios como cuando la había poseído, le había hecho sentir como si ya la conociera y como si Charlotte le perteneciera desde siempre. Se quedó mirándola dormir; pensó que podía quedarse así para siempre, mirando a esa visión tan celestial de ella. Le acarició el cabello suavemente y, al rato, ella despertó.

—Perdona si te desperté —se disculpó él, viendo su expresión un tanto confusa, como si le costara recordar cómo había acabado durmiendo con él. Reparó en sus ojos, que estaban algo enrojecidos—. ¿Te sientes bien?

—Hummm, sí —replicó ella, volviendo a apoyar la cabeza en su pecho mientras lo rodeaba con un brazo.

—¿Qué tal dormiste? —le preguntó.

—Hummm, muy bien, ¿y tú? —inquirió ella con voz soñolienta.

—Como si estuviera en el paraíso —le dijo él, a lo que ella sonrió y se inclinó hacia él para besarle en el mentón.

—Voy a darme una ducha, así después preparo el desayuno —repuso ella mientras se levantaba de la cama. Él la observó buscar sus prendas, con su cuerpo perfecto desnudo. Pensó que aquello debía ser un sueño, uno muy bueno.

—Tú dúchate tranquila, que yo prepararé el desayuno.

—De acuerdo —aceptó ella y se acercó a darle un beso en los labios. Sí, aquello debía ser un sueño.

Una vez que Charlotte bajó al comedor, la mesa estaba bien predispuesta

con platos de bacon, huevos revueltos, tostadas con mantequilla y jalea, un cuenco con frutas, una jarra con jugo de naranja y cereales.

—Guau, hacía mucho que no desayunaba en abundancia —comentó de forma risueña; Jacob la miró maravillado. Llevaba puesta una falda de *jean* y una remera blanca, y tenía el cabello mojado por la ducha, y Jacob pensó que no podía ser más hermosa.

—¿Usualmente qué desayunas? —le preguntó, para tratar de imaginar cómo eran sus mañanas neoyorquinas porque, una vez que ella se fuera, tendría que imaginarla en vez de verla. Desechó ese pensamiento de la cabeza, dado que no quería pensar en ello; no quería que ella se fuera. De todas maneras, le había prometido quedarse unos días más por él, y eso lo había hecho feliz.

—Café con tostadas o *croissants*, y los sábados a la mañana *waffles* o panqueques —le dijo ella, tomando la taza de café que él le había servido.

—¿Por qué los sábados desayunas *waffles* o panqueques? —inquirió él con curiosidad.

—Porque, cuando éramos niñas, con mi hermana solíamos quedarnos los fines de semana con mi abuela Audrina, y ella nos preparaba eso, así que es como una costumbre y algo que extraño —le contó de forma tan melancólica que a él le dieron ganas de cogerle la mano.

—Ya veo —asintió, recordando que, al poco tiempo de haberse mudado con su abuelo Edmund, después de que su padre había muerto, quería comer tortitas de arándanos con jarabe de arce a toda hora, porque era lo que su padre solía hacerle cada mañana. De repente, se sintió identificado con ella en ese sentido, y le gustó esa sensación, dado que lo conectaba más a ella.

—Parece que hoy será un lindo día —comentó Charlotte, viendo, a través de la ventana que daba al jardín, que el sol entraba a raudales.

—Siempre que llueve en las noches de verano por aquí, al día siguiente hay un lindo día —comentó él.

—¿Alguna vez te imaginaste viviendo en otro lugar que no fuera este? —le preguntó ella. —Hummm, no —respondió, dado que, si bien había nacido y

vivido por más doce años en Chicago, sentía que Lyric Point era su verdadero hogar, que sus raíces y todo lo que amaba se encontraba allí, que no había otro sitio en el que pudiera vivir, porque no habría otro lugar que pudiera sentir como su hogar—. ¿Y tú?

—Hummm, a decir verdad, me gusta mi vida en Nueva York; supongo que porque allí nací y siempre viví —le respondió ella—, pero admito que a veces me pregunto cómo será vivir en otro lugar.

—¿Como aquí? —inquirió él de forma ilusionada, y ella esbozó una sonrisa.

—No sé si aquí, es decir, me gusta mucho, no lo negaré, pero no imagino viniendo aquí más que de vacaciones —le dijo ella y, si bien él había esperado aquella respuesta, no pudo evitar sentirse un poco decepcionado.

—No recuerdo haber venido alguna vez en invierno —comentó después.

—Pues creo que es más frío que el pueblo, dado que es zona descampada pero, aun así, es lindo —declaró él.

—Es probable que venga en el invierno entonces. —Él no pudo evitar alegrarse por ello, pero, entonces, recordó que solo serían visitas esporádicas.

Una vez que terminaron de desayunar, Jacob se dispuso a marcharse.

—¿Te parece bien que venga a verte por la tarde? —le preguntó y vio que la mirada de ella se había tornado seria—, o, si no, puedes ir tú a la casa de mi abuelo: hará calor todo el día, por lo que podemos nadar en la piscina.

—No, está bien, puedes pasar tú a la tarde —le dijo, a lo que él asintió. Acto seguido, él se acercó a sus labios y la besó; ella se quedó prendada al beso y luego lo abrazó fuertemente.

Durante el almuerzo, Jacob no hizo más que rememorar la noche anterior con Charlotte; pensó en lo extraño de la situación, de su situación, en realidad. Hacía más de dos semanas había presenciado una escena devastadora, que había puesto fin a su matrimonio. Después quiso terminar con su vida o, más bien, ausentarse de ella por un momento, y Charlotte lo había salvado. Cuando la conoció, se sintió atraído casi de inmediato hacia ella y luego, cuando

empezó a conocerla más a fondo, comenzó a gustarle sin siquiera ser consciente de ello. Y la noche anterior ella se había entregado a él, y no había sido un acto de lujuria, tampoco un momento de debilidad, por lo menos no para él, que se tomaba el sexo muy en serio y nunca lo había hecho con cualquiera. De hecho, la primera y única muchacha con la que había tenido sexo hasta la noche anterior había sido Kathleen. Pero con Charlotte el sexo había sido diferente, no solo más pasional que nunca, sino también mezclado con éxtasis, euforia y algo muy parecido al amor. Jacob no podía esperar para volver a verla: era todo cuanto quería hacer.

Cuando llegó la tarde, se dirigió en su Land Rover hacia la casa de ella, mientras pensaba qué podían hacer con Charlotte esa noche; tal vez podían ir a cenar en el pueblo, o tal vez podían cenar en el patio de su casa, dado que sería una linda noche.

Tras aparcar junto a la entrada, notó que su coche no estaba, y pensó que tal vez había ido hacia el pueblo pero, por las dudas, se acercó a la puerta para llamar a ella cuando encontró algo sujetado en el pomo: era un papel. Lo tomó y vio que tenía su nombre escrito en este. Lo abrió rápidamente y lo leyó; el contenido no era muy largo, solo decía cuánto le había gustado conocerlo, pero que su vida estaba en Nueva York, y que por ello se había marchado.

Capítulo 32

Manhattan, Nueva York, diciembre del 2012

Llegada la Navidad, Charlotte se ponía sentimental; se preguntó por qué aquella época ponía sentimental a la gente, tal vez porque era una época en la que se celebraba el amor en familia. Y desde hacía dos años que uno de los integrantes de su familia ya no estaba. Debido al divorcio de sus padres, ella y Hayden debían alternar las festividades cada año entre su padre y su madre. Este año les tocaba pasar con su padre, lo cual era un alivio por varios motivos: por un lado, porque él había rentado una cabaña en las afueras de Albany, desde donde se veía muy bien la nieve en el exterior (incluso podían salir y jugar en esta o tomarse fotos) y, por otro lado, porque su madre parecía estar cada año más ofuscada durante esa festividad; tanto ella como Hayden a veces no la toleraban. Charlotte pensó que era una suerte que, ahora que estaba en la universidad, ya no debía vivir con su madre. La quería, desde luego, porque era su madre y, a pesar de todo, tenía algunas cualidades buenas, pero aguantarla todo el tiempo era algo a lo que no estaba dispuesta.

Al día siguiente, tras abrir los obsequios navideños, Charlotte y Hayden se sentaron en el sofá, enfrente de la hoguera. Mientras bebían chocolate caliente, se pusieron a recordar anécdotas navideñas de la infancia. Después hablaron de temas más actuales, como el hecho de que Charlotte había comenzado a escribir cuentos de hadas y de que Hayden se había unido a una banda musical. Al final, terminaron hablando de temas sentimentales.

—¿Tú crees en el amor verdadero?— le preguntó Charlotte a Hayden. A menudo hablaban de los muchachos que les gustaba o con los que salían, aunque eso lo reducía a dos en el caso de Charlotte, y solo habían sido un par de citas. Esos muchachos no le habían gustado del todo, porque nunca nadie era lo suficientemente hermoso como el muchacho de la gasolinera.

—Claro, pero tienes que tener mucha suerte de encontrarlo; hoy en día hay

muchos imbéciles dando vueltas por la vida —le dijo su hermana.

Charlotte se quedó pensando un momento si era conveniente contarle o no acerca de sus sueños premonitorios y de su amor verdadero, porque no sabía qué pensaría su hermana al respecto, o si le creería siquiera pero, como Hayden tenía una visión profunda de la vida y creería en todas las cosas esotéricas e intangibles, decidió contarle. Desde luego que lo hizo de forma cautelosa; paso por paso, Hayden la había escuchado atentamente y, luego, le dijo: —Pues te creo, no solo porque creo en esas cosas, sino también porque una vez Audrina indagó acerca de mis sueños y me preguntó si había soñado con cosas que después se hicieron realidad, y yo le dije que no, por lo que ella no volvió a preguntarme sobre ello.

Charlotte se sintió aliviada de que Hayden le hubiera creído, por lo que después le preguntó:

—¿Y qué opinas acerca del hecho de que, si estoy con mi amor verdadero, este morirá?

—Bueno, el muchacho aparece muerto en tus sueños y, de acuerdo a Audrina, es así pero, de todas maneras, yo que tú no me preocuparía, porque viste a ese muchacho una sola vez en la vida y de lejos. No sabes quién es o en dónde vive así que, a menos que lo vuelvas a ver, supongo que está fuera de peligro.

Su hermana tenía razón en ello, y eso era lo mismo que ella se había dicho una y otra vez a sí misma. Por mucho que la reconfortara el hecho de saber que si no lo volvía a ver él estaría a salvo, al mismo tiempo la idea de no volver a verlo le generaba una sensación de tristeza.

Capítulo 33

En cuanto llegué a mi departamento en Nueva York, rompí a llorar, en parte porque no había querido regresar tan pronto, y también porque, por extraño que pareciera, lo extrañaba muchísimo a Jacob, tanto que me dolía el haberme ido de forma abrupta de su lado y sin siquiera haberle avisado. Pero, por su propia seguridad, no había podido quedarme; de lo contrario, él moriría. Así que no tuve más remedio que regresar, dado que el sueño que había tenido la noche anterior había sido aun peor que cualquiera que hubiera tenido alguna vez. Jacob aparecía muerto en el interior de un auto y completamente ensangrentado, pero esta vez la sensación que me había dejado había sido horrible y devastadora; supuse que se debía al hecho de que, a diferencia de las veces anteriores, ahora lo conocía bien a Jacob y tenía sentimientos fuertes por él, ya que había estado con él de una forma íntima, tanto sexual como personal. Eso volvía todo diferente. Pero, por otro lado, ese sueño, a diferencia de todos los anteriores, parecía mucho más real y certero, y eso era lo que me había espantado, a tal punto de que me había despertado a mitad de la noche llorando; me había costado recomponerme por un rato mientras veía el hermoso rostro de Jacob dormido pacíficamente a mi lado. No podía permitir que le ocurriera nada, ya fuera por mi culpa o no, por lo que sabía que era prudente irme de su lado, por mucho que me costara hacerlo. Me hubiera gustado explicarle por qué me marchaba realmente, y no decirle simplemente que lo hacía porque tenía mi vida en Nueva York, haciéndole creer que él no era importante para mí cuando en realidad lo era, a tal punto de que en un momento me había encontrado fantaseando con vivir en Lyric Point, cerca de él. Pero esa no era una opción viable en mi vida; si quería que él viviera, debía mantenerme alejada de él, por mucho que eso me doliera.

Capítulo 34

Ella se había ido; al final no había querido quedarse allí con él como le había prometido, pero ¿por qué iba a quedarse? ¿Solo por él? Estaba claro que, a pesar de que en la nota le había dicho que le había gustado conocerlo, él no era tan importante para ella. Solo era un muchacho al que había conocido estando de vacaciones, como un amor de verano. De repente, sintió que una grieta comenzaba a abrirse en su interior; era aun peor que la vez que había presenciado el engaño de Kathleen en persona, probablemente, porque aunque Kathleen era su esposa, el matrimonio ya estaba terminado hacía tiempo. Al igual que algunos de sus sentimientos por ella. Sentía todo falso y forzado. Sin embargo, con Charlotte había sentido que todo era diferente, más especial y sincero. Pero se había engañado al creer que a ella le ocurría lo mismo que a él: ella era una muchacha de ciudad, hermosa, con una vida social más activa que la de él y con una carrera exitosa. Seguro, él solo había sido alguien más en su camino, alguien con quien estar hasta que encontrara a su verdadero amor.

Desolado, se tiró en su cama al llegar a su casa: quería dormirse y olvidarse de todo, dado que sentía que su vida era como una oda a las desgracias. Salía de una para entrar en otra, ¿y qué había hecho él para merecer todo aquello? ¿De qué servía que entregara su corazón si después se lo pisoteaban? Parecía una especie de mal karma o una maldición.

Se durmió por unos minutos y soñó con Charlotte; iba montada encima de Brown Walk, con sus cabellos al viento en un día de verano. La sensación que le había generado esa imagen le produjo una sonrisa involuntaria cuando se despertó pero, de inmediato, se topó con la dura realidad de que Charlotte se había ido de Lyric Point y que tal vez no volvería en mucho tiempo. Incluso, si regresaba, ¿se acordaría de él siquiera? ¿Serían las cosas iguales para entonces? Quería contactarla para confrontarla y pedirle una explicación por

haberse ido de la nada cuando le había prometido lo contrario, pero entonces se dio cuenta de que ni siquiera tenía su número de teléfono móvil. Nunca se lo había pedido, ni siquiera su correo electrónico o cuenta de Facebook, aunque tal vez podía buscarla. De inmediato, se sentó enfrente del ordenador y la buscó, pero solo encontró una página de autor. Entonces se le ocurrió buscar en Google información más específica sobre ella y dio en la tecla: aparecía en el directorio una dirección en West Village. No sabía si era actual, pero pensó que podría probar con esa. Excitado por la idea de hablar con ella y de volver a verla, se subió a su Land Rover y partió rumbo a Nueva York. De todas maneras, en una hora llegaría.

Mientras conducía por la carretera, iba pensando en todo lo que le diría en cuanto la viera; no iba a reprocharle nada, solo le iba a decir que, a diferencia de ella, él sí sentía cosas por ella. Él sí se interesaba por ella; sí tenía intenciones de iniciar algo formal con ella en cuanto su matrimonio estuviera acabado del todo. Y no le iba a importar si ella se le reía en la cara por sus propuestas (que era lo más probable que llegaría a pasar) pero, por primera vez en mucho tiempo, se sentía seguro de algo y feliz por ello.

Sintonizó una estación de radio para que le hiciera compañía en el trayecto a Nueva York. Mientras avanzaba por las carreteras, la imagen del rostro de ella lo acompañó en todo momento, por lo que durante todo el viaje no hizo más que sonreír de manera inconsciente, como si fuera un idiota.

Una vez que atravesó la carretera de acceso a Manhattan, tuvo que aminorar la velocidad debido al tránsito. En Hamden rara vez se veía atascado ante tanto tráfico, por lo que aquello era algo desconcertante. En cuanto logró salir del atasco, tomó una avenida y siguió con su rumbo, cuando en una esquina un camión con carga perdió el control y se estampó contra su Land Rover.

Capítulo 35

El lunes por la mañana, me levanté sintiendo un vacío en mi interior; tampoco había dormido bien la noche anterior. Por suerte, no había tenido el sueño premonitorio en el que Jacob moría pero, en su lugar, había tenido un sueño muy bonito con él. En realidad, era el sueño que tenía con él desde hacía diez años. Soñaba que cabalgaba con él a caballo por Lyric Point y se sentía muy bien; sentía que éramos felices y que nada ni nadie podía separarnos, mucho menos la muerte. Pero, cuando me desperté, tuve que enfrentarme a la dura realidad de que no podíamos estar juntos.

Me levanté como pude de la cama y me preparé el desayuno; me dispuse a trabajar en mi disertación, pero me costaba concentrarme. Aun así me obligué a leer y redactar por cinco horas seguidas.

Así fue prácticamente el resto del día; tuve que obligarme a hacer todo lo que era cotidiano, pero lo hice sintiendo una opresión en el pecho. La comida apenas tenía sabor, en realidad, sí la tenía, pero yo no la sentía. Mientras comía o hacía alguna otra cosa, encendí el reproductor para escuchar música, pero me costaba disfrutarla; era como si mi cerebro se rehusara a colaborar conmigo para hacerme olvidar a Jacob.

Por la tarde, me estaba preparando para salir un rato a correr y, de paso, tratar de despejar un poco mi mente, cuando recibí una llamada de un número que no tenía registrado pero, aun así, la atendí, porque creí que podía ser alguien importante.

—¿Hola? —dije.

—¿Hola, Charlotte? —Era una voz femenina y sonaba bastante preocupada.

—Sí, ¿quién es? —le pregunté.

—Soy Lori, el ama de llave de los Corcoran. —Mi corazón se detuvo al escucharla; era obvio que llamaba por algo relacionado con Jacob.

—¿Qué ocurre, Lori? —inquirí con la voz temblorosa, dado que ella se mostraba bastante alterada a través de la línea.

—Se trata de Jacob: tuvo un accidente en Nueva York; estoy en el hospital y quería hacértelo saber. —Mi corazón volvió a detenerse y mi respiración también—. ¿Charlotte? —¿En dónde está? —logré preguntarle.

—En el hospital Saint Agnes; yo me quedaré un rato porque después debo regresar a Hamden.

—Enseguida voy para ahí —le dije y colgué.

Mientras me dirigía al hospital, procuré no pensar en Jacob pero, por mucho que lo intentara, no pude evitar hacerlo. Miles de pensamientos cruzaban por mi cabeza en aquellos momentos, un montón de interrogantes. Pensé en cómo habría ocurrido el accidente, si habría sido como aparecía en mi sueño, si realmente habría sido mi culpa todo aquello por haber llegado demasiado lejos con él. Traté de no llorar, porque de nada serviría.

Cuando llegué al Saint Agnes, subí al piso en el que estaba Jacob hasta que ubiqué a Lori en el pasillo.

—Oh, Charlotte, querida, gracias por venir —me dijo con los ojos llorosos en cuanto me vio. Lori era una mujer alta e imponente, pero en esos momentos me pareció enjuta y algo vulnerable.

—¿Qué ocurrió? —le pregunté mientras me sentaba a su lado.

—Nos dijo que venía para aquí a verte porque tú habías decidido venirte. —Sentí una punzada de culpa en el pecho al oír eso—. Y anoche nos llamaron a la casa para decirnos que había sufrido un accidente de auto. Está inconsciente, en coma, y no creen que sobreviva. —Rompió a llorar mientras me abrazaba. De repente, sentí que mi cuerpo entero se había quedado paralizado; eso no podía ser cierto.

—¿Es posible que se salve? —inquirí con la voz temblorosa.

—No lo creen posible —me respondió sollozando—; al parecer, se rompió varias costillas y tiene una fractura craneal. Por la mañana lo operarán, pero es una operación muy complicada.

Me reproché mentalmente que todo eso era mi culpa por haberme acercado demasiado a él; debería haberme mantenido alejada de él, haber guardado las distancias entre nosotros.

—Tú debes regresar a Hamden, ¿verdad?

—Edmund no está al tanto de esto; solo sabe que Jacob tuvo un accidente, pero no sabe qué tan grave es, y me temo que tendré que decirle porque imagina si llega a ocurrir lo peor... —dijo con la voz quebrada.

—De acuerdo, ve, yo me quedaré esta noche —le prometí.

—Gracias, de todas maneras, no hace falta que te quedes hasta la madrugada porque no podrás verlo; yo vendré por la mañana, de todos modos —repuso y, tras saludarme, se marchó.

Yo me quedé sentada en la sala de espera sin saber qué hacer, excepto llorar. Lo peor era que esa noche no habría ninguna novedad, o eso esperaba porque, de haberla, sabía que no sería buena.

A la medianoche regresé a mi departamento y me tiré en la cama a llorar; no sabía qué hacer. Sabía que por mi culpa había tenido el accidente y porque él era mi amor verdadero y no podíamos estar juntos. No sabía si había una solución para ello; de acuerdo a lo dicho por Audrina, no la había. Pero los sueños no eran específicos aunque, en mi caso, desde niña, siempre lo habían sido.

Esa noche me quedé dormida con la ropa puesta y tuve un sueño extraño. Estaba en la biblioteca de la casa de mi abuela Audrina; lo sabía porque había estado cientos de veces allí. Pero no estaba sola; ella aparecía y me sonreía mientras me acariciaba la mejilla y luego me palpaba el abdomen. Después señalaba un libro que había en el estante; miré la cubierta y decía *El origen de las premoniciones*. Recordaba haberlo leído cuando era adolescente y no sabía cómo lidiar con todo aquello, pero lo había leído a grandes rasgos, no de forma detenida, dado que contenía muchas páginas.

Cuando me desperté, vi que eran las seis de la mañana, por lo que me vestí rápidamente y fui hacia la casa de mi abuela Audrina. Entonces allí vivía mi

tía, por lo que me dejó entrar de inmediato. Una vez que estuve adentro, me dirigí hacia la biblioteca y tomé el libro, y por «tomar» me refiero a que me lo llevé a mi casa para leerlo tranquila.

Al llegar al departamento, me puse a leerlo detenidamente hasta que encontré algo. Había una solución para que una persona que moría en sueños no lo hiciera en vida, pero implicaba el acto de engendrar por parte de la persona que moría en el sueño con la persona que lo soñaba. Eso significaba que para ello Jacob debía tener un hijo conmigo, pero estaba en coma, ¿cómo lo haría? No había forma de salvarlo: moriría.

Me quedé sentada en el sofá mientras las lágrimas descendían por mi rostro. Miré el reloj y eran las ocho; en un rato tendría que ir al hospital porque operarían a Jacob. Me enjuagué las lágrimas y salí del departamento de forma apresurada.

Una vez que llegué al hospital, me encaminé hacia el piso en el que se encontraba Jacob; se suponía que ya habían comenzado a operarlo hacía dos horas. Lori se encontraba en el pasillo, llorando de forma más histérica que el día anterior. «Oh no», pensé con un nudo en la garganta. Era lo que más temía: Jacob había muerto.

Capítulo 36

Manhattan, Nueva York, 31 de diciembre del 2015

El 2015 había sido un año positivo para Charlotte, más que nada en el aspecto laboral, dado que su sueño de convertirse en escritora profesional se había cumplido. Lo único malo era que le hubiera gustado que Audrina estuviera viva para compartir aquella dicha con ella; sabía que se mostraría orgullosa y feliz por ella, ya que siempre la había animado a que escribiera y a que hiciera todo lo que le otorgaba felicidad a su alma. Sus padres no habían mostrado gran entusiasmo ante ello cuando les contó, por lo que la única persona que se había alegrado de su éxito había sido su hermana Hayden, tal como lo esperaba; de todas maneras, con ella le bastaba.

Por lo demás, todo funcionaba con normalidad en su vida; vivía sola en un departamento en la zona oeste de Manhattan. Durante la semana escribía, iba a clases de yoga o a correr en algún parque, y los fines de semana veía a Hayden, que vivía en Brooklyn, o iba a visitar a sus padres, aunque fueran visitas cortas, y por las noches salía a algún lado con sus amigas. A veces conocía muchachos, y a veces salía con alguno de ellos; nunca culminaba en nada serio con nadie, aun cuando había habido uno que le había gustado mucho y que parecía tener intenciones serias con ella. Pero Charlotte, de alguna forma, terminó saboteando esa relación, dejando de responder a sus llamadas y evitando verlo. Al final el muchacho captó el mensaje y desapareció de su vida. Hayden le había dicho que ella saboteaba cualquier intento de relación porque, muy en lo profundo, estaba enamorada de alguien, de alguien a quien había visto una sola vez y con quien soñaba constantemente. Aunque ella también sabía que era así, últimamente ya no pensaba en él con la misma frecuencia con que lo hacía antes, más que nada porque lo había visto hace casi diez años y desde lejos; no creía que volvería a verlo alguna vez y, aunque así lo hiciera, debía permanecer alejada por siempre de él, para que no

muriera.

Capítulo 37

Veía a Charlotte montando encima de Brown Walk, cabalgando en los prados de Lyric Point. La imagen parecía más vívida que la que había fantaseado alguna vez; tal vez era un

sueño, un bonito sueño, el mejor de todos los que pudiera soñar. Si hubiese podido, se hubiese quedado dormido para siempre solo para verla a Charlotte montando en él. Después, aparecía él sentado con ella, y esa imagen le gustó aún más; era idílica, dado que estaban juntos.

Cuando abrió los ojos, todo lo que pudo ver era una luz intensa y muy brillante; no podía oír u oler nada. Un rato después, escuchó el ruido de una máquina, y otros ruidos le siguieron, aunque eran más bien murmullos. ¿Qué lugar era ese? ¿Y por qué sentía que no podía moverse?

—Llama al doctor, ha despertado —escuchó decir a alguien, pero no veía a nadie alrededor, tal vez porque no podía moverse. Al rato vio a alguien asomarse a él; a juzgar por la bata blanca, era un médico.

—Bienvenido de vuelta, Jacob —le dijo mientras lo alumbraba con una linternita en los ojos. Jacob: ese era su nombre; lo había olvidado al despertar. En realidad, no recordaba mucho, probablemente porque sentía que había estado dormido mucho tiempo, durmiendo el sueño eterno. Trató de recordar algo más sobre él mismo: se llamaba Jacob Corcoran, tenía veintitrés años, vivía en Lyric Point, tenía un caballo llamado Brown Walk que era como su mejor amigo, su esposa lo había engañado (por lo que se había separado de ella) y había conocido a la mujer más hermosa que pudiera existir: Charlotte, ese era su nombre, tenía su misma edad, vivía en Nueva York, era escritora de libros de hadas y tenía el cabello más bonito que había visto jamás. Había estado soñando con ella todo el tiempo, montada a Brown Walk, y ese sueño era su preferido.

—Muy bien, Jacob, sobreviviste; de a poco te estabilizarás —le informó

el médico. Su voz lo trajo a la realidad. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué estaba allí? ¿Acaso estaba enfermo? No, de repente, lo recordó: había tenido un accidente. Podía ver el camión estrellarse contra su Land Rover y contra él.

—¿En dónde estoy? —logró preguntarle al médico, con cierta dificultad.

—En el hospital Saint Agnes de Nueva York; sufriste un accidente hace tres días —¿Llevaba tres días allí? ¿Se había perdido tres días por estar dormido?—. Estuviste casi un día entero en coma; ayer por la mañana tuviste una operación cerebral y recién despertaste. Más tarde pasaré a verte de nuevo.

Después que el médico salió de la sala, entró a verlo alguien conocido.

—Oh, Jacob, por un momento creí que no despertarías más —dijo mientras lo abrazaba con cuidado.

—Hola, Lori —la saludó con la voz cansina; estaba un poco dolorido y cansado, por lo que le costaba hablar.

—Me alegra verte bien, Jacob —expresó ella, al tiempo que se enjugaba las lágrimas de los ojos. Entonces se dio cuenta de que había estado realmente mal si Lori había estado llorando, dado que nunca antes la había visto llorar.

—¿Y mi abuelo? —le preguntó.

—Vino ayer, después de que terminó la operación, pero regresó a Lyric Point, porque no sabíamos cuándo despertarías; enseguida lo llamaré para avisarle que despertaste —le informó Lori.

—Gracias —musitó, no solo por ello, sino también porque se hubiera quedado a su lado; era obvio que era la única persona que se había preocupado en ir, ya que no tenía a nadie más. Su único amigo vivía en Hamden, pero hacía tiempo que no se veían, por lo que ni se habría enterado de ello, y luego estaban los capataces del campo pero, por mucho que lo respetaran como jefe, sabía que no habrían ido. ¿Y quién más estaba? Kathleen no iría porque era su ex y, además, no hubiese querido que fuera si ya no formaba parte de su vida, así que las visitas se limitaban solo a Lori.

—Ahora me iré a llamar a tu abuelo, y luego debo hacer unos trámites, te

dejaré descansar, pero regresaré por la tarde —le dijo Lori y le dio un beso en la cabeza.

Una vez que Lori se fue, Jacob se quedó mirando al techo mientras comenzaba a sentir algo en su interior: tristeza, pero no por lo que le había ocurrido, sino porque ya sentía un poco de tristeza antes de eso, porque Charlotte había escogido irse de su lado, porque para eso había ido él a Nueva York, para confesarle que la amaba y preguntarle si ella se sentía igual, para decirle que quería seguir viéndola bajo sus términos, dado que sabía que Charlotte no se iría de Nueva York, pero no quedaba lejos de Hamden, de todos modos, por lo que los fines de semana podría visitarla. Pero era muy probable que él hubiera sido otro muchacho más en su vida y ella no quisiera nada serio con él. Eso dolía mucho más que cualquier golpe producido por el accidente.

Estaba tan sumido en sus cavilaciones que no reparó en que alguien había entrado en la habitación; pensó que sería otra enfermera pero, cuando volvió la vista a un lado, se llevó una gran sorpresa.

—Hola —le dijo con su suave voz angelical. Aquello debía de ser un sueño, debía de haberse quedado dormido y estaba soñando de nuevo—. No sé si me recuerdas, mi nombre es Charlotte.

—Claro que te recuerdo, ¿cómo podría olvidarte si estás en todos mis sueños? —Como en ese momento, según pensó. Ella se quedó mirándolo con una expresión divertida en el rostro.

—¿De verdad estoy en tus sueños? —le preguntó—, y dime qué sueñas.

—Generalmente te veo montada en mi caballo, Brown Walk, con los cabellos al aire, cabalgando por los prados de Lyric Point.

—Es un lindo sueño —expresó ella, tomándolo de la mano y se sintió muy real su tacto—. Yo también he soñado contigo en varias ocasiones.

—¿Ah, sí? ¿Puedo saber qué soñaste? —inquirió para seguir con la corriente del sueño; sabía que aquello no era cierto, pero no le importaba, porque de ese modo podía estar con ella.

—Pues sé que sonará alucinante, pero he soñado contigo desde que tengo trece años y fue antes de que te vi por primera vez en la gasolinera, aunque una parte del sueño era buena y la otra no —comenzó a decirle ella—. Verás, hay algo que debes saber sobre mí: desde niña he tenido sueños premonitorios. Mi abuela y su abuela también los tenían y, si bien tienden a ser específicos, pueden no cumplirse si lo impido. El hecho es que en una parte del sueño te veía conmigo y en la otra aparecías muerto y, de acuerdo a mi abuela, si eso aparecía, significaba que eras mi amor verdadero y que morirías si estabas conmigo. Cuando hay una muerte involucrada, no se puede impedir, por lo que debía permanecer alejada de ti. De todas maneras, nunca más te vi hasta esa noche en el lago cuando te salvé y luego, cuando te reconocí, traté de mantenerme alejada de ti como pude, pero había algo que me arrastraba hacia ti, algo más fuerte que cualquier cosa. Pero permití que fuéramos lejos y, esa noche cuando tuvimos relaciones, desperté a mitad de la madrugada por un sueño en el que aparecías muerto en el interior de tu camioneta. Pero esta vez se sintió aún más real que antes; por eso me vi obligada a irme de Lyric Point y te dejé esa nota y no me despedí siquiera, porque no podía decirte más nada y porque no quería que corrieras peligro a mi lado. Cuando Lori me llamó para decirme que habías sufrido ese accidente, por un momento pensé que...

Su voz se entrecortó, y unas lágrimas comenzaron a emerger de sus ojos, por lo que comenzó a cuestionar que aquello fuera realmente un sueño. Pero no estaba del todo convencido de que fuera real, dado que sería muy bello para ser cierto.

—Yo había venido a Nueva York a verte a ti —le contó, sin importarle si aquello solo estuviera ocurriendo en su mente o en un estado onírico.

—Lo sé, Lori me lo dijo.

—Pensé en venir para decirte que te amo y que quiero estar contigo bajo tus propias condiciones, desde luego, pero sé que fue en vano, que no querrías ser mi novia —repuso él de forma abatida.

—¿Por qué no lo querría, Jacob? Si tú me haces feliz, además de que

siento que te he amado desde siempre, pero ya sabes que la única razón de no haber querido estar contigo era porque temía que, si lo hacía, tú terminarías muriendo.

En ese momento, una enfermera entró en la habitación y le cambió el gotero que Jacob tenía puesto en el brazo derecho. Jacob se quedó mirándola un momento.

—¿Usted realmente está aquí? —le preguntó.

—Claro que lo estoy, si acabo de cambiarte el gotero —replicó la mujer, incrédula—. Es lógico que sientas confusión debido a la operación y a la cantidad de sedantes que te aplicamos.

Después que la enfermera salió de la habitación, Jacob se quedó mirando a Charlotte y se dio cuenta de que aquello realmente estaba ocurriendo. Ella estaba allí: no era un sueño. Le había dicho que lo amaba y que quería estar con él, aunque no podía hacerlo debido a sus sueños premonitorios sobre su muerte, pero no sabía qué pensar sobre eso. Tal vez era una excusa que estaba usando para no comprometerse con él; tendría sentido si así fuera.

—Creí que estaba soñando —le dijo, y Charlotte sonrió mientras le acariciaba la mano.

—Lo sé, debes estar aturdido por la conmoción del accidente, la operación y todos los sedantes.

—¿Entonces sí me amas? —le preguntó él. —Desde luego que sí, Jacob, siempre he pensado en ti desde esa vez que te vi en la gasolinera y, además, por el hecho de verte en sueños pero, cuando te conocí y vi que eras un hombre excelente en todos los sentidos, supe que realmente estaba enamorada de ti. Cuando me enteré de lo que te hizo tu exesposa, la odié mucho por ello, por haberle hecho eso a alguien como tú.

Jacob volvió a caer en la idea de que aquel podía ser un sueño, pero se recordó que no lo era, que era real, que ella estaba allí y que le estaba correspondiendo a su amor.

—Pero, aun así, no podemos estar juntos, por lo de tu sueño premonitorio:

si terminamos juntos, yo moriré —señaló él.

—Pues no, ya no. —Él se quedó mirándola extrañado—. Resulta que descubrí una solución a eso.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —inquirió él con curiosidad.

—Resulta que la única forma de remediarlo es que tengamos un hijo, porque esa es la manera más pura de romper cualquier maldición o de impedir una muerte designada, que la persona que muere en el sueño engendre a un ser humano con la persona que tiene dichos sueños.

—Pero nosotros no tenemos hijos —le recordó él.

—No, ya lo sé, por lo menos no de momento —le dijo ella y él se quedó mirándola extrañado.

—¿Quieres que cuando me recupere intentemos que quedes embarazada? —Ella negó con la cabeza—, porque, si es así, no tengo problemas —repuso sonriendo de forma burlona.

—No es necesario, dado que ya estoy embarazada. —Él se quedó mirándola un momento y luego lo comprendió: no habían usado protección la única vez que habían tenido sexo, porque no había sido premeditado.

—¿Quedaste embarazada el sábado por la noche? —Ella asintió.

—Espero que estés feliz con ello o, al menos, aliviado.

—Estoy más que feliz —expresó con sinceridad. Ella se acercó a él y lo besó en los labios. —¿De verdad? —le preguntó ella.

—Tener una criatura, o un lazo de cualquier tipo contigo me hace muy feliz —le dijo, y ella sonrió mientras más lágrimas comenzaban a deslizarse por su rostro.

—Pues, a pesar de que es inesperado, yo también estoy muy feliz de tener un hijo contigo —concordó ella.

—Tendremos que ver cómo vamos a estar juntos y criarlo, ya que tú vives aquí. Si quieres, puedo venir todos los fines de semanas, o incluso mudarme y buscar un trabajo acorde a lo mío —le propuso, aunque dudaba de que pudiera encontrar algo relacionado con las empresas rurales allí, pero luego vio que

ella negaba con la cabeza, por lo que no parecía estar de acuerdo con ello.

—Yo me mudaré a Lyric Point; lo decidí cuando supe que estaba embarazada. —Él se quedó sorprendido al oírlo—. Lo hubiera decidido antes, pero debía estar lejos de ti porque corrías peligro a mi lado.

—¿De verdad quieres vivir allá? —le preguntó Jacob, sin salir del asombro todavía, dado que creía que su lugar estaba en Nueva York.

—Desde luego, estas semanas que estuve allá me di cuenta de cuánto me gusta la vida allí y, si bien tal vez extrañe un poco la vida aquí, no me importa porque siempre puedo venir, ya que tengo familia. Además, es allá donde realmente quiero estar; donde realmente pertenezco es a tu lado. —Él se conmovió al oír eso.

—Vaya, esto sí que debe ser un sueño —musitó—, pero, entonces, ¿cómo harás con tu empleo?

—Soy escritora; la ventaja de mi trabajo es que puedo escribir desde donde sea —le respondió ella, haciendo una mueca risueña.

—Entonces realmente te mudarás a Lyric Point —le dijo él en voz alta, más que nada para confirmárselo a él mismo.

—Sí, ya estuve organizando todo; hablé con mi agente de bienes raíces para avisarle que desocuparé el departamento y lo pondrá en venta, dado que yo lo había comprado. Por lo demás, pues haré una mudanza pequeña porque, si bien tengo cosas, tampoco llevaré todas. La cama o la mesa con sillas del *living* y el sofá los venderé con el departamento porque no los necesito, ya que en la casa de mi padre tengo esas cosas.

—¿Pensabas irte a vivir a la casa de tu padre? —inquirió él.

—¿Y adónde más? Si esa es la única casa que tengo en la zona —replicó ella en tono de obviedad.

—Yo te iba a decir que vayas a vivir conmigo a la casa de mi abuelo. —Ella se quedó mirándolo con incredulidad—. Hay mucho espacio de sobra, y a mi abuelo y a Lori les encantará tenerte allí.

—Bueno, una vez que te den el alta, hablaremos bien sobre ello.

—Te amo, Charlotte —le confesó él. Se sentía embriagado con tanto amor.

—Yo también te amo, Jacob —le dijo ella mientras le acariciaba la mejilla.

Él extendió su mano hacia su abdomen y se lo palpó; desde hacía mucho tiempo que anhelaba tener un hijo. De hecho, eso era lo que había suscitado tantas peleas con Kathleen que los había llevado al distanciamiento. Pero ahora lo sabía: no debía tener un hijo con Kathleen, sino con Charlotte, dado que ella era su verdadero amor.

Capítulo 38

Lyric Point, Connecticut, un año después

Era un hermoso día, a pesar del calor que hacía, pero era perfecto para pasarlo al aire libre. Por ello, los Corcoran habían decidido hacer un picnic cerca de su casa. Al caer la tarde, Jacob se quedó sentado en la manta, viendo a Charlotte cabalgar montada sobre Brown Walk por los alrededores, con los cabellos al viento. El placer que le generaba aquella visión era incomparable; tal vez lo único que podía ser comparable era la imagen que le generaba el pequeño que yacía dormido en sus brazos. Su hijo y Charlotte eran su vida, y era una vida tan dichosa que no recordaba si antes de eso había sido infeliz alguna vez.

Cuando Charlotte terminó de cabalgar, se acercó a su marido e hijo, y Brown Walk se puso a comer pasto a un lado de ellos.

—¿Sigue dormido? —le preguntó mientras se sentaba a su lado.

—Y dormirá toda la tarde —replicó Jacob.

—Y después se despertará toda la noche queriendo comer, jugar o solo molestar —comentó Charlotte de forma risueña.

—Pues míralo de este modo: en un par de meses regularizará su sueño y ya no tendremos que levantarnos a mitad de la noche a acunarlo o a darle el biberón —le aseguró Jacob. Charlotte se acercó a él y lo besó en los labios.

—Ojalá Isaiah herede tu paciencia, porque a veces siento que la mía está por colapsar —repuso ella.

Habían llamado a su hijo «Isaiah», como el padre de Jacob, y el niño era muy parecido a este.

—Oh, pues si sale en eso a los Corcoran, te aseguro que lo hará —le dijo Jacob sonriendo. —Pues, a juzgar por sus ojos esmeralda, su cabello y sus labios, será igual a ti en todo —musitó ella, dado que Isaiah era la viva imagen de su padre.

—Oh, pero todavía es muy pequeño; ya verás que, cuando comience a crecer, se le notarán todas las cosas hermosas que heredó de ti —repuso Jacob mientras le acariciaba el cabello. —De todas maneras, solo lo decía haciendo una observación; me gusta que haya sacado casi todo de ti. Es como una versión tuya más pequeña, y para mí es un placer que sea así —expresó ella.

Jacob la atrajo hacia él para besarla.

—¿Crees que vayamos a tener otro hijo pronto? —le preguntó él.

—Es probable; si fuera por mí, tendría cientos contigo —comentó ella sonriendo—, pero de momento quiero disfrutar solo de este.

—También yo, pero en el futuro quiero tener cientos de estos contigo —concordó él. Brown Walk se tiró a un lado de ellos a descansar y, de ese modo, parecía que la familia estaba completa.

—No puedo esperar a verlo a Isaiah montado encima de Brown Walk —expresó Jacob.

—En un par de meses podrás subirte con él —repuso Charlotte.

—Tal vez los tres lo hagamos; hará feliz a Brown Walk y me hará muy feliz a mí —le dijo Jacob, imaginando todo tipo de momentos felices, en su lugar feliz en el mundo, junto a las personas que más amaba en la vida. Se quedó contemplando esa escena de forma embelesada, pensando que tal vez podía tratarse de un sueño. Pero, como lo hacía cada vez que pensaba en ello, solo para cerciorarse, miró fijamente a la imagen, y el amor desmedido que sintió hizo hinchar su corazón. Esa fue la constatación de que no se trataba de un sueño, sino que era algo muy real.

Epílogo

La niña había crecido y se había convertido en una hermosa mujer; aun así, todavía le gustaba ir a sentarse en su jardín, en donde tanto le gustaba estar y en donde recordaba que una vez se había dormido y había visto a unas hadas que vivían escondidas allí, entre las flores, solo que la mayoría de las personas no podían verlas. Ese día se quedó dormida y, entonces, se encontró con esos rostros angelicales a los que no veía desde niña. A diferencia de ella, las mujeres no habían envejecido; seguían luciendo exactamente igual que la última vez que ella las había visto. Al igual que aquella vez, todas ellas comenzaron a bailar a su alrededor y a hacerle reverencias. A pesar de que había pasado mucho tiempo desde entonces, ella se sintió feliz de verlas hacer aquello.

Una de ellas, la que le había hablado la primera vez, volvió a hacerlo y, esta vez, le preguntó:

—¿Quieres ver tu futuro? —Ella asintió de inmediato, aunque primero quería decirle que había encontrado la manera de romper la maldición de su amor verdadero, que ahora vivía con él en una hermosa casa, no muy lejos de allí, y que tenían un hijo precioso, pero el hada la llevó rápidamente hacia la fuente, en donde ella se quedó mirando fijamente al agua. Al rato comenzó a formarse una imagen y, una vez que tomó forma, aparecieron en ella tres personas: una mujer y un hombre junto a un niño galopando a caballo. La niña, que ahora se había convertido en mujer, miró al hada, que miraba fijamente al agua. Luego se acercaron las demás hadas a contemplar el contenido de la fuente y todas ellas intercambiaron una sonrisa llena de satisfacción ante lo que vieron.

Una vez que la mujer despertó de su sueño, se quedó contemplando el jardín, en donde se encontraba sola; se palpó la cabeza y notó que tenía una tiara hecha de flores. Se quedó sentada allí un rato, reflexionando sobre la

visita que había recibido en sueños. Después se levantó y se encaminó hacia su casa, en donde la aguardaba un futuro feliz.

El designio de las hadas, de Charlotte St Clair.

Si te ha gustado
El sueño de Charlotte
te recomendamos comenzar a leer
Sin derecho a roce
de Ana Álvarez



Capítulo 1

Irene Beltrán salió del cementerio con el alma rota. Sus padres habían fallecido dos días atrás en el incendio de la que había sido su casa, en Soria,

de forma inesperada. Cuando la llamaron para comunicárselo a la residencia para estudiantes donde vivía en Salamanca, había entrado en *shock* y todavía no había salido del él. Cogió el primer autobús, con apenas una muda de ropa en la maleta, sin poder asimilar que no volvería a ver a sus progenitores, a los que adoraba. En la estación se dejó guiar por su amiga de la infancia, Ruth, que había ido a buscarla. También ella estaba destrozada, de niñas habían sido inseparables, hasta el punto de que pasaban las tardes juntas en alguna de las casas, y las dos querían mucho a los padres de la otra.

Ambas chicas se fundieron en un sentido abrazo en el andén de la estación y se dejaron llevar por el dolor compartido. Después, se dirigieron a casa de Ruth, donde Irene se alojaría durante su estancia en Soria.

El entierro fue emotivo, aunque lo vivió como si lo viera de lejos, como si no tuviera nada que ver con ella. El dolor era tan intenso que se sentía anestesiada y actuó como se esperaba, de forma mecánica. Por fortuna, tenía a su lado a Ruth y a la familia de esta, la única que podía llamar así, aunque no fuera de sangre, puesto que sus padres eran hijos únicos los dos y ni siquiera tenían contacto con algún pariente lejano. En el camposanto solo había amigos y compañeros de trabajo de ambos fallecidos.

Agotada, física y emocionalmente, se dejó conducir y mimar tras el duro momento vivido, hasta la habitación que compartía con Ruth. Allí, después de ingerir un poco de caldo caliente que calmara el frío que el helado día de finales de noviembre había dejado en su cuerpo aterido, se acostó. Al contrario de lo que pensaba, las emociones vividas la hicieron caer en un sueño profundo, pocos minutos después de tenderse en la cama. También ayudó el generoso chorro de coñac que la madre de Ruth había añadido al tazón.

Los días posteriores al sepelio, Irene permaneció en casa de su amiga, para solucionar los asuntos relacionados con el seguro de la vivienda y temas bancarios, antes de reincorporarse a las clases de Bellas Artes que cursaba en la Universidad de Salamanca.

A medida que iba desentrañando la complicada situación que sus padres habían dejado, el asombro y la incredulidad se adueñaron de ella. Su padre llevaba sin empleo casi un año, el seguro de la casa incendiada no se había renovado por falta de liquidez, y la matrícula y los primeros meses de alojamiento se habían ido con un crédito bancario obtenido con la casa como garantía. Siempre protectores con su única hija, Esteban y Antonia la habían mantenido al margen de los problemas económicos que sufrían desde hacía meses, sobreviviendo a base de una precaria prestación por desempleo. Sin embargo, seguían asumiendo religiosamente las facturas de los estudios de Irene a costa de no imaginaba qué sacrificios.

La ilusión de la chica, desde niña, era convertirse en pintora, y había contado con todo el apoyo de sus padres. Academias de dibujo y clases particulares para preparar la prueba de acceso a la Universidad, habían formado parte de su infancia, hasta conseguir su sueño. Sueño que se había roto de repente, porque si de algo estaba convencida era de que debería dejar los estudios en mitad de la carrera. Se había visto obligada a renunciar a la única herencia que sus padres estaban en condiciones de dejarle, una casa quemada y que no podría restaurar, para no heredar también el crédito pendiente.

Tenía que mantenerse a sí misma y, por desgracia, estaba poco preparada para ello. Saber sacar el alma de un modelo en un retrato o llenar de vida un paisaje a golpe de pincel no estaba bien ido, ni siquiera ido, para quien no tenía un nombre reconocido. Debería cambiar los útiles de pintura por algo que le diera de comer.

Los padres de Ruth le habían ofrecido su casa, y no tenía más remedio que aceptarla mientras encontraba trabajo, pero, desde luego, no era una solución a largo plazo.

Lo precario de su situación económica le mitigaba un poco el dolor de la pérdida sufrida; el esfuerzo por encontrar trabajo y el sinfín de cosas a organizar la mantenían ocupada y distraída la mayor parte del tiempo.

Con gran tristeza, se desplazó a Salamanca para cancelar su plaza en la cara residencia para estudiantes donde vivía y regresó a Soria. Una maleta de ropa, y otra llena de útiles de dibujo, constituían sus únicas posesiones materiales.

Ahogada por la pena y la desolación, se dedicó a llenar de currículums todas las páginas de búsqueda de trabajo online, y a recorrer Soria repartiendo otros en mano en comercios y bares. Aceptaba cualquier cosa con tal de aportar algo a la familia que la alojaba, pero le estaba resultando difícil, porque hasta para los empleos más simples y malos le pedían titulación o experiencia. Y ella no tenía ninguna de las dos cosas.

Exhausta y abatida llegó una tarde más a casa de Ruth, dispuesta a darse una ducha y dejarse animar por su amiga.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó esta cuando se reunieron, como era habitual desde que eran niñas, en la habitación que compartían para tener un poco de intimidad. El hogar de los Vargas no era grande, constaba de dos dormitorios y un salón pequeño, por lo que resultaba imposible mantener una conversación privada en las zonas comunes.

Ambas chicas se hallaban sentadas en el sofá que se convertía en la cama de Ruth, debajo del cual salía otra para Irene. Cuando le cambiaron la habitación infantil, escogieron este sistema para que ambas amigas pudieran dormir con comodidad, dada la frecuencia con que pasaban la noche juntas. También en la desaparecida casa de Irene, su habitación había tenido dos camas.

—Igual que ayer, y anteayer... —replicó con desánimo a la pregunta—. No necesitan a nadie, o requieren experiencia, o titulación. Hasta para servir copas. Estoy desesperada, Ruth. No puedo seguir aquí, viviendo de vuestra caridad.

La chica le dio un azote en el brazo.

—¡No hables de caridad! Eres mi hermana del alma, y sabes que esta es tu casa el tiempo que haga falta.

—No puedo abusar de vosotros.

—No abusas; cocinas, ayudas en la casa. Eres una más de la familia, Irene.

—Pero no os sobra el dinero.

Irene sabía que los padres de su amiga ganaban poco y aban una hipoteca por la casa que habitaban. Y esta, habiendo terminado los estudios de hostelería, realizaba su periodo de prácticas en un hotel pequeño sin percibir remuneración alguna.

—Para echar un puñado más de arroz en el puchero, hay.

—Me estoy empezando a agobiar, Ruth. No veo salida para mí.

—Ten paciencia.

—Intento tenerla, pero pasan los días y no veo solución. No puedo quedarme eternamente aquí con vosotros.

Ruth comprendía a su amiga. Irene era muy independiente, y si hasta el momento había vivido a costa de sus padres, sabía que era con el único objetivo de cumplir su sueño y licenciarse en Bellas Artes. Sueño que se había esfumado, al menos durante un tiempo.

—Voy a tener que buscar otra cosa.

—¿Como qué?

—Cuidar ancianos, limpiar casas... yo que sé. Menos vender mi cuerpo, porque eso ni siquiera sabría hacerlo bien.

Ruth lanzó una carcajada. Era consciente de que su amiga había estado tan absorta en sus estudios y en prepararse lo mejor posible para pasar la difícil prueba de acceso a la carrera, que ni siquiera había tenido el típico noviete de la adolescencia. Aparte de unos cuantos besos y toqueteos en alguna fiesta, Irene carecía de experiencia sexual a sus veintidós años.

—No, para prostituta no servirías.

—¡Pues tú me dirás qué hacer, porque yo ya he agotado mis ideas!

—Espera un poco más, mujer. Algo surgirá.

Con un hondo suspiro, Irene se levantó.

—Voy a ayudar a tu madre con la cena, al menos contribuiré de alguna

forma a lo que hacéis por mí. Y mañana comenzaré a buscar algo como señora de la limpieza, no puedo esperar más.

—Señorita.

—Lo que sea.

—¿Quieres que mande tu currículum a mi empresa?

—¿Para qué? Si tú con tu expediente académico estás trabajando sin sueldo, mi currículum irá directamente a alimentar la chimenea o la papelera de reciclaje.

—En un hotel se realizan muchas tareas que no requieren ser licenciada en Turismo. Dámelo y lo mandaré; no pierdes nada por probar.

—Eso es cierto. Pero es que tampoco soy cocinera, ni camarera profesional.

—Vamos a revisarlo y adornarlo un poco.

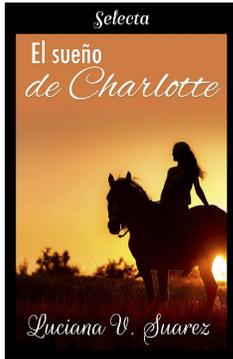
Irene rio con desánimo.

—Adorno no le falta, el problema es que es lo único que tiene.

Ruth miró pesarosa a su amiga. Le dolía verla rebajar su talento, pero la conocía lo bastante para saber que no seguiría mucho tiempo en su casa como invitada. La vida había sido muy injusta con Irene.

Se levantó a su vez y la siguió hasta la cocina. A sus padres no les importaba tener un miembro más en la casa, querían a su amiga como a una hija, pero Irene no pensaba lo mismo. Confiaba en que la situación se arreglara pronto.

El sueño de Charlotte



Ella sueña con el amor de su vida, pero no debe acercarse o

él morirá.

Charlotte tiene sueños premonitorios desde niña y sueña con su amor verdadero, pero lo ve muerto...

Cuando al fin conoce al hombre de sus sueños teme acercarse a él, pues piensa que junto a ella corre el riesgo de morir. Aun así, Charlotte no puede mantenerse alejada de él, a pesar de que sabe que a su lado el amor de su vida corre peligro.

Luciana V. Suárez. Nací y me crié en el norte de Argentina, estudié comunicación. En la actualidad tengo treinta y cuatro años y escribo desde los quince.

Cada día escribo entre ocho y diez horas, y cuando no estoy escribiendo estoy leyendo.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Luciana V. Suarez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-06-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El sueño de Charlotte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Luciana V. Suárez

Créditos